CIEN FORMAS DE ROMPER UN GLACIAR

CARLOS ZANÓN

De Barcelona a Buenos Aires,
cien crónicas implacables y nostálgicas

miradas
salamandra

Carlos Zanón

CIEN FORMAS DE ROMPER UN GLACIAR

Prólogo de Manuel Jabois

miradas
salamandra

PRÓLOGO

He leído este libro con placer súbito, que es el que procuran las columnas —un placer rápido momentáneo que uno puede recuperar cuando quiera— por la razón de no haberlas escrito yo: por la razón de imaginarme a otro escribiéndolas. Ese placer que da estar en casa arropado con una manta en invierno, empezando una buena peli mala (una de esas películas tan radicalmente tóxicas que enganchan peor que la heroína) mientras el otro va de un bar a otro con los pies encharcados por la lluvia. O sea, mientras uno escribe la columna y el otro la lee. Porque escribir columnas exige no el sacrificio de pensar, que también, y de escribir, que no es menor, sino el de «vivir en columna», una costumbre que puede destruir una vida en el mejor de los casos, o multiplicarla en el peor.

«Vivir en columna» es andar por la calle viendo esto y aquello pensando «esto puede ser una columna», hablar con alguien y pensar «esta conversación puede ser una columna», enamorarse y no dudar: «esto es una columna», desenamorarte y tener claro que ahí «hay una columna», tener un hijo («buf, columna de premio»), perder a un abuelo («esto va a partir en dos a mis lectores, que se jodan, no voy a llorar yo solo»), mudarse («qué interesante es mi vida, voy a contarla, seguro que nunca nadie se mudó») o lo que sea. Cosas que hago, en fin, semanalmente. Y con ser esto grave, no es lo peor: lo peor no es hacer cosas y contarlas, sino hacerlas *para* contarlas. Ha habido casos de columnistas en sequía, amenazados por el despido, que tuvieron un hijo para disponer al menos de una docena de buenas columnas con esa experiencia tan absurda,

ilógica y terriblemente original que es la de que un ser humano nazca, llore, cague y crezca. Seguro que alguno, acuciado por la hora de cierre, desenchufó al abuelo. Y otro que se metió una noche de 2018 en un club de intercambio de parejas para tener algo que contar, con tan buena suerte que estamos aún esperando sus columnas, y que salga del club, de paso.

«Vivir en columna», básicamente, es pasar la semana con una cuenta atrás en la cabeza que termina con el *dead line*. Y, como a los solteros desesperados, los demás lo saben, los demás te rehúyen, los demás no quieren saber nada de ti porque no quieren salir en tu columna. Hay columnistas que siguen pensando que sacar a alguien en una columna es digno de orgullo. «Mañana te saco en la columna» es la frase más terrorífica de la historia; «prefiero salir en Sucesos, hijo de la gran puta», dan ganas de contestar. «Mañana te saco en la columna», le dije a mi madre una vez. «Pero qué necesidad. Qué necesidad de sacarme, qué necesidad de contármelo, qué necesidad de que escribas columnas, qué necesidad de que existas, ¿no estaba muerto el periodismo ya?, ¿qué hacéis todos muertos escribiendo?» Y hasta aquí mi primer desahogo, el desahogo de un tipo que escribe una docena de reportajes, crónicas y entrevistas al mes yendo de un lado a otro, y una columnita a la semana, y a donde va le dicen: «Mira, el columnista, ése trabaja en bata y tiene servicio doméstico». «Mañana os saco en la columna», contesto fúnebre. Molesta básicamente por una razón: los escritores que escriben columnas tienden (¡tendemos!) a poner «escritores» en la tarjeta de visita (un escritor de visita, ¿te imaginas?, lo que faltaba), pero en su nómina, poca o mucha, pone «columnista».

Hablemos de Carlos Zanón (acabo de ir a ver quién es el autor del libro, compruebo que también es columnista, abro la ventana y me pongo de pie) y de *Cien formas de romper un glaciar*. Hablemos en serio, por una vez en la vida. Zanón no

vive en columna, y eso es lo más envidiado de este libro; llegó tarde a las tribunas, y el retraso no le ha enquistado el cerebro: le llegan los artículos como apariciones de la Virgen, le salen los asuntos solos, o esa impresión da, que es lo que importa. Desechemos la perezosa etiqueta «humor inteligente» para estos escritores de talento que escriben rozando el folio; el suyo es un humor nada pretencioso, que lo encuentra uno si lo busca, y está dotado de un sentido de la realidad que se agradece mucho porque lo que uno busca en un periódico, donde tantas veces el mundo se mira a sí mismo, es que lo mire alguien de su perspicacia. En la frase «son las tres de la madrugada y pongo una lavadora» con la que empieza el artículo titulado «Sophia Loren y las lavadoras», que ya me dirás quién no se detiene en eso, hay un análisis político primero (un análisis de primer orden, al fin y al cabo hablamos de exóticas sugerencias gubernamentales) y la promesa de una historia. Sólo unas páginas más atrás, en otra columna, Zanón cuenta: «Escribo esto, de madrugada, con una serie de sonidos de lluvia de Spotify y esperando que me haga efecto el Lorazepam» (yo desde que descubrí sonidos de todo en Spotify viajo más que nunca, en el Lorazepam no he caído porque desconfío de las drogas legales en una ciudad con tantas farmacias 24 horas).

En ese artículo dice: «Deberíamos llevarnos bien con nuestra cabeza. Tenerla amueblada y ordenada. Saber dónde están las cosas y poder olvidarnos para encontrarlas luego en el sitio donde sabemos que están. Vamos camino de ser almacenes de información sin recuerdos, sin rincones favoritos, sin objetos, sin fiestas de cumpleaños. Dame una obligación y quítame placer. No quiero jugar nunca a nada más: quiero tener algo que valga la pena. Quiero algo que no me haga reír, que no me satisfaga. Quiero algo que necesite, que me haga compañía, que me recuerde a algo. Las enfermedades mentales nos asedian,

pero no todos estáis locos como yo», y cuando lo terminé pensé que no me gustaría estar descansando en casa un día de lluvia leyéndolo a él, de charco en charco y pasando frío; eché de menos el frío de mojarse, que es el frío de escribir cosas así para que los demás se calienten un poquito, y pensé «qué suerte, qué suerte conocerlo y conocerlo tan tarde, cuando nuestra relación ya no puede ser automatizada, ni la mía como lector ni la suya como autor» y mejor así, porque al final todo es cuestión de tiempo y suerte, y de abrir libros como éste en los momentos en que más lo necesitas.

Aquí hay una columna, ahora que lo pienso.

MANUEL JABOIS

El mundo existía o no había mundo alguno, sin término medio.

William McIlvanney,
Los papeles de Tony Veitch

Formas de llegar tarde al sitio adecuado

Desde mi infancia quise escribir libros y luego, ser poeta, escritor, héroe. Atormentarme, pelearme, disfrutar del exceso, del amor y de la gloria, ya saben, todas esas bagatelas románticas del *pathos* adolescente. A medida que crecía no daba signos de mejora, y ni tan siquiera me enderecé haciéndome niñato, joven, con la vocación intacta, la curiosidad peligrosa en el afán de vivir cosas para escribir algo más que escribir mucho para vivir lo que se pudiera. Escribía desde donde podía con mi vida, mi cabeza y mi discurso en habitaciones mentales y emocionales disociadas. Lo hacía desde los libros de los hermanos mayores, desde canciones de bandas enormes, guerrillas de teatro o cualquier lugar o persona que tuviera a bien dar cobijo.

También supe ser un hijo formal y buen estudiante. No había que desaprovechar ninguna oportunidad para salir del barrio, de la familia, de lo pegajoso y melindroso. Llegó el momento de la universidad y no había carrera alguna que enseñara cómo convertirse en Vladimir Nabokov (desestimados ya Lord Byron, Lou Reed y The Motorcycle Boy). No quise hacer ninguna filología posible por los mismos motivos por los que sigo siendo renuente a las Escuelas de Escritores: estudiar siete años piano es la manera más eficaz de tocar estupendamente el piano, pero también de no ser nunca Paul McCartney. Así que, si quería ganarme la vida escribiendo, ser periodista me pareció la mejor opción. Me prematriculé en la Universitat Autònoma de

Barcelona en Ciencias de la Información y me fui de vacaciones. Pero en el transcurso de ese verano me enamoré de una chica que estudiaba Derecho y acabé siendo abogado.

Pero mi vocación nunca desfalleció, y cuando David Castillo me ofreció la posibilidad de escribir críticas de libros y discos en el periódico *Avui* no la desaproveché. De ahí, trabajé en *El Periódico de Catalunya*, *El País* y *Babelia* hasta que Miquel Molina me preguntó si querría hacerlo en *La Vanguardia*. Acepté sin dudarlo. Ésa fue la primera de una larga muestra de la generosidad de Miquel todos estos años (*Loving cup!*). Ahí he podido escribir sobre lo que he querido, cuando he querido, recordándome a mí mismo y a los lectores que no soy periodista, que ni tan siquiera sé serlo ni debo intentarlo, sino alguien con una mirada que trata de ser literaria sobre cosas que veo o creo ver, pienso o me explican para que las piense y deforme luego.

Mi primera columna en *La Vanguardia* se publicó el 3 de mayo de 2016. Más de seis años de colaboraciones ininterrumpidas en las que he tratado de hacerlo lo mejor posible y ser siempre yo quien hablaba. Mi vocación en la mayoría de las piezas que he entregado en *La Vanguardia* ha sido de pieza literaria que debía entretener, divertir, no decir lo que otros ya habían dicho antes y mejor. No siempre lo he conseguido, pero les aseguro que lo he intentado cada una de las veces.

Escribir en prensa me ha enseñado muchas cosas. He aprendido mucho de todo y de todos. Me ha ayudado a mirar a mi alrededor, buscar estímulos, voces o puntos de vista en los que, sin la urgencia de la entrega, no hubiera reparado. Lo he disfrutado y lo disfruto mucho.

En este volumen he seleccionado diez bloques de diez piezas hasta hacer cien, desestimando casi por completo los de la

sección de Deportes —para quizá reunirlas en otro libro aún más descabellado que éste—, y las muy coyunturales, en especial las de sesgo político en unos años en que sólo podías escribir de lo que parecía que estaba pasando por estos lares. Cien piezas que han pasado el filtro del tiempo y (espero) de la autoindulgencia, y que permiten al lector saltar aquí y allá, y a mí perpetuar unos años la vida física de textos en formato libro más allá de su lectura en pantalla.

Quisiera agradecer a mis compañeros de *La Vanguardia* que me han animado, defendido, envalentonado y ayudado a mejorar con ánimos y zarandeos varios, es decir: Miquel Molina, Isabel Garcia Pagan, Lola García, Joanjo Pallàs, Jordi Évole, Marga Soler, Mayka Navarro, Maricel Chavarría; a Manuel Jabois por encontrar tiempo y amor para su prólogo; a Manel, Anik, Sigrid y Claudia por su trabajo y entusiasmo en este proyecto y en la sala de máquinas; a Cristina Consuegra, que con sus ideas, empujones y canciones de victoria o tregua me ha llevado a otros sitios. Y finalmente, a Màrius Carol y Jordi Juan, mis dos directores de *La Vanguardia* en estos casi seis años. El primero, por ficharme, y el segundo porque aún no me ha despedido.

CARLOS ZANÓN

FUGAS FRUSTRADAS

El escapismo está detrás de cualquier intento literario. Hay una habitación cerrada a la que sólo se puede acceder con palabras que, lanzadas unas contra otras, lleven al conjuro y abran la puerta. En ninguna de estas piezas quise ser periodista. Pero entendí que tenía que mirar y tratar de explicar lo que veía. Aunque no tuviera relación con la realidad, sino con la verdad. Esa verdad que captas y se va. Éstos son algunos de los planes de fuga urdidos y condenados al más absoluto de los fracasos.

Plan de fuga

Sin plan de fuga la vida es algo miserable. Tener un plan, urdirlo, tramar una evasión sólo si a todas luces ésta anda condenada al fracaso. Acariciar un plan de fuga, dibujarlo en servilletas, imaginarlo cuando, en apariencia, te quedas callado, sin pensar en nada. Pasan los años y quizá nunca lo pongas en práctica, pero eso no desmerece en absoluto tu formidable plan de fuga. La vida sin plan de fuga no vale la pena ser vivida. No tener plan, no soñar con la fuga, te impide no poder escapar de la decencia, la culpa o la desesperanza. Un plan de fuga de tu hogar, de tu barrio, de tu nombre y tu lengua. Lo peor de los peores días del confinamiento era que no podías fugarte de ningún sitio porque todo era cárcel. Y los aplausos a las ocho te recordaban que no podías escapar de tu responsabilidad, de la tribu, el horror de que el mundo sólo era gente aplaudiendo en balcones: carceleros, presos asustados, todos condenados a prisión, unos a vida y otros a muerte.

No imaginar a dónde irías cuando te hubieras fugado, cruzada la frontera del país, entregado el pasaporte falsificado, bigote y barba de pega, idioma inventado, la llegada al nuevo mundo en el que vivirías siendo otro y urdiendo un, aún incipiente, nuevo plan de fuga. El mejor consiste en que te den por muerto y no encuentren, por más que lo busquen, tu cuerpo. Para conseguir eso es muy recomendable contar con cómplices. Como Sofia Coppola escribiendo palabras en la boca a Bill Murray: el plan es salir de este bar, de esta ciudad, de este país, ¿estás dentro o estás fuera? Porque un plan de fuga

que te llene de orgullo ha de tener cómplices. El mejor cómplice es siempre un extraño del que te has de fiar. El confinamiento también se nos hizo terrible porque en el pasillo de casa no se suele topar uno con extraños. Para la fuga es necesaria gente que no debería estar ahí, personas sin motivos para la lealtad. Gente a la que acabas necesitando y dependiendo de ella como dependes, en ocasiones, del amor suicida para la fuga. Estamos tratando, no lo olvidemos, de huir de los tuyos, del lecho conyugal, de padres ancianos e hijos hambrientos, banderas y costumbres. El plan de fuga ha de ser imposible o loco, o si no, se trata de un colchón del pánico para resentidos. De ahí la importancia del cómplice, del extraño, de su generosidad. La confianza en alguien que no conoces no deja de ser otro plan de fuga dentro del primer plan de fuga. No olvidemos que confiar en alguien no es tenerlo desnudo en una urna de cristal, sino no conocer sus secretos ni dónde duerme ni a quién llama cuando no lo ves, pero sí que esperas que, a la hora convenida, esté donde ha de estar y poniendo las dos manos bajo tu pie te dé impulso para salir de esta ciudad, de este país, de un bar incluso.

Medio gin-tonic en Negroni

La otra tarde dejé medio gin-tonic en una mesa del Negroni. No podía ya con él. Al marchar, se quedó allí, sobre una mesa negra, húmeda, de nadie. ¿Cómo me puedes dejar atrás?, parecía decirme. Es la vida, señor Martin Miller, y hacemos recuento y nos falta gente para Navidad. No parece que se hayan muerto, sino que se fueron sin despedirse. Que se tropezaran por no fijarse. Buena gente con mala suerte que se

sacrificó en abril para que pudiéramos comprar regalos en diciembre. Que desaparecieron por cometer infamias como trabajar en un hospital, estar en una residencia o ir sin mascarilla. Como no los vimos morir, se quedaron en nuestra memoria a medias en una mesa del Negroni. Cuando nos despedimos de ellos, al torcer aquella esquina, en esa llamada a medio atender, la cita pendiente.

¿Por qué te pedí si no te quiero?, me preguntaba ante el gin-tonic. Y éste diciéndome: ¿por qué no me quieres...? ¿Por qué me dejas a medias...? ¿Qué ha pasado dentro de tu deseo de hace tan poco...? No lo sabía entonces y tampoco lo sé ahora. Si supiera que aún está ahí —el gin-tonic, el deseo—, volvería y me lo tomaría. De un trago. Sin pensar si quiero, si me va a sentar mal, si eso significa algo. Para que no se quedara solo el gin-tonic, en aquella mesa negra, mojada y pringosa. Si tuviera el teléfono del Negroni, llamaría y preguntaría por él, por el dueño antes, por el señor Negroni, por favor.

Mis vecinos son dos ancianos y viven solos. En Navidades venían sobrinos y hermanos. Era puro compromiso protocolario, sospecho, pero venían. Este año no. Me encuentro al viejo y me dice, medio bromeando, que a ellos les sobran cuatro sitios por Navidad. Que están por poner un anuncio. Habrá muchos medios gin-tonics en mesas del Negroni estas fiestas. Gente que sobraba, que no se lo puede terminar y que no se acaba de ir sin despedirse. Habitaciones de hoteles cuya puerta cierras una vez que compruebas que no te dejas nada que te importe. ¿Qué deben de pensar entonces esas habitaciones...? Tantas plataformas, tantas series en la televisión, tanta agua caliente y no les importamos, se van.

Ahora me digo que podría haberme esforzado y habérmelo bebido. Uno de mis amigos fumaba fuera, el otro estaba en el lavabo y una tercera estaba por venir. Y a uno le da por pensar en toda aquella ropa en los armarios que nunca te pones y

tampoco tiras, en toda aquella gente que no necesitas y tampoco olvidas, en todas aquellas habitaciones vacías y en esos viejos sin sobrinos ni hermanos y en todos los medios gin-tonics y en todo el hielo que sientes, a veces, alrededor sin enfriar ni acabar de derretirse.

3.000 noches sin Antonio Vega

Diez años, más de tres mil noches de ausencia de Antonio Vega, no nos han hecho olvidarnos de él. Son culpables ese puñado de canciones fundidas en material extraño: frágiles, irrompibles. Disponía el músico de mucho talento al componer como lo hacía y gusto al colocar una voz apenas audible entre unos versos muchas veces elusivos que iban cambiando de significado casi en cada escucha. Canciones como caleidoscopios. Uno era convocado a escuchar una canción de Antonio Vega. En ese encuentro no había lugar para la causalidad. Subías la escalera de la casa encantada, abrías la puerta de su habitación, luminosa, privada y muy particular, y tratabas de no romper nada porque cada objeto allí tenía un sentido misterioso. Lapicero, guitarra y compás. Te sentabas en el suelo, sobre una alfombra, y veías al músico sacar del aire aquellas canciones. Laboratorio de mago esa habitación en la que se convocaban miedos, placeres, perezas y terrores, así como todos los intentos de mantenerlos a raya con armas sin épica, resistencia doméstica, placebo nostálgico de refugio a veces pagado al *dealer* de turno, a veces gratis, en el propio mundo interior de Antonio Vega, su propia armonía de niño alienígena. Un universo sociópata a refugio del otro mundo, el infierno que somos los demás, esa máquina de matar

anomalías, rarezas y gente no eficaz aunque la física sea un placer; siempre corre uno con un monstruo detrás, y hoy, precisamente, en el día menos indicado, diste en el blanco: con dos flechas tres dianas para ser exactos. Todo esto, retales de canciones suyas. Quizá uno debería preguntarse si no deberíamos aprender a dormirnos sin canciones como éstas en la mesita de noche. Pastillas efervescentes que se dejan caer desde la adolescencia en un vaso de agua para aliviar síntomas del resfriado, congestiones, pequeños dolores musculares.

La fascinación por algunas de las canciones de Antonio Vega va también pareja con las ganas de subir el volumen del amplificador, de zarandearlo y despeinarlo, de ponerle una banda detrás, quitarle de encima la mediocridad autocomplaciente, esa onda de niño consentido y enfermizo que tiene a todo el mundo dispuesto a perdonar faltas de puntualidad, cuando no de asistencia. Y es que Antonio Vega no llegó nunca del todo. No tuvo las suficientes fuerzas como para hacer un disco completo. Vidas de santos, vidas de artistas niños. Funambulistas del hambre, encontrados fríos en callejones y porterías, toda esa pestilente belleza del artista atormentado. No fue éste el destino de Antonio Vega. Murió ya adulto, de deterioro, y si lo echamos de menos es porque fue un artista sin recambio que nos dejaba entreabierta la puerta de su habitación. Aterrador el ruido de los relojes allí dentro, pero, a pesar de ello, conseguimos escuchar su voz entre otras mil, un puñado de canciones en un vaso sin agua.

Muerte de un elefante

Después de recibir un tiro mortal, un elefante puede

permanecer hasta diez días de pie antes de caer. Lo leí en un libro del escritor argentino Pablo Ramos, quien asegura haberlo leído en dos fuentes distintas: en Hemingway y en el libro de rodaje del cineasta Herzog sobre su película *Fitzcarraldo*. Supongo que ahora debería dar pistas sin ofender a nadie sobre Hemingway, Herzog y *Fitzcarraldo*, pero no lo voy a hacer. Primero, para no parecer un listillo, y segundo, como depositario de un saber —el del siglo XX— que no transmitían chismosas brujas de Macbeth encerradas en ordenadores y móviles. Añadan Macbeth a la lista de cosas que debería aclarar. Realmente, soy un listillo.

Regresemos a nuestro elefante. La imagen es poderosa. Muerto pero aún de pie. Un elefante es un tipo especial. No puede saltar y no olvida. Cualquier niño de mi generación sabía —si se lo encontraba, por ejemplo, en medio de la avenida antes de ir al colegio— cómo matarlo gracias a las películas de Tarzán (apunten en la lista de listillo) que daban los sábados. Cuando el elefante embestía tú tenías que mantener la calma, apuntar con el rifle a la frente del paquidermo y no precipitarte: momento y distancia debían ser los adecuados. En esas películas el elefante se caía a escasos metros del cazador. Debía de ser de los elefantes baratos. Ahora pienso que Che Guevara (apunten), cuando dijo aquello de que es mejor morir de pie que vivir de rodillas, se refería, lisa y llanamente, a un elefante. Quizá lo leyó en Hemingway (ya apuntado), pero es obvio que la revolución cubana ya no nos parece la misma si cambiamos a Fidel Castro por Dumbo y Bahía de Cochinos por el Circo de Timothy (apunten todo para Google, ríndanse a mi arrogancia).

Si alguno de ustedes ha tenido la suerte de estar cerca de uno de ellos, sabrá lo imponente de un elefante. Es un ser tan desmesurado que no debería existir. Como Picasso o Ana María Matute (más a la lista de listillo). Yo no he estado cerca de un

elefante, pero mis padres tienen un mueble en el comedor de parecidas dimensiones, y con tantos objetos —escrituras, figuritas, marcos de fotos, enciclopedias, tazas y manuales de instrucciones de vídeos Beta— que pesa como uno de ellos. Acercarse a ese mueble en cuyo seno alberga una televisión y facturas con números de teléfono sin prefijo impone y mucho. Pero quizá más la metáfora que encierra. ¿Cuántas veces hemos seguido en una relación a pesar de estar ya muerta en nuestro interior? ¿O nosotros, rotos por dentro, desmenuzándonos, mientras nuestro entorno nos ve como siempre, en la más absoluta normalidad? Un elefante puede ser un país, un régimen económico o político, la obra de un escritor, la honestidad de un político con muchos hijos, el índice de audiencia de un programa de televisión. En el fondo, todos llevamos muchos elefantes muertos dentro. Y quizá esperamos que nadie nos mire para dejarnos caer en medio del pasillo de casa, en un parque público o en medio de un festival literario.

Mi antigua vida

Llevo varios meses esperando que vuelva mi antigua vida, pero sigue sin aparecer. He pensado de todo. Que se la ha quedado otro, que se ha perdido al querer regresar. Cualquier cosa que uno pueda imaginar. Al principio no me preocupé. Me puse de plazo mi cumpleaños, y pasó mayo y mi antigua vida no apareció ni para felicitarme. Pensé: «En verano vuelve», pero no lo hizo. «Quizá cuando acabe agosto», traté de convencerme. ¿Ustedes la han visto...? Pues yo tampoco. Ni una simple llamada diciendo: «Oye, que me retraso», o incluso que no piensa volver. Todos los días me ofrecen una nueva

vida, pero yo no quiero una nueva, sino la antigua, la que era mía y yo, suyo. Y si ésa no puede ser porque, por mucho que la espere, mi antigua vida no regresará, pues prefiero no tener vida a una de las nuevas. He visto en qué consiste una nueva y, en reglas generales, no me veo viviéndola.

En ocasiones pienso que igual mi antigua vida vino cuando yo estaba haciendo un zoom o aporreando una cazuela en el balcón y no le abrí la puerta al llegar. O la entregaron en mi puesto de trabajo o en la residencia donde se murió mi abuela o vete a saber tú. A mi antigua vida le gustaba viajar, e igual se fue a recibir turistas a Mallorca o a un cine, o padece amnesia por estrés, o simplemente ocurre que yo nunca le gusté y aprovechó una pandemia cualquiera para irse y no volver. No oculto que mi antigua vida y yo nunca acabamos de congeniar del todo. Muchas veces me parecía poco y vivía varias medias antiguas vidas a la vez. En otras ocasiones la desperdiciaba, sin darle importancia. Siempre pensé que eran cosas que suelen pasar entre gente que se tiene confianza. Ella y yo nos conocíamos desde el primer día, y mi antigua vida era todo lo que tenía. Estaba llena de horarios y escenarios, de personas anónimas y posibilidades extrañas en cualquier sitio y situación. En mi antigua vida perdías un montón de tiempo en desplazamientos y con charlas intrascendentes con compañeros de trabajo y camareros. Si soy sincero, he de reconocer que no lo vi venir. En Amazon Prime me entregan una nueva vida en cuarenta y ocho horas, pero sigue sin convencerme la novedad. Quiero una vida, pero sólo si es la antigua. Me encantaba todo aquello que ya no se estila. Aquellas cosas que ni recordaba haber deseado. Porque no soportaría estar viviendo una nueva vida y que apareciera la antigua y, enojada, se volviera a marchar. Quién sabe si ya con motivos, lo haría para siempre.

Sábado en la autovía

Paras en una cafetería de la autovía. Es sábado por la tarde y llueve. Tienes ganas de tomar un café, pero podrías haber seguido conduciendo. Te atrapa esta melancolía de sábado por la tarde y ahí estás, al lado de la ventana de una cafetería, viendo cómo llueve sobre una autovía. Ya no es Halloween, pero tampoco Navidad. Lugares como éste no están en ningún sitio. Como dentro de un hechizo, llenos de individuos como tú si uno aún fuera como ellos. Lo reconoces: El País de Nunca Escaparás. Todo te recuerda a algo que ya pasó. Los camareros parecen estar recién salidos de la ducha. Aún sueñan con los mismos romances con los que soñaban cuando esas camisas no les iban estrechas. Su familia —la mujer, los niños, un padre o una madre— está en la ciudad, media hora en coche. A veces, un suspiro; a veces, una eternidad.

El café con leche hirviendo en vaso largo de cristal. Peluches encerrados dentro de vitrinas y, ahora, aparcan autobuses como estanques llenos de peces. Un viejo y su mujer loca con las piernas vendadas se sientan a una mesa. Su hijo, obeso y maleducado, abre un paquete de pan tostado con el que abandera la ensaladilla rusa. La mujer habla fuerte, pero no dejan que grite. Su nuera está pidiendo en la barra y se sienta con ellos. A diferencia de la mayoría, aún viven en un mundo de rituales sin aplicaciones de móvil. No saben nada de la falta de suministros ni de que Amazon se está atiborrando de cajas de cartón. Tampoco de la falta de gas ni de la reforma laboral. Algo sabrán del volcán, supongo. Hay gente que se siente menos sola en medio de ningún lado que en su casa. Alimentada a base de café con leche en vasos largos de cristal y con camareros recién duchados por parientes. En televisión,

Georgie Dann. «Se murió hace días», dice el gordo mientras yo enciendo el móvil para poder respirar. «El del chiringuito, que se murió».

Mando a distancia

La otra noche picaron a la puerta. Cuando abrí, vi a una anciana. Iba vestida con bata y zapatillas, por lo que supuse que era una vecina. Nunca la había visto antes o yo, al menos, no lo recordaba. Me preguntó si sabía de televisores, porque se le habían desintonizado los canales y no podía ver el suyo. En la mano llevaba el mando a distancia. Al abrir y verme dijo: «Menos mal que hay alguien». Lo recordé luego.

Al parecer, cuando le sucedían cosas así, se lo solía pedir al vecino de enfrente, pero éste se había ido de vacaciones. Yo estaba descalzo y en pijama y le dije que no podía ayudarla, que no sabía de televisores. Ella se excusó, sorprendida, y yo también me excusé porque no había supuesto ninguna molestia para mí abrirle la puerta y hablar con ella. Al poco, pensé que había reaccionado con precipitación. Quizá había imaginado que era algún vecino para quejarse de algo. O lo hice porque iba descalzo. O porque bajar hasta el piso de aquella mujer me pareció un presagio de olvidarme las llaves dentro o estropearle el televisor. O porque ya no importa ayudar o no. Porque tampoco éramos vecinos, ya que yo sólo estaba ocupando el piso de una amiga y ella y yo nunca nos habíamos visto ni hablado con anterioridad. Porque eran casi las once de la noche y al abrir había visto a una anciana con un mando a distancia en la mano, y eso no tenía sentido en mi cabeza. Lo hubiera tenido un tipo con un sobre o un repartidor de comida

a domicilio, pero no una señora con su mando a distancia como si se tratara del fantasma de la Navidad futura.

O quizá lo que pasó es que me asustó, y yo, luego, a su vez, también. Porque, cuando abrí, me dijo: «Menos mal que hay alguien», y la verdad es que no había nadie. Porque aquella noche no pudo ver su programa favorito y debió de sentirse triste y desamparada, y eso asusta. Que estuviera tan sola que hubiera ido subiendo piso a piso hasta dar con alguien que la ayudara y, en el último piso, encontrar a alguien que le había respondido que no sabía de televisores, que no tendría que estar allí y que su buena suerte no había significado nada. Y empecé a sentirme tan mal que después me pasé un buen rato mirando en Instagram fotos de Messi con la Copa América en la mano, alegrándome por él, por Argentina, por Antonella y los niños.

Sonidos de lluvia Spotify

Necesitamos rituales y fetiches porque nos han convertido en un salón de juegos. Es difícil escapar porque se trata de tu cabeza. Escribo esto, de madrugada, con una serie de sonidos de lluvia de Spotify y esperando que me haga efecto el Lorazepam. Así que me permito corregirme: es imposible escapar de tu cabeza y no abrir otra vez el móvil y ver si hay mensajes, tuits, fotos. Deberíamos llevarnos bien con nuestra cabeza. Tenerla amueblada y ordenada. Saber dónde están las cosas y poder olvidarnos para encontrarlas luego en el sitio donde sabemos que están. Vamos camino de ser almacenes de información sin recuerdos, sin rincones favoritos, sin objetos, sin fiestas de cumpleaños. Dame una obligación y quítame

placer. No quiero jugar nunca a nada más: quiero tener algo que valga la pena. Quiero algo que no me haga reír, que no me satisfaga. Quiero algo que necesite, que me haga compañía, que me recuerde a algo.

Las enfermedades mentales nos asedian, pero no todos estáis locos como yo. Mucho mejor loco que enfermo mental. Si no tienes cura, es que has escapado de algo, que la sala de juegos, que el almacén de información, no era tan hermético como suponían y te dejan por imposible. Obsesiones, agujeros negros, depresiones, fobias o señales en la telaraña nos avisan, pero no sabemos hacer nada más que medicarnos y bajarnos otra aplicación, una nueva contraseña. La cabeza manda, pero ya no es nuestra: es china o de Apple. Dame una fecha señalada, dame esa cartera o ese mechero que fue de tu padre. Por qué guardas ese pantalón viejo, el pañuelo, esas cartas. Es aburrido saber lo que conservas. No es tan divertido como comprar. Sienta bien estar loco y no poder jugar a todos los juegos. Ojalá pudiéramos sentirnos Napoleón como en las caricaturas de locos de cuando niños. Es preferible a este sentirse isla de Santa Elena escuchando sonidos de lluvia en Spotify.

Sophia Loren y las lavadoras

Son las tres de la madrugada y pongo una lavadora. Queda una hora para que la perra de los vecinos decida ladrar a unos gatos, siempre fuera de su alcance. Ladra por espacio de cinco minutos, puntual como una mala noticia. A veces parece que ladre en morse a otros perros: ladrido largo, ladrido corto. Lenguaje canino. Frecuencias que sólo oyen ellos. Los perros no tienen gusto. Por eso comen como lo hacen. No quisiera

ofender más de lo que procede, pero todo esto me suena mucho a determinados políticos. Que ladran cinco minutos. Que engullen sin saborear. Que sólo escuchan determinadas frecuencias. Es difícil ser político estos días y dar discursos y soflamas. Fingir estar molestos y decididos. Porque ya saben que no les creemos ni las verdades. Gesticulan en el himno y, al abrir la boca, sólo les salen poemas baratos de propaganda.

Son las cuatro de la madrugada y andamos ya en opción centrifugado. O es eso o es que la máquina quiere elevarse y descubrir nuevos planetas. No seré yo quien se lo impida. La perra ladra, puntual. Se llama *Luka*. Es nombre de chico, pero sus dueños creían que Suzanne Vega hablaba de ella misma y de ahí la confusión. *Luka* no ha conocido el amor canino. A veces sufre de embarazo psicológico y escarba cunas en el jardín. Ir al veterinario es tan caro como ir al dentista, me dice mi vecino, mientras saco la colada de la lavadora, la pongo en un cesto y me apresto a tenderla. Siempre que subo al terrado a hacerlo me creo Mastroianni y espero encontrarme a Sophia Loren y desenmascarar solos ella y yo la grosería del fascismo.

Tender la ropa mientras la ciudad amanece podría ser una estampa maravillosa, y es probable que lo sea, pero esto va de ahorro. Y las pinzas, las viejas, de madera, y las nuevas de plástico y colores, y las siderales que tienen forma de Arañas de Marte, cada una en su sitio, para que no se vuelen las sábanas como a Remedios, la bella, para no perder calcetines ni camisas. Embriaga el olor a suavizante por la mañana, ese napalm bueno. Son las cinco y media de la madrugada y puedo desayunar o volver a la cama y tratar de dormir un poco y creer que lo de las lavadoras de madrugada, los perros ladradores y los gatos imaginarios, los políticos mentirosos y el fascismo fueron pesadillas. Suerte que, al menos, Sophia Loren sigue siendo verdad de la buena.

Desde los balcones

Importa más no sentir nada que las heridas. Llegas tarde y nadie pide tus disculpas. Extraes el botín sobre la mesa del comedor. Una llave, un caramelo, un mechero que no es tuyo, monedas. Los dedos manchados del hollín de las persianas bajadas. El perfume a destrozo, a porque no me dio la gana. Todo dócil y casi correcto.

Vuelven los gritos en el local frente a mi portería. Son más de las doce, y luego, el silencio y más gritos a eso de la una y de las tres. En el balcón de abajo, Manel. En el mío, yo. «Ya estamos otra vez». «Sí». Todas las posibilidades están abiertas. Grita ella o grita él. Da el portazo ella o lo da él. Se va él, llora ella, se insultan ambos. Ella quiere volver a entrar. Él dice que nunca más. Coge la moto. Más ruido. A veces, los mossos. No siempre. Muy de tanto en tanto. Las luces encendidas. Nadie les abre. Nadie los quiere. No les necesitamos, agentes. Sólo gritos. ¿No podemos gritar? A veces ella pierde la cabeza, a veces él, a veces los dos.

En alguna ocasión viene el padre de ella y hay un amago de mudanza. A los dos días él la ayuda con el regreso. Él se marchó unos días de julio. Siempre con su bolsa negra de Adidas y la moto. Esos días ella volvía muy tarde. Siempre sola, siempre borracha. Tenía miedo de entrar y toparse con el cocodrilo de la soledad. Antes de resignarse se sentaba en la acera y fumaba. El mechero siempre en el último rincón del bolso. «Volvemos a las andadas», dice Manel. «Sí, siempre igual», digo yo. Ella tiene un flequillo que se aparta de la cara con un gesto nervioso, casi un tic. Él es grande y siempre hace amago de levantar la mano, aunque nunca la levanta. Ninguno de los dos mira a los balcones, pero los balcones siempre los

miran.

Hará una semana él se fue con sus cuatro trastos y la bolsa Adidas. En la moto parecía un oso que anunciara que el circo llegaba a la ciudad. Tres días después un camión de mudanzas se llevó a la chica del flequillo, delgada y bonita, mirándoselo todo desde detrás del humo de un cigarrillo larguísimo. Otra vez le costó encontrar lumbre en el bolso. «¡Qué tranquilidad ahora!», dice Manel. Yo asiento con mi cabeza de ñu. Luego cierro la puerta del balcón y me voy al dormitorio. En la oscuridad, con los ojos abiertos, miro el techo. Trato de recordar en qué momento me empezó a importar menos lo que sentía por dentro que lo que me decían los balcones. No me duele nada. No tengo nada que perder. Pongo la tele. La apago. Qué bien se está muerto.

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Padres e hijos, hijos y padres. Durante muchos años creí que uno podría crecer sin padre, no porque me faltara, sino porque no significaba nada en mi formación. No competía con él, no me importaba su opinión, no me afectaba verlo o no verlo. Una ausencia también es una huella. A medida que mi padre perdió la cabeza y la memoria y dejó de reconocer a los suyos, me hizo estar a su lado, pagar una deuda absurda, porque nos pasamos una vida juntos sin habernos hablado, preguntado o investigado nada el uno sobre el otro. Murió y lo echo de menos. Lo suficiente como para reconocer que un padre es algo más que una persona. Aún no sé qué es. Quizá un fantasma que te protege del miedo. Prometo decirlo cuando lo sepa.

Mi padre, el marine

Mi padre fue marine. Lo demuestra el hecho de que su idea de ir a la playa fuera semejante a la empleada por los aliados en el día D. Idéntico horario, por ejemplo. Salíamos de madrugada y tomábamos posiciones en Castelldefels antes de las siete. Por supuesto, ni rastro de nidos de ametralladoras enemigas. Desplegábamos las toallas solos en la arena. En un par de ocasiones recuerdo haber visto alguna otra familia marine. Imagino que para no levantar sospechas ninguna de las dos veces nos saludábamos. Otro dato sospechoso: el lugar donde aparcábamos. Podíamos dejar el coche en línea recta a nuestra ubicación en la playa, pero eso nos convertiría en blanco fácil para la aviación enemiga. Mi padre siempre elegía un lugar alejado y oculto, tipo bosque Castelldefels primeros 80: arbusto tenaz, preservativos usados, cristales rotos y mosquitos primera escena con el bote de pintura de Tony Manero. Mi progenitor calculaba el aparcamiento en función de una tabla de algoritmos que sólo él conocía con el objeto de que el sol no castigara en exceso al vehículo. Pero, de modo inexorable, el siempre temible ejército nazi cambiaba de coordenadas el sol y, cuando regresábamos, el vehículo se hallaba, lisa y llanamente, en ignición.

En la playa nos posicionábamos lejos de cualquier referencia arquitectónica para que no fuera sencillo ubicarse. Lejos del agua para, supongo, no estorbar a las barcazas cuando éstas vomitaran marines, y lejos de tierra firme para evitar coches oruga, francotiradores y espías africanos fingiendo vender

alfombras. La distancia en metros entre nosotros y el mar era tal que teníamos que calcular el impacto lunar sobre las mareas, y mi hermana, en una ocasión, se sacó un novio italiano, lo disfrutó y lo perdió durante el trayecto. Una vez ganada la orilla nos introducíamos en el mar. Un mar gélido, dada la hora. Mi padre, el marine, nos avisaba de que cada cierto tiempo nos volviéramos para vigilar las cosas. Las cosas solían ser la sombrilla, las toallas y un capazo ibicenco. También es posible que entre las cosas estuviera la abuela. El motivo de la vigilancia es que no nos fueran a quitar la sombrilla, el capazo o el bulto negro, la abuela. La pregunta obvia era «¿quién?», pero nadie la hizo nunca. Así que andábamos unos pasos y girábamos la cabeza, lo que conformó un tipo de baile ridículo que aún exhibimos en bodas y congas. La idea era que, en algún momento, el agua nos cubriera, pero era Castelldefels, de modo que, a los tres kilómetros, nos dejábamos caer de rodillas y fingíamos que no arrastrábamos la barriga al nadar. Mi padre, el marine, a dos minutos de la primera inmersión, daba la contraseña. Siempre la misma: «Yo ya me salgo». Cuando se iba nos hacía polvo dejándonos a solas con la melancolía. Tampoco ayudaba que mi madre se bañara con un gorro de flores y creyera que se puede nadar sin que las piernas se enteren de que se está nadando. Décadas después sigue manteniéndolo.

No eran ni las once de la mañana cuando regresábamos a la base. La Operación Playa había sido un éxito si nos cruzábamos con una lenta caravana de coches que en la autovía se dirigiera al lugar de donde volvíamos. Mi padre, marine provocador, gritaba: «¡Haber madrugado!» Luego, se volvía hacia mí, y con el Rex firmemente sujeto a los labios sentenciaba: «Te digo una cosa, Carlos: nunca podré entender a la gente».

Cruyff, en el nombre del padre

De crío, recortaba fotos en blanco y negro de jugadores y goles y las grapaba a las paredes de mi habitación. Las grapas se hundían con facilidad en esas paredes de papel. Un día me compré una revista porque su reverso era un póster gigante de Johan Cruyff. Lo coloqué —esta vez con más rango: chinchetas — en aquella pared. A su alrededor, las viejas fotos en blanco y negro. La comparación era tan ridícula que las fotos fueron desapareciendo hasta que sólo quedó la marca de las grapas. Sobre el cabezal de mi cama, casi a tamaño natural, ya reinaba Johan Cruyff, el color.

Recuerdo la insolencia sin método de Cruyff. El título ganado, su cabellera, Danny, las protestas airadas, los anuncios vendiendo pinturas. De colores, claro. Johan Cruyff como un san Pablo beatle vino a predicar entre los esclavos, la libertad, la creatividad, el talento, el regate, la carrera y el volador gol imposible. También reivindicó ganar dinero sin remordimientos ni excusas, tutear a los árbitros, conseguir un título y tirar mil saques de banda después. Pero creo que Cruyff también nos enseñó que se podía confiar en el mañana. Cruyff era eso: futuro. La idea de que delante de nosotros existían posibilidades de ser y estar mejor. Se podía vivir en una sociedad libre, insolente, distinta. Y si él nos había elegido —como sucede con los mejores amores—, era porque había visto algo en nosotros y, al parecer, valíamos la pena.

La liga de Cruyff fue la primera liga de la que fui consciente. En parte porque hizo acto de presencia, por primera vez en mi vida, el entusiasmo de mi padre, hasta ese momento una sombra que iba y venía, cenaba, dormía y gritaba. Cruyff me trajo a mi padre desde su infancia, cuando jugaba en la calle y

celebraba goles y patadas. Niño de la guerra que sólo tenía calle, miedo y fútbol. En realidad, si soy sincero, sólo recuerdo a mi padre a partir de Cruyff. Explicándome narraciones tan artúricas como futboleras, viendo partidos juntos en el televisor o escuchándolos en la radio Belter del coche. Esos últimos minutos, ese último córner, esa última decisión polémica del árbitro que sólo veías a través de la voz de un locutor tan desesperado como tú. Esos cinco minutos finales en los que mi padre apagaba la radio: clic. No ver, no escuchar, no hablar. Ese miedo de comunidad derrotada. Esos minutos en los que, sin decírnoslo, nos encomendábamos al futuro, ese lugar en el que nos seguía esperando Cruyff, ese momento en el que mi padre, ya sin temor, hacía clac en la Belter del taxi.

Cuida a los taxistas

Cuida a los taxistas. Hubo un día en que fueron como tú. No trataron de entender las obras de Glòries ni temieron llegar a casa por encontrarse un carril bici entre la cocina y el baño. Hubo un día en que no entregaron comisiones a los bancos por pagos con tarjeta de cuatro euros ni aguantaron a borrachos en la parte trasera de su coche. Cuida a los taxistas porque ellos regulan la intolerancia de tu ciudad, el azar y los chaflanes generadores de turistas británicas descalzas. Cuídalos porque no en todos los coches puedes realizar un cambio integral de ropa, arrojar el papel del chicle al suelo y conocer de primera mano los planes de Trump en Siria. Cuídalos. Porque una sociedad que adora a los bomberos y odia a los taxistas es un lavabo sin desagüe. Los bomberos bajan gatitos de árboles y apagan incendios los sesenta u ochenta días de trabajo por

bombero que tienen. Los taxistas son hombres-máquina a los que se les impone que descansen dos días semanales. Cuida a los taxistas porque hubo un día en que fueron como tú. Porque también quisieron tener familia y cambio de cincuenta euros.

Cuida a los taxistas. Hubo un día que no quisieron atropellarte. No quisieron evitar que tu existencia acabara en un asilo o en un pasillo de un hospital. El taxista es la procreación aleatoria y sexual en un mundo que quiere ser clonado. El taxi evita que se aplaste la individualidad en esta sociedad. Que te regodees en el Mobile World Congress y en la autocomplacencia. Un taxista es tu Mr. Hyde, tu Garfunkel, tu pareja molesta y decepcionada por cuitas nunca reveladas. Y es que has de cuidar a los taxistas porque hubo un día en que fueron rostros pálidos como tú. Un taxista es un ser solitario encerrado en un universo particular. Un taxista no tiene habitación propia para escribir su Diario y sí, en cambio, un trabajo durísimo. El tráfico endiablado de una metrópoli, estar enganchado a un motor, el desequilibrio psíquico de la soledad y la alteridad de los pasajeros. Es Ahab. Es Shane. Es Dylan siempre de gira. Los taxistas circulan como apaches —los ves, ya no los ves pero están— por tu ciudad sin destino fijo, atacados por una maldición prometeica: cada día es el mismo día y te van a sacar los higadillos. Un taxista es puro nihilismo. Un taxista lleva dentro de sí a Van Morrison, Van Damme y Van Bommel. Un taxista soporta tus preocupaciones, tus mentiras, tus llamadas al móvil, tus ganas de ser capataz. Un taxista relativiza tus pecados al expresar con total libertad el objeto de su odio: alcaldes, arquitectos, abogados y payasos argentinos en los semáforos. Una huelga indefinida de taxis nos abocaría a masivas implosiones de malestar, a una sociedad sin ciudadanos indomables en manos de vecinos bomberos y otra gente intachable. Cuídalos. Perdónales que se empeñen en decirte lo que pagan de autónomos, que sueñen con vacaciones

en Semana Santa, que te arranquen de las manos lo que lleves para colocarlo en su maletero. Cuida a los taxistas. Hubo un día en que, al girar, ponían intermitentes como tú.

Beyoncé

Bajo a la calle y me acerco hasta la plaza. Me siento en un banco, a la sombra. Me echo un cigarrillo. Hay una discusión. Un tipo ex casi todo con una camiseta de Beyoncé debe dinero a un canijo de chándal y camiseta de la selección. El Beyoncé le asegura que tiene el dinero y el otro no le cree. En esa plaza se turnan niños, perros y viejos. Dos ancianas en sillas de ruedas están a la fresca. Tienen la mirada ida. No entienden. No recuerdan. Las cuidan dos chicas centroamericanas que no paran de reírse y hablar. Son muy simpáticas. Una de las viejas no quita la mirada de su cuidadora. Ésta bromea con ella: «Con la de cosas bonitas que hay en la plaza y sólo me mira a mí, Dolors. Mire las palomitas, a aquellos críos jugando a pelota, esos árboles, los coches. A mí ya me tiene muy vista». Pero la anciana no hace caso. La chica le acaricia la mejilla con la mano.

Beyoncé se altera. Pide al otro que lo acompañe al cajero a sacar dinero. No quiere moverse el otro. Beyoncé entrega su móvil a modo de prenda. «Cinco minutos. No te vayas». El otro parece concederlos. Mi padre pasa con la barra de pan por la calle de arriba. Levanto el brazo y lo saludo. No me ve o no me reconoce. Queco, el del taller, vuelve de desayunar. Cuando le dices «buenos días», él te dice «buenas noches». Siempre: no falla ni una. En cierto modo eso acaba tranquilizándote como a los campesinos, les debían de tranquilizar las estaciones. En el

Pub Dólar una veterana está de limpieza. Apoyada con el mocho, habla con el chaval de la silla de ruedas. En la peluquería hacen uñas chinas. Beyoncé corre cuesta arriba hacia la avenida. Es de suponer que a un cajero. El paquistaní donde compramos el pan tiene una hermana guapísima que siempre está viendo culebrones en un diminuto televisor al lado de la caja. Dídac y Manel son dos críos que viven debajo de mí. Uno siempre anda cantando y el otro llora cada mañana cuando su papá se va a trabajar. Más vecinos: el taxista nocturno que no habla con nadie y el que no encuentra trabajo, y un local que siempre están ocupando y desocupando con gestorías que nunca funcionan. Unas vecinas se encuentran en una esquina y hacen descansar sus carros de la compra para ponerse al día. El quinqui del chándal se ha cansado de esperar y se ha ido.

Mi padre, de vuelta. Esta vez sí que me ve, me reconoce y me saluda, pero lleva prisa. El sonido de una canción que no me hace sentir viejo se escapa de una de las ventanas. En esa verdulería la fruta no sabe a nada, el barbero marroquí ha roto precios y mi barrio parece un mural aún fresco de pintura. Llega corriendo Beyoncé. Se caga en su estampa. Aquél se ha ido con su móvil. No sabe para dónde correr ni buscar. El ruso de la cafetería empieza a colocar mesas y sillas en la terraza. Beyoncé me pide un cigarro. Mientras le enciendo el cigarro señalo su camiseta llena de roña y manchas de sangre. «¿Te gusta?», le pregunto. «¿Quién? ¿La negra?» «Sí. Me la tiré una vez». Ni ese idiota me cree. O rebajo expectativas o nunca me creerá nadie.

Padres e hijos

En Graceland hay un tobogán con un agujero entre ceja y ceja. Una tarde de verano Lisa Marie se deslizó por la rampa de ese tobogán, trastabilló y aterrizó con la cara en vez de con los pies. La cría, hecha un mar de llanto, se abrió paso entre guardias de seguridad, cuidadoras y Cadillacs rosas hasta dar con su padre. Éste, abotargado por la ingesta de sándwich de plátano, barbitúricos y doce horas jugando al Scalextrix, fue despertado por los lloros. Cuando entendió lo que había pasado cogió una pistola, salió al jardín y cuando la niña señaló al agresor, Elvis le metió una bala entre los ojos al dichoso tobogán. Eso es un padre. No el único tipo de padre, porque hay padres para todo y padres para nada. Marlon Brando fue, a todas luces, un mal padre. No fue uno de sus mejores trabajos el lloriquear delante del tribunal que juzgaba a su hijo por el asesinato de su cuñado. Un padre actor debe ser una complicación añadida. Uno supone que las tonterías que su padre le dice en la adolescencia son, al menos, sinceras. Sospechar que es la interpretación de un papel no debe de ayudar mucho a tu formación, por no hablar de las ganas de matar a tu padre si éste es Brando y todas tus novias, de hecho, te reprochan no ser Brando. Ser mal padre si eres famoso mola. Ser mal padre si no eres nadie es ser lo peor. Hay padres que viven sin salir nunca de comedores y dormitorios y padres que se van de casa y no vuelven. De éstos, con el tiempo te enteras de que tenían otra familia igual de triste que la tuya. Jesucristo y su padre tuvieron una relación cuando menos complicada. Entiendes que tu padre le pegue un tiro a un tobogán, pero no que te envíe a la Tierra a que te torturen y te crucifiquen. En serio, Yahvé... ¿no había otro plan...? Hay padres a quienes les importa lo que haces y otros que, por fortuna, te dejan en paz. Dylan electrificándose en el sesenta y cinco parecía un tipo sin padre, mientras que imaginas a Springsteen y su padre discutiendo, día sí día también, en su casa en la colina. Saturno

es padre desbordado tanto como lo pueden ser Darth Vader o Víctor Frankenstein, cada uno en su punto, pero un padre pusilánime es casi peor que uno enloquecido o autoritario. Hay padres que nunca estuvieron, padres estúpidos, padres maravillosos a los que añoras incluso cuando están. Padres de los que heredas la miopía y tu equipo favorito de fútbol. Padres que te enseñan a ilusionarte con cualquier cosa y a no fiarte ni de los amigos. Padres charlatanes y padres mudos. Padres responsables y el de Amy Winehouse. Uno no se lleva bien con su padre porque tú eres más joven que él. Y porque éste sospecha que en cuanto no sea operativo lo meterás en una residencia, y tú sabes que sólo le gustó tu primera novia. En realidad, lo mejor que podrían hacer un padre y un hijo es subirse a un coche, largarse de casa y disparar contra todos los toboganes que encuentren hasta el Gólgota. Pero lo vas dejando y un día ya es demasiado tarde y sólo toca añorarse. El hijo al padre, el padre al hijo.

Cómo abrazar a un padre

Hoy debería tratar de abrazar a mi padre. Lo he intentado a lo largo de estos días, pero no he conseguido un contacto mínimamente aceptable. En modo alguno, nada que pueda llamarse abrazo. Acabábamos de enterrar a su madre, mi abuela, y eso hace, a priori, que un abrazo debiera encontrar fácil el camino hacia él, pero no ha sido así. Abrazar a una madre, al menos a la mía, es sencillo. Una madre tiene huecos por todos lados, cobijos, cunas y sudarios. Nunca cogerás desprevenida con un abrazo a una madre. Es imposible por definición y acción ejecutada. Ya puedes ir por detrás o a

media altura. Sorprenderla tras una puerta, en la calle, en el Mercadona o en su lecho de muerte. Ella siempre está esperando *ese* abrazo. Sus huesos son gelatinas que saben transformarse en moisés, en pozo, en lecho. Abrazar a una madre, al menos la mía, tiene mucho de coreografía ensayada tipo cine de King Hu en días excelsos, Bruce Lee en tardes de bronca o Jackie Chan para cumpleaños y Navidades. Ella sabe. Ella espera. Ella detiene el golpe, abre tus extremidades, se cuela bajo la axila, se aperruña, rodea y circunvala para rematar desde posiciones que vulneran la mismísima ley de la gravedad. Pero el resultado, por precario o torpe que sea, siempre es un abrazo. He llegado a pensar que las madres, al menos la mía, no tienen huesos, sino cuerdas, poleas y cojines.

Abrazar a un padre es distinto. ¿Qué hago para poder abrazarlo con naturalidad si además soy bastante más alto que él...? ¿Doblar las rodillas, lanzarlo al suelo? ¿Pasarle el brazo por el hombro? ¿Quedar frente a él, cubrirlo con mis brazos, accionar una de sus manos hasta aferrar su nuca y romperle, con un movimiento seco de muñeca, el cuello? Quizá en el momento que incineremos a la abuela, se dé la situación. Que él, confundido y distraído, pierda la noción de padre y se contraiga, adquiera forma de sofá, doble su espinazo y lo siguiente sea untarse de mantequilla. Pero dudo que eso sea un abrazo, sino grecorromana. Cuando lo rodeo de ese modo y mi padre muta en sofá, no siento deseos de sentarme en él y dormir, sino de levantarlo en volandas y lanzarlo al interior del camión de las mudanzas. Porque un padre está hecho de otro material. Algo que se tensa cuando lo tocas. Es como si un padre siempre estuviera en guardia. Como si el tacto, el roce, los besos y abrazos fueran una conjura para convertirlo en algo débil, líquido, de uso diario y no un monumento a un faraón en medio del desierto como una de esas estatuas en las que nadie se fija ni para bien ni para mal. Mi padre es duro. Mi padre es

esparto y pared maestra, y cuando, de niño, le tocaba el brazo, sacaba bíceps y decía: «Acero alemán». Pienso en eso cuando salimos de la capilla, y antes de que se suba al coche, lo llamo por el nombre, se vuelve, corro hacia él en forma de bolso ibicenco y trato de conseguir ese abrazo. Pero, de repente, mi madre se lanza en salto Kevin Costner en *El guardaespaldas* y roba el abrazo mientras mi padre se sube a un camión de mudanzas y se aleja.

Padre al lado de hijo muerto

Hace un par de días se podían ver fotos de la invasión rusa en Ucrania en las que aparecía un padre al lado de su hijo muerto. Hoy quizá cuesten de encontrar porque estaremos ya en otra cosa, en cualquier otro asunto de sumo interés. El hijo tenía trece años y estaba esperando el autobús en una de las calles de Járkiv, cuando un cohete ruso lo asesinó. Ese chaval no debería estar muerto. Soy plenamente consciente de que cosas así suceden a diario y de que ese padre es blanco como yo, y los de siempre me diréis que si la guerra en Siria o en Irak y que los rusos nos son simpáticos hasta cuando matan. Pero en mi defensa diré que esta muerte me golpea con su sinsentido más que otras en las que no sé quién mata a quién ni quién está detrás del golpe de Estado tal o si la secta chií es mayoritaria en esa zona o no. Se me escapan un poco más los motivos por los que como sociedad nos movilizamos más cuando un ciudadano negro es asesinado por un poli blanco en Estados Unidos que cuando los rusos disparan su lanzacohetes Uragan sobre la población civil ucraniana, pero supongo que el blanco y negro de aquellas películas aún nos hechizan y los bigotes y

gorras y los cigarrillos de Godard y la indolencia del tonto útil esgrimiendo NUCLEARES NO.

El hijo muerto tiene el torso desnudo, y el padre, a su lado, le habla, como si estuviera convencido de que si sigue llamándolo por su nombre conseguirá devolverlo a la vida. Como si fuera inconcebible que un cohete pueda interrumpir la vida de un adolescente en una parada de bus, en una mañana cualquiera de Járkiv. En otras fotos, el cadáver ya anda cubierto con una tela térmica roja, y el padre, de rodillas, tiene la mirada perdida, sin soltarse de la manita de su hijo asesinado, un civil asesinado en territorio ucraniano por un misil ruso lanzado porque la OTAN estaba demasiado cerca de Rusia o algo así.

Mi hombre bueno

Cada uno de nosotros tiene asignado conocer a un hombre bueno. El mío se llamaba Antonio. Cuando te topas con un hombre bueno, la situación suele ser embarazosa. ¿De qué hablas con un hombre bueno? Pudiendo ser cínico, calculador o cruel, ¿qué ventajas tiene ser un hombre bueno? Es difícil de saber porque los hombres buenos no suelen ser muy locuaces. Uno trata de escudriñar por qué un hombre bueno se comporta así, de esa manera tan excéntrica: sin odio, sin envidia, sin celos. Quizá por eso lleva su tiempo tranquilizarse cuando te topas con un hombre bueno. El mío, Antonio, llevaba un exagerado bigote blanco y había nacido en Tánger. Debajo de ese bigote se reía muy a menudo. Sabías que llegaba la risa porque antes le brillaban los ojillos. Podría haberme enamorado de él. Amar a un hombre bueno, algo ciertamente sospechoso.

No sé cuáles son los motivos por los que a uno le asignan un hombre bueno. Simplemente sucede. Hay quien dice haber encontrado a lo largo de su vida más de un hombre bueno. No es lo usual, porque uno ya es mucho. Antonio era escritor y muchas otras cosas. Tenía una mujer y unos hijos que lo adoraban. Y una exmujer que también lo quería y la hija que tuvieron y un nieto. Y amigos. Muchos. De muchos colores. De todos los colores posibles, creo. De decenas de países. Los hombres buenos escasean, por lo que es probable que a muchos se nos asignara el mismo hombre bueno. Y es que no debe de ser fácil serlo. Se necesita mucho coraje para ser un hombre bueno. Para generar amistad, amor, agradecimiento y seguir riéndote bajo ese bigote blanco y escribir libros como *Las cenizas de Bagdad* o *Un largo sueño en Tánger*. Mi hombre bueno, Antonio, fue profesor de francés y también político en su pueblo, Agüimes. La gente de allí lo quería mucho porque sabía que era un hombre bueno y lo que había hecho e intentado hacer por su comunidad fueron siempre cosas que él creyó justas. Tenía talento, le gustaba el teatro y amaba África. También era un poco mandón y sus mensajes de WhatsApp eran largos y circulares, pero eso me gustaba de mi hombre bueno. Un hombre bueno no es un santo ni un alienígena. Un hombre bueno es un hombre que no es perfecto, pero que vive sin lo dicho: sin envidia, sin celos y sin odio. Uno a veces envidiaba a Antonio. Envidiaba que no hiciera trampas con los afectos ni se cogiera ventaja en nada. Envidiaba lo que lo querían su mujer y sus hijos, sus amigos, sus cien hermanos repartidos por todo el mundo. Era una envidia sana, de querer aprender algo de Antonio sin que él se diera cuenta. Los hombres buenos dejan cosas en ti cuando se van. Una de ellas es la certeza de que es posible ser un buen tipo a pesar de lucir un bigote inapropiado y que todo el mundo al que conozcas quiera ser tu amigo, tu mujer, tu hermano o tu hijo. Quizá no

sirve de nada saberlo, pero si tienen cerca a su hombre bueno, disfrútenlo. La muerte está llena de odio, envidia y celos.

Navidad en El Corte Inglés

No se era una capital homologable de españolidad sin una iglesia, una plaza con fuente, perro y jubilados y un Corte Inglés. En El Corte Inglés encontrabas cualquier cosa y, si no te gustaba, te devolvían el dinero. Esto último los hizo invencibles. Daban igual el bigote y las corbatas de los dependientes, seres mal cortados embutidos en trajes de sus enemigos, daban igual edad y kilos de maquillaje de las dependientas, el enigma de cómo llegaron al departamento de discos después de pasar por Moda Él y Moda Ella, mercería o maquinaria agrícola. Daba también igual su artero ataque letal —«¿Le puedo ayudar en algo...?»— al que apenas contrarrestabas —cual crucifijo en la mano— con un titubeante: «... Sólo estábamos mirando». Daba igual todo eso. Tú ibas a El Corte Inglés porque El Corte Inglés era un ancla que impedía que la ciudad y la clase media salieran volando por los aires.

Durante un tiempo trabajé de administrativo en las oficinas de El Corte Inglés. En un quinto piso de unas oficinas de Gran Via. A tu sueldo se añadía una peligrosísima tarjeta Corty: podías acabar siendo una colonia de la Commonwealth y cobrar en discos, libros o pantalones. Lo cierto es que los casi dos años que estuve allí fui muy feliz. Tuve unos compañeros geniales. Jóvenes recién llegados y otros, veteranos, algunos de ellos claramente afectados de ostracismo, mutilaciones y castigos de anteriores guerras en el seno de una empresa muy

conservadora. Fue fantástico compartir mi vida con todos ellos. Los recuerdo a menudo y por Navidad recuerdo especialmente a nuestro jefe, el señor Aliaga. Nunca conseguí saber en qué consistía el trabajo de Aliaga porque en realidad se limitaba a despachar con unos y con otros de cualquier tema, al modo de un Padrino sin gato ni ganas de matar a nadie. Es probable que la función de Aliaga consistiera en que fuéramos felices. No lo descarto en absoluto.

Lo celebrábamos todo. Santos, cumpleaños, bodas, aprobados, suspensos, divorcios, victorias futboleras y ventas de pisos. Una hora antes de acabar la jornada laboral, juntábamos nuestras mesas y llegaban bandejas de jamón serrano, queso, chorizo, sándwiches, lionesas de nata y chocolate. Eso era cada dos por tres, pero en Navidad Aliaga entraba en éxtasis. Estábamos días y días sin trabajar, decorando las oficinas, sin atender a peticiones o quejas... Era Navidad, virgen santa... ¿Qué parte no entendía el resto del mundo...? En cuanto Aliaga se enteró de que me gustaba la música, me encargó la fiesta final, que consistía en aislar y rodear con mesas una parte de la oficina, ir a la tienda a buscar el engranaje que hace girar los pollos a l'ast y una bola de cristal del departamento de discos, así como todos los cedés que deseara y un aparato reproductor de muestra, y montar una suerte de nave espacial ochentera con una bola de luces girando a ritmo a l'ast. Aliaga nos veía beber cava en nuestros vasos de plástico, bailar y bromear con *Last Christmas*, abrir sus regalos, todo luces rojas y azules, y sonreía, feliz, pletórico, orgulloso. Hace un par de años me dijeron que murió: no hay Navidad que no me acuerde de él.

Esta noche me emborracho

El último lugar en el que estuvo mi padre fue en un tango. El alzhéimer le destrozó la memoria y el habla, el reconocer a sus hijos, andar y comer y finalmente, respirar, pero lo último que olvidó fue un tango. Lo tengo en un vídeo, enfermo, sonriente, cantando ese tango apuntalado por mi madre. Mis padres se casaron mientras sonaba música en inglés, pero la vida de mi padre fue un tango, ese tango. Vete tú a saber por qué.

Cuando a la fotógrafa Ana Portnoy le dije que iba a Buenos Aires, me aconsejó que fuera con cuidado, que evitara enamorarme porque yo era un niño y las mujeres, allá, eran mujeres. Ella era mujer y argentina. El mundo es más feo sin sus ojos, pero ésa es otra historia triste. Llegué a Argentina y me vino a buscar una amiga, Tatiana, que me avisó del *jet lag* y de que esa noche debería intentar no dormir. No enamorarme y no dormir. Ése era el plan. Tatiana me cogió en volandas del hotel, nos metimos en un taxi, me advirtió de todos los peligros a los que mi ingenuidad europea me podía llevar, y fuimos a Sarmiento, en el barrio de Almagro, a un local, un boliche, en el que rezaba: TODOS LOS DÍAS CLASES Y MILONGA.

Era un sitio oscuro, de varios pisos, y en el techo estaba colgado un corazón enorme, rojo y a medio desinflar. Los camareros hacían caso a Tatiana y estaban hartos de turistas como yo. En la carta había varios platos de los que sólo servían uno, y los muebles, sillas, mesas, eran o parecían viejos o reciclados. Estábamos en La Catedral del Tango, *humildad y calidad*, como le susurró a Tatiana un atildado caballero de la edad de mi padre cuando la sacó a hacer con ella un par de temas tangueros. Se levantó de una de las sillas de madera, se acercó a Tatiana y se la llevó a la pista. Mientras los observaba me acordé de mi padre. Sus tangos de los que sólo recuerdo uno, el último en el que estuvo antes de irse.

Hablé con Tatiana, hablé con quien hablara esa noche mientras bebía cerveza fría o caliente, y cada vez yo era menos

divertido y más patético, canturreando trozos de tango, un guiri tratando de tener acento al entonar *Esta noche me emborracho*. Las horas pasaron, cruzamos la medianoche y los relojes parecían haberse detenido y el corazón del techo cada vez más cerca, más deshinchado —era un globo a ratos, una escultura otros—, y una fotografía en blanco y negro de Carlos Gardel, enorme, sobre la barra. Las horas pasaban y yo seguía cumpliendo mis dos promesas: no enamorarme y no dormirme. Tatiana bailaba y sonreía. Y con quien bailaba siempre estaba concentrado, consciente de que aquello, el tango, fue y es cosa seria.

Le compré un cedé a mi padre en el que se incluía ese tango. Al escucharlo, se animaba e intentaba cantarlo con las pocas palabras que la enfermedad le había dejado. Ese tango, lleno de modismos del lenguaje porteño, habla de un amor por el que se perdió la cabeza. Por el que uno lo perdió todo: dinero, el afecto de una madre, los amigos. Por mucho que te avisaran del peligro, ibas a caer: te enamorarías, cerrarías los ojos y te vencería el deseo y el *jet lag*. El tango, ese tango era cruel, pero parecía saber cosas de la vida que nosotros ya no nos permitimos decirnos. Porque el protagonista ve salir de un local a la que fue su amada, por la que lo perdió todo y está hecha un saco de huesos, enferma, fea y condenada, y la pregunta es amarga: ¿por esto enloquecí? ¿Qué nos hicimos los dos para acabar uno y otro así?

Me gustaría haber podido preguntar a mi padre por qué ese tango fue el último sitio antes de irse. Por qué se nos quedan unos amores y otros no. Por qué nos gusta el amor del que nunca nos curamos del todo. Por qué destruimos lo que amamos y amamos lo que destruimos, como el viejo Lestat, como mi padre, como Tatiana y yo saliendo a la luz de la mañana para desaparecer en polvo de vampiros.

EN EL NOMBRE DE LA MADRE

Llevaba ya casi todas las novelas escritas cuando alguien me hizo ver que en ellas el protagonista siempre era huérfano de madre. No era algo premeditado, pero sí esencial. Mis protagonistas suelen andar a la deriva en el instante en el que son fijados a un momento y un lugar determinado. No pueden volver a ningún sitio, se les ha roto el timón. Para recrear ese personaje, esa manera de estar perdidos, me los imagino sin ese lugar al que regresar para pedir refugio. Hay madres y hogares que son infiernos. No fue mi caso. O no del todo.

Balada de paleta enamorado

Cosas que uno no ha de hacer en verano: una mudanza, una liposucción y una escalera. La primera es una evidencia; para la segunda me faltan datos, así que les hablaré de la escalera. En mi caso fue una escalera familiar, de uso privado, la de subir y bajar de dormitorios rollo Gloria Swanson en *Sunset Boulevard*. Mis padres habían decidido ampliar nuestro domicilio con un piso superior. ¿Por qué en verano? Menos vecinos, menos policía, más diversión. En especial, porque la obra tenía permiso municipal para cambiar zócalo y, señor guardia urbano, nos vinimos arriba y, ya que teníamos el zócalo, hicimos tres habitaciones, tejado, modificamos estructura y, ya puestos, el tedioso *skyline* de Barcelona. No quiero aburrirlo con niñerías que el tiempo ha sanado señor guardia.

Como era habitual, las obras fueron encargadas a un amigo paleta de un electricista de un primo de una vecina que un día le hizo una chapuza y no cobró mucho. El tipo era Manolo. Manolo I: cincuentón, panzudo y charlatán. Trajo a tres operarios y a su hijo, Manolo II: guapo, simpático e irresistible. Manolo II no era un cualquiera. Sabía dibujar sobre plano, liar tabaco y desayunar durante tres horas y que se lo perdonaras a cambio de una sonrisa y una rumbita carcelaria. Era algo así como aparejador del mismo modo en que uno puede ser algo así como atleta en la Cursa de Banderas de la Escola del Mar. Así que fue él el encargado de planificar aquella escalera harto complicada, con mármol de dos colores, cuatro tramos distintos y cinco tipos de barandilla. Con una buena campaña de

promoción turística vendrían turistas japoneses a fotografiarla en la que sería una clásica ruta Casa Batlló-Parc Güell-Casa Usher. Mientras la diseñaba, Manolo II estaba exultante cual arquitecto de Keops. El piso superior se acabó antes de lo previsto. Sólo faltaba conectar los dos niveles con esa escalera, así que se optó por renunciar a los escalones provisionales cuando, de repente, Manolo II desapareció. Los primeros días Manolo I disculpaba su ausencia a mis padres con excusas un tanto peregrinas. El resto de la obra se fue entregando hasta que sólo quedó la escalera y sólo Manolo II podía entender aquel demonio de la Arquitectura Contemporánea. Después de un mes Manolo I se derrumbó: Manolo II había abandonado mujer e hijos tras un loco amor. Manolo I agitaba la cabeza al contarlo. Mi madre consolaba y entendía. A partir de ese momento, cuando Manolo I venía a mi casa partida en dos, mi madre preguntaba por Manolo II. Su padre se quitaba las gafas, limpiaba las lentes y suspiraba. «Mal, muy mal, enamorado, loco, yo lo veo ya perdido». Pasaron los días y allí ya no venía nadie. Ni tan siquiera Manolo I a dar explicaciones. Sin embargo, cuando ya andábamos planeando un juego de poleas para transportarnos a la cama cada noche, un día, a media mañana, Manolo II apareció demacrado, lívido, sombrío. Llegó, y sin decir palabra empezó a dibujar, nivelar, meterse con aquella bestia y dar las órdenes precisas a sus compañeros, que se aprestaban a obedecerlo. En medio de un gran silencio —ni bromas ni comentarios ni canciones a medio cantar— lo recuerdo, hundido, haciendo cemento en la pileta, cuando ante mi presencia levantó la vista y mientras la volvía a bajar me dijo: «Chaval, no te enamores nunca con algo a medias».

Mi madre pantera

Como depredadora, mi madre exhibía tres velocidades: muy lenta, lenta y vertiginosa. Parecen pocas, pero un gran felino no necesita más. Si la observabas esperándome —pan y chocolate en mano— a la puerta de la guardería, comprando en el mercado de Virrei Amat o despachando vestidos ibicencos en la *boutique* donde trabajó, parecía ser un animal dócil y predecible. Nada más lejos de la realidad.

La velocidad muy lenta era la que permitía a mi madre atacar al mismo tiempo que hacía el resto de las multifunciones: comprar y almacenar toneladas de víveres, cocinarlos, hablar sin parar, reñir a bulto, educar en carrera, cuidar a todos, limpiar, barrer y ordenar, coger el autobús para ir a ver a su prima de Horta y arreglar para nosotros la ropa que le daba esa misma prima de Horta. También tenía vecinas y amigas, todas con peinado *Mars Attacks!*, vestidos sin mangas y adictas a la televisión y a Tom Jones. Las amigas de mi madre, también felinos pero no tan bellos como ella, utilizaban un mismo lenguaje trufado de sobreentendidos y eufemismos que te volaban la cabeza. «Le hizo el salto». «Ella hacía el asunto». «Murió de un mal feo». Para que luego le hablen a uno de metalenguaje. Al existir modalidad de ataques y velocidades, el depredador podía sorprender en cualquier lugar y sin razón alguna. Simplemente pasaba, y tú ya sabías (o debías saber al menos) por qué. Algo bueno o malo, y de ahí que el ataque pudiera ser un beso, un abrazo, una bronca o todo desordenado a la vez.

El más lesivo era el ataque con velocidad lenta, que necesitaba de su ebullición. Ponerla de los nervios, pedirle una misma cosa doscientas veces con entonación tibetana o simplemente existir y que tu padre estuviera llegando cada noche más tarde. Cuando estallaba esta modalidad de ataque, el felino asesino apostaba todo a su fuerza y a la autoridad de una institución ancestral: la maternidad sin apenas epidural.

Todo era embarullado como pelea de borrachos: insultos, golpes, posiciones invadidas, técnica envolvente como la de Alejandro en Gaugamela. La presa era a la vez insultada, vejada, amenazada y lastimada. En ocasiones hasta la propia pantera salía herida, y no sólo emocionalmente, y, tras el primer impacto, podían oírse sus hipidos en la cocina. Apoyada en la encimera de la cocina con un cigarrillo en un extremo de su brazo. Era algo consensuado que la cocina era sitio de llorar de madres del mismo modo que los baños eran zona refugio de hijo si conseguías entrar y poner el cerrojo a tiempo. En el epílogo de un ataque lento el felino desprendía chantaje emocional, aunque en realidad el chantaje tenía abierto 24 horas al día 365 días al año en aquella casa.

El ataque a velocidad vertiginosa era el más impresionante. Instantes antes del mismo los pájaros dejaban de cantar, el espacio-tiempo se contraía y la mano del depredador podía pasar de tocarse el pelo a descalzarse, armar zapatilla y lanzarla a una velocidad que la NASA tardó décadas y un viaje a la Luna en conseguir emular. De repente todo estaba bien y, en un segundo, la situación era insostenible y tú no podías creer que ella —tan hermosa, tan pan y chocolate— te hubiera arreado esa *cleca* en toda tu cara de niño cebra, pero la verdad era que sí, lo había hecho y podía seguir haciéndolo las veces que ella quisiera.

Insomnio B. B.

Dejas de tomar pastillas para no olvidar cosas durante el día, pero no consigues recordar otras por la noche. ¿Qué hacer entonces con el insomnio? En mi caso, pensar en Brigitte

Bardot. ¿Por qué...? Ni idea. Fue morirse Quino y darme por pensar en ella. Guille, el hermanito de Mafalda, adoraba a B.B., pero se trataba de un niño succionando un chupete. Quizá uno ya es demasiado viejo para dejar de ser niño. ¿En qué he malgastado todos estos años lejos de ti, Brigitte...? ¿Qué hago ahora fantaseando con una anciana francesa? Me preocupa el Covid en el país vecino. Cuídate, B.B.

Debo confesar que nunca me importó lo más mínimo esa señora. Cuando nací, B.B. ya era vieja. Hasta hace un par de meses no sabía apenas nada de ella y ahora estoy a un paso de escribir como hizo Rafael Reig con Marilyn Monroe, una autobiografía de Brigitte Bardot. Reig dice que entendió tan bien la tristeza de M.M. sin saber apenas de casi nada porque estaba, sin ser consciente, hablando de la tristeza de su madre. Mi madre no sabe estar triste. Se le escapa la risa cuando se pone a punto del llanto. Intuyo que a B.B. tampoco se le da bien la tristeza. Igual ella se pone triste cuando recuerda a Alain Delon y ambos eran jóvenes y guapos y estaban locos el uno por el otro. B.B. felicitó a su antiguo amante en Instagram por su ochenta y seis cumpleaños. Mi madre tuvo un novio también muy guapo. Se llamaba Denís, como el lobo hombre en París. Todo encaja: Bardot y Delon, Denís y París.

En el insomnio miro fotos de B.B. y pienso que debería haberme esforzado por conocerla y, acaso, casarme con ella, pero me recuerdo que, por mucho que lo intenté, nunca supe hablar francés. B.B. tuvo muchos amores. Yo hubiera sido sólo uno más. B.B. bailarina. Cómo debió de ser que aquella B.B. te amara. Cómo debió de ser despertarse una mañana, abrir un ojo y ver a tu lado a B.B. Los cachorros de foca y B.B. Dormida B.B. en un coche, en Londres. Cómo fue saberse Brigitte Bardot. Uno de sus amantes, desde un avión, volcó millones de pétalos de rosa sobre la mansión en Saint-Tropez donde vivía Brigitte. Otro dijo que ser abandonado por ella era como si te

arrancaran el corazón con los dientes. Me pregunto qué pasó entre mi madre y Denís. Me siento como en un cuento de Cortázar e igual mi insomnio es el de un hombre que se cae de una moto en París y piensa en Brigitte Bardot porque no puede dormir. En fotos de B.B.

Pizza drogata Eurovisione

Francia se plantea impugnar el primer puesto de Italia en Eurovisión de 2021. Al parecer, uno de los miembros de los ganadores podía ir drogado. Sorprende un poco la cuestión, ya que lo extraño debería ser participar sobrio en ese bodrio cursi y bizarro llamado Festival de Eurovisión. Que participara Abba con *Waterloo* fue lo peor que le podía pasar a la música pop, porque generó expectativas que nunca se cumplieron. Yo, de niño, al ver ese concurso en la tele, preguntaba por qué Inglaterra no enviaba siempre a los Beatles y así ganaría cada año. «Porque ya están separados», me decía mi madre. La respuesta nunca me parecía convincente patrióticamente hablando.

Eurovisión tiene muchos seguidores, y Trump, 75 millones de votos. En apariencia, la verbena es frívola y divertida, aunque lo cierto es que está pidiendo guion y dirección de David Lynch. Porque hay algo oscuro y perverso en ese certamen. Las canciones del Festival no se escuchan nunca más desde esa noche y los intérpretes desaparecen sin dejar rastro. Se trata más bien de una ejecución popular en toda regla. Al menos, a Juana de Arco, después de quemarla hasta dos veces, la tiraron al Sena y OMD le hizo una canción (bueno, dos, una por hoguera).

En esta ocasión España ha quedado antepenúltima, para regocijo de *Waterloo*. Catalunya no participa, pero sí Israel, y ahí hay algo si lo sabemos leer, una conexión sionista con quien usted ya sabe. Mientras Francia entera se enfurece porque un italiano ha ganado estando puesto hasta las trancas, un caza bielorruso hace aterrizar de urgencia un avión comercial para poder detener a un periodista bloguero contrario al régimen. Bielorrusia suena a Rusia y el bloguero no iba drogado, así que Francia y Europa ponen un tuit y se van a dormir satisfechos del deber moral cumplido.

Sergio Ramos no es convocado y Blas Cantó, el representante español, consigue sólo seis puntos en el festival, y ninguno del público. No se puede decir que fue represalia política porque Israel quedó bien y a nosotros estuvieron a punto de invadirnos unos adolescentes a nado. Lo que es obvio es que a Francia ya no se la engaña con facilidad. Pudo hacerlo Nabokov con aquella tetera llena de whisky en el programa literario de Bernard Pivot, o Lance Armstrong, que les birló los Tours que quiso, dopado y con sillín eléctrico, pero no unos cantantes italianos presuntamente drogatas. ¿Qué hubiera dicho de todo esto Urribarri...? Me atormenta no saberlo. Detrás de España quedaron Alemania y Reino Unido, lo que quiere decir que Marruecos no se rinde con lo del Sáhara. Que los últimos sean los británicos no deja de ser preocupante para la música pop. «Deberían haber llevado a los Beatles», le escribo a mi madre. «Dos están muertos», me contesta, como si uno fuera idiota.

Raffaella *5353456*

Les haré una confesión. En un momento determinado de la

noche y del alcohol puedo lanzarme a cantar. Soy un karaoke de sólo quince segundos, pero quince segundos gloriosos. Mi repertorio es breve. Dos o tres canciones. Quizá cuatro. Una de ellas es *5353456*. Y les aseguro que es imbatible. Es empezar a cantarla y los coros te llegan automáticamente. Da igual quién esté a tu alrededor. Todos se la saben. 5353456, na na ná na na naná, tu teléfono sigue sin contestar.

La Carrà era insuperable en la televisión de los setenta. En aquellos años el televisor era un aparato prodigioso en el comedor de casa que reunía a toda la familia alrededor. Se veía TODO lo que daban y, en mayor o menor medida, nos gustaba absolutamente TODO porque aún no nos habíamos recuperado de aquel milagro tecnológico. Pero en el caso de Raffaella Carrà sucedía porque era una artista para todos los públicos. Simpática sin ser graciosa, guapa sin ser espectacular, italiana sin abusar.

Gustaba a todos porque se lo curraba. La cuota del esfuerzo estaba asegurada en un país que siempre sospecha del artista como un vago con coartada. La Carrà bailaba, cantaba, presentaba, sonreía y parecía contenta tanto con tener trabajo como con su (discreta) vida privada. Tenía algo de monja equilibrista, de niña que despuntaba en clase de gimnasia y que salía con un chico mayor que tú (y de otro colegio). Agitando su melena rubia (que tu madre copió en versión peluca), contorsionándose entre una panda de bailarines (que uno no sabía si querían bailar con ella o secuestrarla), ni niños ni abuelos, ni padres ni madres conseguían separarse de su figura dentro del televisor.

Siempre era entretenido verla y nunca acababas de creerte lo que te cantaba. No parecía sufrir esperando una llamada, ni que bajara mucho al Sur para hacer el amor. Era una artista profesional sin vanidad que caía bien a cualquiera que anduviera por el comedor de casa y, por supuesto, na na ná na

na naná.

Vacaciones con mi madre (I)

Mi madre era la madre más guapa. Sé que eso lo piensan todos y que, a estas alturas, mi psicoanalista ya se debe de estar frotando las manos, pero es que, en mi caso, era rigurosamente cierto. Nunca hubo madre más guapa que mi madre a la puerta de una guardería, un bar o una comisaría.

Por coquetería no les diré su edad. La miro en estos momentos, sentada en *mi* sofá de *mi* comedor en *mi* casa, con *sus* piernas descansando sobre *mi* cojín en *mi* taburete favorito, viendo *sus* programas televisivos interminables con turcos y turcas y pienso que sigue siendo la madre más guapa, pero que no debería estar aquí conmigo. Su belleza me confunde. Agosto y sin fecha de salida. Señores de Idealista, Habitaclia y Tecnocasa: por favor, espabilen.

Era tan guapa mi madre que siempre pensé que mi padre había tenido muchísima suerte. Yo me parezco a mi padre. Debido a esta semejanza, procuro no sentarme a su lado en el sofá cuando oscurece. Ella se empeña en que me ponga los pijamas y las camisetas Imperio de mi progenitor fallecido. Accedí un día —mi madre es tan guapa como pesada— y acabé en Urgencias con una pierna gangrenada a causa de una pernera camal asesina. Mi padre no tenía mi talla. Dejémoslo así.

¿Cómo pudo engatusar mi padre a una mujer tan guapa y divertida como mi madre? Cosas del heteropatriarcado. De haber conocido el Doctor Strange a mi madre y hacerle lo del multiverso, estaría de baja con fluoxetina hasta las cejas. Sin

embargo, a pesar del desperdicio de las mil vidas que pudo tener sin mi padre, nunca perdió la alegría de la convicción de haber acertado con ese novio taxista, trabajador y puntual, bailongo y con tupé a lo Elvis. Todo se vino abajo como un castillo de naipes, pero en su matrimonio nada se movió. No es lo mismo la puntualidad de un novio que la de un marido, y mi padre, que conquistó a mi madre, guapa entre las guapas, bailando viernes, sábado y domingo, dejó de hacerlo el mismo día de su boda, convirtiendo su cintura en bolo de bolera.

Tupé a lo Elvis. He escrito eso y enseguida me llega la lección breve y apretada de música popular que mi madre me aleccionaba entre argumentos de péplums, refranes y canciones en inglés fonético. Según mi madre, antes de Elvis no existía nada. Nada. Todos los músicos negros lo copiaron. Los Beatles aprovecharon que Él se fue a la mili para, a traición, hacerse con su popularidad, pero Dios —siempre intervenía en las historias de mi madre— les envió una japonesa y los destruyó. El Elvis obeso le permitía decir que eso les pasaba mucho a los hombres muy viriles, como a Marlon Brando. A esos hombres, Dios —que tanto enviaba japonesas como alimentos procesados — daba hijos también gordos. Como a Tom Jones. Que la hija de Elvis fuera delgada o que Tom Jones no fuera gordo, a mi madre no le desbarataba la teoría que sólo cumplía Marlon Brando.

—¿Te sabe mal vivir conmigo, hijo...?

Pienso en contestar, pero, qué quieren que les diga, está hoy tan guapa mi madre con su cara azul televisor, que le miento.

Vacaciones con mi madre (II)

Mi madre tiene una amiga de toda la vida. Se llama M.ª Asunción y con ella va a ver pisos que nunca le gustan. Ya nadie se llama M.ª Asunción y es posible que ello influya en la calidad actual de la amistad. Por ahora es sólo una teoría. Sin saber muy bien el origen, M.ª Asunción tiene fobia a los perros. Parece ser su única anomalía. En el resto es una catedral gótica: siempre está, nada la derriba, su lealtad es inquebrantable. Mi madre tiene otras amigas, pero de menor rango. Con algunas habla por teléfono, pero nunca se ven. Éstas tienen nombres como Charo, Magda o Lupe. Es más que probable que no existan y que mi madre hable sola. Que hayan muerto y mi madre no lo acepte mientras aún se mantenga vigente el mismo número de teléfono.

Las conversaciones con Charo, Magda o Lupe son intercambiables: mismas quejas, idénticas conclusiones. A las amigas con las que habla por teléfono —existan o no— nunca las ve, y con las que se ve, nunca se telefonean. Con cuatro de ellas quedan en el bar de nuestra vieja calle. Un bar que nadie supo cómo llamar más allá de Bar y que era regentado por María, la del Bar, hasta que —¡oh, sorpresa!— lo compró un chino. Al nuevo propietario lo llaman Chu. Y todas las mañanas, mi madre y sus amigas quedan en el Chu. No sé los nombres de esas amigas, pero recuerdo todas y cada una de sus enfermedades y que una de ellas aún tiene marido y que cuando compra manzanas, hay manzanas para todas.

Chu tiene mucha paciencia con ellas porque toman una consumición de euro y medio por cabeza y mañana. Sin embargo, nunca protesta. Muy al contrario, les guarda siempre la misma mesa al lado de la ventana y las recibe con una sonrisa. Mi madre y Chu hablan mucho, pero se entienden lo justo. En un idioma hay bastante de actuación y ambos lo saben, supongo.

Las mañanas, entre que sube y baja al Chu, pasan bien entre

ella y yo. Por la tarde, nuestra convivencia se complica. Si no puedo evitarlo, comemos juntos, y ahí, frente a frente me sigue regañando por los mismos motivos por los que lo hacía cuando era niño, adolescente, joven. Como demasiado deprisa, no hablo con ella, me dejo cosas en el plato. Mi madre intenta amenizar comidas y cenas («ayuno intermitente» tiene, para ella, la misma mala fama que «colon irritable») con anécdotas de bar, conversaciones, quejas, lamentos y *remember when*.

Si soy justo, he de reconocer que siempre reserva un apartado sobre temas científicos —¿sabes que en el estómago almacenamos tres kilos de bacterias?—, cantantes valencianos muertos y dolencias varias: mi madre es capaz de sufrir enfermedades erradicadas en el resto del planeta y sobrevivir con píldoras de ajo.

Lo cierto es que en esos ágapes me limito a escuchar. De vez en cuando digo algo en modo rabo de vaca. Finaliza con la sentencia de que ya no le queda nadie, pero no renuncia a sobrevivir a sus amigas y al propio Chu.

—¿Tú has visto a un chino muerto? —me pregunta.

—No.

—Yo tampoco.

Vacaciones con mi madre (y III)

Hay alboroto en el Bar de Chu. Desde quien asegura que es Txu y no Chu a quien no acepta que M.ª Asunción sea la mejor amiga de mi madre. Nada grave: tormentas en vaso largo de café con leche. Por el poder de la prensa escrita, se puso en contacto un hombre al que, de adolescente, mi madre le hizo de cuidadora, a él y a sus dos hermanos menores. Mi madre ha

cuidado de todos, y ahora, de repente, se da cuenta de que nadie parece cuidarla a ella. O al menos como a ella le gustaría. Como ella cuidó.

Mi madre cuidó de niña a su madre enferma, y a su padre, represaliado once años por Franco. También a su hermano, catorce años menor que ella. Cuidó a niños de su escalera. Cuidó a mi padre y a sus suegros. A vecinas y primas. A sus padres de ancianos. A todas las abuelas posibles. A sus hijos. A los hijos de los vecinos. A los nietos. A hijos de gentes que vivían en casas a las que debía ella levantarse temprano y acudir en autobús. A cuerpos enfermos y a cabezas giradas. A personas malas y desagradecidas. Pero la Vida le ha hecho un ERTE y hoy anda un tanto perdida, sin nadie a quien cuidar.

Además de tener la madre más guapa del mundo también era la más popular del barrio. Cien metros desde el súper a casa podían ser hora y media en el reloj del comedor. Parada y charleta, charleta y parada. El carro a su lado, como un perro fiel, se sabía el paño. Y a su alrededor un hijo enano, un nieto enano, un marido enano. Todos alrededor de Blancanieves, con capacidad de hablar de cualquier cosa con cualquier ente humano, canino o espiritual.

Nunca es fácil ir a comprar con una madre. Es un papel, el de cincuentón al lado de madre ochentona detrás de un carrito de supermercado, muy difícil de sobrellevar con un mínimo de dignidad. Me corrijo: es del todo punto imposible. Trato siempre de evitarlo. Si ya es de bajona hacerlo con tu pareja —a pesar de la existencia de amor, VISA común y edades parecidas —, imagina hacerlo con la pareja de tu padre y tú al borde de la tarjeta rosa. El hijo —por lo general con sobrepeso, despeinado, vestido en modo mojito en Castefa o, aún peor, con camiseta rock— quiere salvarse de la humillación poniendo cara de mala hostia mientras que la Señora Madre va hecha un primor —entre Cruella de Vil y Gloria Swanson en *Sunset*

Boulevard— en el momento de hacer girar las ruedas del carrito cerca de las galletas de desayuno y dejando atrás tablas de queso y jamón. Nadie vuelve vivo de una experiencia así. Ni de las miradas de los otros que buscan en el hijo algún tipo de paguita del Estado que dé sentido a la escena. Cuando no la hay, la palabra LOSER se te enciende en la frente como estigma de Caín, quien seguro que mató a su hermano por no aceptar ser él quien acompañara a Eva al mercado de Betania. Lo mejor en ese caso es embolsar, dejar pagar a la anciana y salir pronto a la calle para confundirte entre la multitud y dilatar volver a ese lugar llamado hogar, con una nevera rebosante de palitos de cangrejo y Actimel y una madre en el sofá viendo la tele.

Los primos

Como suceso estacional, los primos aparecían a primeros de julio y desaparecían el 31 de agosto. Hay teorías al respecto. Las que niegan la existencia real de los primos, es decir que esos seres más o menos de tu edad, hijos de tíos que tampoco sabías que existieran, fueran proyecciones de tu mente o no muertos. Otras teorías indican que era gente contratada para hacerte de primo. Lo cierto es que los primos formaban parte de tu verano. Eran reales; en ocasiones, demasiado.

Al llegar al lugar de veraneo, aparecía una señora que decían que era tu tía, prima hermana de alguien. Ésta emitía sonidos guturales, se secaba las manos en un delantal y amagaba impacto inminente contigo al conjuro de «no me beses, que estoy sudada». A ella la seguían los primos. Solían ser dos o tres. Raramente uno. Ello avala la teoría de la contratación por cuadrillas. Algunos no eran primos, sino amigos de tus primos

que estaban por allí, pero siempre fue difícil diferenciar a unos primos de otros y éstos de un no primo. Un primo hacía de poli bueno y presumía hasta el mediodía de tener primo de ciudad y el resto del día se avergonzaba de tenerlo. También estaba el bajito, que era con quien acababas de congeniar hasta que te revelaba su secreto: tabaco, masturbación y hormiguero o todo a la vez. Podía haber un tercer elemento primo, pero era siempre irrelevante para tu verano porque solía ser el pequeño.

Manos Mojadas gritaba: «¿Por qué no vas a jugar con los primos?» y ni tu mirada de cachorro bajo la lluvia dirigida a tu madre Meryl Streep lo evitaba. Abandonabas aquella casa fresca y extraña donde el comedor no servía para nada y la cocina y la despensera —¿allí, quizá, hibernaban los primos durante el invierno en ataúdes?— lo eran todo y te llevaban a ver animales. Una vaca, con suerte; gallinas y conejos casi siempre. En este caso, siempre había una gallina fuera del corral que era como el Antonio Vega de la familia: con su propia manera de ver la vida.

Con los primos todo era formato pregunta-respuesta. Ellos vivían angustiados por no parecer fuera de onda y tú por no parecer idiota mientras dabais tumbos aquí y allá. A veces te pedían que hablaras en catalán. Siempre acababas por conocer a un aborigen que era del Barça y a una catalana, y te la presentaban como si tuvieras muchos temas de que hablar por el hecho de ser del mismo poblado. Si la noche se impregnaba de olor a colonia, Manos Mojadas advertía: «Si salís, llevaos al primo». Y uno casi sentía que sobraba. El resto de la noche era como si los primos tuvieran cuatro piernas y tú, una. Las calles oscuras desembocaban en platillo volante en forma de plaza o bar al lado de piscina y te incrustaban en un rincón con un brebaje naranja en la mano y primos detrás de primas, y primas de primos, y veías a la chica catalana y en la mirada os decíais que esto no nos podía estar pasando. Luego, de madrugada, los

primos te rescataban. Maquillaban tu noche, un jaguar rugía en algún corral y las estrellas daban miedo allá en lo alto. «Yo creo que le gustas a la Noelia», mentía tu primo para animarte y fingir que tu mierda de noche no había sido tal y esa Noelia era una prima de otro y te imaginabas trabajando en el campo y Noelia esperándote, secándose las manos en el delantal, y no te parecía mal acabar siendo primo de alguien a cambio de tener, por fin, novia.

Devolvednos al señor Mariano

El señor Mariano era alguien respetado en casa. Querido por mi yaya, por mi padre primero y por mi madre después. Era tan importante para nosotros que cuando, fruto de una fusión, lo trasladaron de oficina bancaria, mis padres solicitaron el cambio. El señor Mariano lucía siempre jerséis con rombos de Marga Confecciones. Gafas a media nariz, ni guapo ni feo ni alto ni bajo. A mi yaya, a mi padre primero y a mi madre después no les importaba hacer cola o esperar que volviera de desayunar el señor Mariano con tal de que fuera él quien los atendiera. Porque él conocía sus nombres, les preguntaba cómo iba el trabajo o si creían que iba a llover. Se dejaba robar bolígrafos, daba efectivo sin regañar, se tomaba su tiempo buscando ese recibo de gas duplicado. Y a mi yaya, a mi padre y a mi madre después los tranquilizaba ese sonido de actualizar la cartilla de ahorros. Esa música que hubieran reconocido en cualquier sitio y circunstancia. ¡Qué tranquilidad que giren recibos!; ¡qué paz tener dinero para pagarlos!

El otro día el señor Mariano no estaba en su sitio. En su lugar había un chico más joven y resuelto. Llevaba chaqueta y

camisa compradas online durante esta pandemia. El señor Mariano ya no trabaja allí. ¿Se ha jubilado? ¿Otro traslado? Su sustituto no sabía muy bien qué decirle y, de hecho, no le dijo nada más. Mi madre le indicó que pusiera al día la cartilla, que abonara un recibo. Necesitaba efectivo también. El sustituto del señor Mariano le dijo que ésas no eran horas de pagar recibos. Le dio una tarjeta y la acompañó hasta el cajero. Con un suspiro levantó y bajó su flequillo mientras le decía a los ochenta y tres años de mi madre que tenía que pulsar esta tecla e introducir la tarjeta, memorizar un número secreto y pedir o no a crédito, decidir si quería comprobante y «no se olvide la tarjeta y vigile que no la observen» mientras hacía todo eso. Mejoras del servicio, banco amigo. Ha de tener internet y le escribió «www...» en un papel. Bajarse una aplicación a la que enviar un código y luego en la web una contraseña. Mi madre tuvo la sensación de que molestaba y de que sólo era dinero, y no mucho. Quizá por eso no supo explicarle a aquel chico lo que consuela que te llamen por el nombre. La tranquilidad de aquel sonido con el que el señor Mariano actualizaba su vida.

SE BUSCA HÉROE

En tiempos de paz, un héroe desestabiliza una sociedad. Mis héroes favoritos son aquellos que no consiguen ni desestabilizar su propia vida. Aquellos jugadores que esperan años y años a que les llegue una mano buena, temiendo que, cuando eso suceda, no se atreverán a subir la apuesta, a jugársela. Y casi mejor. Porque cuando mis héroes favoritos deciden dar un paso al frente, nada se mueve o ya es tarde o, simplemente, ésa no era la mano buena. Profesores de kung-fu enamorados de reinas, enamorados torpes, suicidas y cobardones.

Kung-fu romance

Si aplicamos la definición de héroe como la de aquella persona que se distingue por realizar una hazaña extraordinaria cuando ésta requiere mucho valor, Mike Stone es un héroe del único tipo que me fascina, porque con su hazaña egoísta y estúpida destrozó su vida y, a su alrededor, convocó el caos. Detrás de esa clase de hazañas se suele encontrar el deseo, la lujuria, el dinero, drogas todas ellas tan brutales como asesinas.

Memphis, 1973. Mike Stone es profesor de kárate, que es ese deporte que se ejercita descalzo y en albornoz, y que en la calle no puedes utilizar sin avisar al oponente (a menos que andes descalzo y en albornoz). Nuestro héroe mantiene un romance con una de sus alumnas, con la que llega a fugarse. Respiren aliviados: la alumna no es menor de edad. Ahora, eso sí, aguanten la respiración con preocupación: está casada con Elvis Presley.

Más allá del subidón que debió de sentir Mike al tener entre las mangas de su albornoz a una mujer tan atractiva como Priscilla, no podemos obviar el hecho de que ella estuviera engañando ¡a Elvis! Poca broma con eso. Es como liarse con la novia de Zeus o Vargas Llosa. En una sociedad tan cutre y machista eso otorga un cierto mérito. En mi calle, una vez tuvimos un inquilino del que sólo sabíamos que había birlado una novia a uno de los miembros del Dúo Dinámico. Él dejaba caer aquello a las primeras de cambio. Para mis padres ese hecho no comprobable tenía casi rango de haber encontrado y matado a Kurtz. Al hablar de él siempre añadía: «El guapo». El

debate al respecto de a cuál de los dos se refería aún continúa en el comedor de casa. En casa nunca fuimos muy buenos con los nombres. Prueba de ello es que casi hasta los catorce años yo creía que los Beatles lo integraban Paul, Ringo y dos John. Pero volvamos a Mike. Fugados de Memphis viven su tórrido romance, pero, ¡oh, perdición!, aquello llega a oídos de Elvis, quien, enfurecido, dicta una *fatwa* contra él. Toda la mafia y toda la poli y todos los camellos y todos los fabricantes de mantequilla de cacahuete detrás del pobre Stone.

¿Qué debió de pensar él las primeras veces con Priscilla? Es obvio que sabía que se estaba metiendo en un avispero. Que aquello no podía salir bien. Que las aguas sólo se iban a calmar tras el naufragio. Sin embargo, del mismo modo inexorable que los atracadores de bancos con rehenes piden un avión para dejar el país, él creyó ser La Excepción. Hay un impulso demente de complicarse la vida que nunca dejará de parecerme maravilloso, que escapa a nuestro instinto de supervivencia. El deseo arrasa con cualquier atisbo de sentido común. Sansón es un buen ejemplo. Dalila va noche tras noche para seducirlo y conocer cuál es el origen de su fuerza. Sansón sabe que es la esperanza de su pueblo. Que Dalila no alberga buenas intenciones. Sansón se resiste, dándole pistas falsas hasta que una noche sopesa la situación. En un lado de la balanza está que le corten el pelo, causante de su fuerza, que lo cieguen, que lo condenen a girar una muela de molino y la masacre de su pueblo. En el otro, una noche de deseo desatado. Vamos, que no había elección y no la hubo.

Mujeres guapas en la tele

A punto del Día de la Mujer Trabajadora cambias de canal y siempre ves a mujeres guapas, jóvenes y delgadas en televisión. Presentadoras, tertulianas, cómicas. Da igual la cadena que pongas. En alguna pública fallan, pero es por razones de convenio. En las privadas, nunca. Allí las tienes: mujeres jóvenes, guapas y delgadas en televisión. A cualquier hora. Hablando y haciendo de todo. Solventes profesionales, algunas divertidas, otras no hacen ni la más mínima gracia. Algunas dan el tiempo, otras hacen el memo, están las que nos informan de lo que pasa en el mundo y las que dan paso a la publicidad. Y a su lado hay hombres. Hombres divertidos y muchos sin puñetera gracia. Hombres feos divertidos si el programa es de entretenimiento. Curiosa la combinación ganadora: mujeres jóvenes, guapas y delgadas, y hombres que basta con que sean divertidos o lo intenten. Hombres jóvenes o maduros, guapos o feos, delgados o gordos, qué más da siendo hombres, solventes también, que te pueden dar el tiempo y te pueden dar la noche, y hoy parece que Piqué está seriote, mira tú qué drama. Pasado mañana, Día de la Mujer Trabajadora. Detrás de las cámaras de televisión he visto a mujeres guapas y feas, delgadas y gordas, divertidas no lo sé, no me dio tiempo a hablar con ellas. Yo me crie con y entre mujeres trabajadoras. Unas lo hacían en casa y otras fuera. Cosían o rellenaban muñecas de trapo, cuidaban a los críos, a los abuelos, cocinaban, limpiaban, cosían, te llevaban y traían del colegio; a las seis, la merienda. Creo que ninguna de ellas salía en la tele porque no recuerdo que fueran guapas, jóvenes y delgadas. Alguna habría, seguro. Dos, seguro, ahora que pienso. Eran vecinas, madres, tenderas, abuelas, maestras, limpiadoras, costureras, dependientas, conductoras, hermanas mayores y menores. Se reunían en casa o en la calle en un mundo con maridos desaparecidos: en el trabajo, en el extranjero enviando dinero o perdidos de la mano de Dios. Jugábamos los críos en la calle y esas mujeres que no consigo

recordar del todo si eran guapas, jóvenes y delgadas te daban de merendar, te limpiaban los mocos y las heridas, también te acogían si te habías olvidado las llaves de casa. La mayor parte de la chavalería de la calle eran niñas. Mayores que yo. Tampoco eran todas como las que salen en la tele. Algunas sí, tres seguro. Tuve novias guapas y feas, delgadas y gordas, simpáticas la mayoría, alguna triste también, todas fuertes y trabajadoras, alguna araña, tampoco lo negaré, que no hablamos de bondad, sino de la sorpresa de que enciendes el televisor y al lado de hombres feos y divertidos salen siempre mujeres guapas, jóvenes y delgadas, solventes muchas, algunas divertidas y otras sin puñetera gracia. Hay también hombres calvos en televisión, casi se me olvidaba. Y algunos muy tontos o muy mentirosos, pero ésos sí que los reconozco porque también me crie con ellos. No todos lo eran. Pero dos o tres seguro.

Ella vendrá

Después de diez días vagando por el aeropuerto chino de Changsha, sin apenas comer ni dormir, un hombre fue ingresado por problemas en el corazón y los riñones. El tipo es holandés. Se llama Alexander y tiene cuarenta y un años. Si en cualquiera de sus redes sociales tienen a alguien llamado así, desháganse de inmediato de él. Es un ataque letal a la inteligencia. Es una bomba romántica. Es ridículo, es patético, es implacable con el sentido común.

¿Qué hacía Alexander Pieter Cirk a 8.600 kilómetros de su casa, en Ámsterdam? Buena pregunta. Nuestro hombre andaba enamorado. Desde hacía un par de meses mantenía contacto

con una mujer china a través de una web para relaciones. El contacto era diario. La mujer se llamaba Zhang. Él supo, después de una dosis ingesta de películas de domingo, sitcoms, libros de Paulo Coelho y chocolatinas, lo que debía hacer. Dado que la relación se consolida día a día, nuestro Marco Polo se vino arriba y decidió sorprender a su amada plantándose en el aeropuerto de su ciudad. Fotografió unos billetes de avión y sin explicación alguna se los envió a Zhang. Ésta sólo leyó números y letras y no entendió nada. Tampoco supo si era una broma o el código encriptado del Museo Van Gogh.

Sin embargo, al parecer, no todos los holandeses son Baruch Spinoza. Además de no avisar, explicarlo o preguntar, el tipo, de acuerdo, viajó a esa bella (es de suponer) población china, pero ¿por qué allí? La pregunta tiene sentido, ya que Zhang no vive en Changsha, sino en la bella (es de suponer también) ciudad de Zhengzhou —a una distancia de 900 kilómetros—. Alexander aterriza y, obviamente, la chica no está esperándolo. Supone que se retrasará unos minutos, unas horas, días. Le envía mensajes que ella no recibe o no quiere recibir (podríamos pensar que la chica estuviera tratando de entrar con el código encriptado en la sala más secreta del Museo Van Gogh). Pasan los días, y el tipo, que no tiene dinero —se lo ha gastado en los billetes de avión—, no puede salir del aeropuerto. Tampoco sabe a dónde iría, de poder salir, y se alimenta a base de fideos instantáneos. Y se pasa las horas dando vueltas por el aeropuerto tratando de distinguir en los rasgos de ella y ella o quizá ella a su amada Zhang. Finalmente lo ingresan hecho un asquito. La historia llega a los medios locales y localizan a la chica. Además de no enterarse de la llegada de su ciberligue y vivir a 900 kilómetros, el hecho es que Zhang estaba sometiéndose a una operación de cirugía estética (ejem, ejem) y no leyó los mensajes de socorro de su holandés enamorado. Alexander Pieter Cirk hubo de regresar a

Ámsterdam sin verla y odiando los fideos instantáneos. Pero no se fue de vacío: desde el hospital pudo hablar por teléfono con Zhang. Quedaron en verse en una próxima ocasión. Él mantuvo el ánimo alto, ajeno a la torpeza y la mala fortuna, indicando que, en cierto modo, «esto ha fortalecido nuestra relación». Por su parte, Zhang, que debería estar tratando de desaparecer del planeta, ha dicho que su voluntad era continuar la relación. Y luego nos preguntamos por lo de Trump.

Maltratador

El otro día me encontré con alguien y, avergonzado, bajé la cabeza. Ese alguien me reconoció, me sonrió, pareció alegrarse de verme. Conduce un autobús al que el azar me hizo subir. El otro día recordé que yo permití un maltrato continuado, sin ponerlo en entredicho, lo di como correcto, ni tan siquiera pude decir que miré a otro lado. Muy al contrario, miré de frente ese maltrato y no vi sino tradición. No me importó nada lo injusto, lo discriminatorio de una situación nacida y sustentada en el porque sí, mejor él que tú, algo habrá hecho, es así. Una vez compartí algo con esa persona. Él lo recordaba. Un detalle involuntario. Una verbena de San Juan, de críos, me lo encontré y compartí con él algunos petardos que llevaba. Eso me redimió a sus ojos. Ahora es un tipo entusiasta y vital y me arriesgaría a pensar que nos perdonó. A todos, absolutamente a todos. A los que le pegaban. A los que le negaban y no lo dejaban ni ser uno más. Sin motivo alguno, aunque no existan motivos para algo así. Y ahora conduce un autobús y te mira de frente, a los ojos. Y yo me subo a su autobús y los bajo.

Nunca le pegué, pero lo permití. Nunca dije o hice nada para

aislarlo, pero consentí su aislamiento. Nunca salí en su defensa. Nunca puse en solfa esa situación, lo que hace pensar en las veces que aún ahora debemos de seguir haciéndolo como individuos y sociedades. Las situaciones de desamparo, discriminación y crueldad que perpetramos, permitimos o avalamos sin preguntarnos nada, con la inocencia del que mira la solvencia del matarife. A él, al conductor de autobús que mira a los ojos, que conoce mi nombre y apellido y se alegra de verme, unos chavales mayores le pegaban. No iba a mi curso, pero al ser un colegio pequeño, rural, casi todos íbamos a la misma clase. Peor que las agresiones —siempre leves, humillantes— es que no se le dejara jugar. Organizábamos partidos de fútbol en la parte trasera del colegio, en el sitio donde los comerciantes aparcaban los coches. Simulábamos las porterías, los córneres, los penaltis y también que él no existía. El conductor de autobús se colocaba en lo alto de la rampa, porque su única manera de tocar el balón era que se diera la casualidad de que, en un chut elevado, alguien enviara la bola a la calle, por encima de las vallas. Entonces él salía corriendo y de un patadón devolvía la pelota al terreno de juego. Ése era el papel que le permitíamos. El único. Los que no lo dejaban jugar y los que no hacíamos nada.

Y sí, un día compartí algo con él, pero seguro que lo hice después de comprobar que nadie me estaba mirando. Seguro que días después, en el colegio, cuando me vino a hablar, lo negué, lo ignoré. Seguro que cuando me tocaba elegir gente para mi equipo ni pensé en elegirlo. No recuerdo ni que él se postulara para ser elegido. Si había partido, se subía a la rampa y soñaba con pelotas que fueran a la calzada. Por allí debió de pasar un día un autobús, lo cogió y se escapó de toda aquella chusma que éramos y somos.

Besos

Por muchas veces que lo hayamos dejado siempre quedamos para besarnos. Roberto Bolaño se preguntaba en un verso escrito desde una tienda de campaña qué hay en una boca cuando besa. Erri de Luca habla de una habitación llena de besos dentro de la boca. Pero ¿qué pasa con los besos? Todos quisimos a gente que no supimos besar, que no nos supo besar. Nada de eso funcionó. No hay penitencia ni examen de recuperación para un mal beso. No hay dinero que lo arregle: ni la lengua importa. Es la boca, los labios. Mira qué fácil, qué enigmático. Y sí, decimos que nos daremos un tiempo, pero enseguida queremos más. Y paramos en chaflanes, en callejones, en comedores, lavabos, iglesias, bares fronterizos donde pintores horribles han montado un servicio de café decente. Y más besos. Nada que ver con las vecinas de mi madre. Con su carmín. Ni con las beatas ni con las vampiresas. Es difícil de explicar. Quizá nos hayamos obsesionado con ser felices y ser amados y amar, y en el fondo lo único que importa es besarse y ya está. Con ganas. Sin razón. Al margen de la ley de los hombres si es preciso. Judas besaba condenando, Elia abría la boca y era como un pez, y hay quien te manda besos desde lejos, en móviles y trenes rápidos. No digo que no valgan, pero tú y yo hemos de volver a quedar para besarnos. Besos, besos, besos contra la muerte. Besos dentro de caramelos y canciones de Bon Iver.

Los besos no saben mentir, aunque ellos crean que sí. Objetos inútiles que están más allá de las palabras, como lo está un escupitajo a la cara, el más sublime acto de heroicidad cobarde. Besar y no querer parar. Besar sin sentido. Sin saber si se ama, si se anda uno enamorando o desenamorando. La verbalización

complica el beso. Besar en el pasillo de casa, besar cuando hablas por teléfono y si no se puede besar, morderte un dedo. De plaça d'Orfila al cementerio de Montjuïc, de la Barceloneta a calle Agregació, besos que no agotan la boca ni apagan la sed. Trato de superar la adicción y beso a mis padres y beso a todos mis vecinos, pero no es eso. Tus besos saben a carne, a vida, a algo extraño que un día perdí y no sé si debo o puedo recuperar. Llevaremos años enfadados y separados y seguiremos quedando para besarnos. ¿Qué esconde un beso, Bolaño? ¿Cuántos besos como un enjambre guarda la habitación dentro de nuestra boca, De Luca? Besos, besos, más besos, por favor. Besos de verdad. No de compromiso, no de recepción, no de armisticio, no de componenda, no de piedad, sino besos insensatos, besarse encima, sin haberse podido aguantar. Besos con los que arrastrar hacia fuera la manzana envenenada. Besos en bocas borrachas. Besos con los que arrancar labios. Besos más allá del cine, de los libros, besos salvajes. Aunque un día ya no nos queramos, quedemos para besarnos. Besemos en un país con democracia enferma. Besemos en un país de patriotas peinados con la raya al lado. Besemos en Sierra Madre. Besemos hasta que nos vengan a matar. Con los ojos cerrados todo importa lo que importa un beso.

Nombres de enfermera

No hace ni un mes que dejé el hospital donde me trataron una neumonía bilateral por Covid. Fue en el Hospital de Sant Pau. No hace tanto, pero me olvidé de los nombres de quienes me trataron y cuidaron. Que desde que entré por Urgencias, en el

box o ya en la habitación me sonrieron, me tranquilizaron, me trajeron almuerzos, medicación y limpieza. Me llamaron por mi nombre. Me tomaron presión y temperatura. Me regularon el nivel de oxígeno. Enfermeras, médicos, sanitarios. No me acuerdo de ningún nombre. Me duele más porque todas ellas, todas mujeres, llevaban una pegatina con su nombre. Debajo de batas y protecciones, una pegatina con su nombre escrito a rotulador. Era tranquilizador. Que no existieran números o apellidos. Que estuvieras en manos de mujeres con su nombre y ya está. Nombres que me parecieron todos bonitos. Letras informales, divertidas, optimistas que te decían que todo iba a ir bien.

Nombres que no recuerdo, escritos con rotulador negro. Nombres que ahora me encantaría recitar como una oración. Nombres en pegatinas que producían un efecto de esperanza en quien está a la espera de que su cuerpo encuentre la manera de salir del agujero. También era la actitud, las maneras de las mujeres cuyos nombres olvidé. Había mucho de generosidad regalada a quien no iba a recordar sus nombres. No sólo era hacer bien su trabajo, sino hacerlo llamándote por tu nombre, con una sonrisa, dándote palabras cuando no las querías, rompiendo el aislamiento, la absurda pantalla de móvil. Nombres de turno de noche, de fines de semana, mañana y tarde. Y acabas pensando que si ellas han tenido el tiempo y las ganas de buscar un rotulador y escribir su nombre en una pegatina, que si han hecho eso más allá de lo que les exige el sueldo, vale la pena volver y escribir tu nombre en una pegatina para que otros lo lean y olviden.

Añoranza de Defensa Navarro

El otro día salí del hospital. Estaba muy débil y me senté en un banco. Miré a un lado y a otro de la calle y me sentí desprotegido y solo. Sentí que podían sorprenderme en cualquier ataque y hacerme trizas. Y, de repente, como suele pasarme en esas circunstancias, añoré a Defensa Navarro.

Navarro era mi amigo del cole. Su lealtad era tan parte de su fortaleza como de su debilidad. Siempre a mi lado, su metro ochenta y sus demasiados kilos, sus ganas de agradar, su bondad e ingenuidad, su sentimiento infantil y, al mismo tiempo, épico de la vida me hicieron ser su amigo. Pero no fue justa nuestra relación: yo lo quería, pero él me adoraba. Tanto que se apuntó al equipo de barriada en el que yo jugaba. Defensa Navarro no era Carles Puyol, entendámonos ya desde buen principio. De hecho, ni siquiera le gustaba el fútbol. Le gustaba el Barça y era mi amigo. Principio y fin de la cuestión. Su momento álgido eran los córners. Él no sabía marcar al hombre (y cuando lo hacía, cometía penalti), y si se colocaba por el área estorbaba al portero, así que yo lo recolocaba en el primer palo de la portería y le decía cosas como que mandara a la defensa, que les gritara para que no bajáramos la tensión. Recuerdo estar a la espera de un córner, encontrarnos las miradas y tener la sensación de que más que ganar el partido, él sólo quería no decepcionarme. Entonces, despejábamos como podíamos y a Defensa Navarro le cogían los cinco minutos que cogían a nuestras madres cuando querían quedarse solas y locas y nos mandaban a todos a la calle.

En algún momento debió de darse cuenta de que un defensa alto tenía prestaciones que desarrollar en la otra área. Y en los últimos instantes de un partido que empatábamos, Defensa Navarro se fue para allá. El suelo estaba embarrado, se botó un córner y yo me resbalé y caí de culo y desde esa posición vi la cabeza de Defensa Navarro emergiendo por encima de las del resto. El balón iba hacia él, pero sólo se iba a dejar dar. Le grité

para que diera alguna dirección al balón. Él me vio, sí, en el suelo y entendió tangana —Defensa Navarro también era ideal en tanganas—. Por lo que quiso desembarazarse de los que tenía alrededor y acudir a mi lado con la buena fortuna que agitó su cuello de toro como su fuera una veleta a la que un cambio de viento lo sorprende no una sino dos veces en cinco segundos, y la pelota lo impactó en la testa para clavarse en la red de la portería. Fue la tarde de Defensa Navarro. Fue tu momento, amigo mío. Hoy te necesitaba para defender ese córner. Desde que te fuiste he achicado espacios como he podido sin ti. Para qué engañarnos.

Suicidarse de éxito

Hace pocos días murió el chef Anthony Bourdain, ahorcándose en un hotel de La Chambard, Alsacia. Unos días antes lo hizo del mismo modo la diseñadora Kate Spade. El fracaso mata igual que lo hace el éxito. Caer una y otra vez puede hacerse acompañar con la idea de que tu suerte cambiará en el próximo envite y que llegarán las cartas buenas. Kobe Bryant, la Mamba Negra de los Lakers, decía que en los partidos en los que los tiros no le entraban él seguía insistiendo en lanzar y errar. Cada fallo recortaba en uno la distancia que lo separaba de los aciertos. El éxito sólo te dice que ya está, que la partida acabó, que tú ganaste, que estás solo y todo sigue igual o peor.

Un artista es un ser abollado, una herida, un tipo que sólo sobrevive resolviendo de manera artística los conflictos que no sabe resolver en la realidad. Se ordena, sigue adelante, encuentra en el orden de lo creado un sentido del desorden de lo que vive. Pero eso lo deja insatisfecho porque quiere

interactuar fuera de su cabeza, vivir, tocar con las manos, los abrazos y el silencio. El fracaso dice tanto de lo que todavía no has hecho tú como de lo que aún no ha hecho el mundo por ti. Hay un equilibrio: en la derrota total Kafka sigue escribiendo y Van Gogh pintando. En el éxito tú has cumplido tu parte del trato y el mundo también, pero has estado jugando al juego equivocado. Uno quiere ser famoso y exitoso para poder expresarse sin cortapisas, crear un Big Bang nuevo a tu alrededor, domesticar a los demonios interiores y estar en paz. Lo oculto —tu vocación, el talento, tus taras— en el éxito pasa a primer plano, es conocimiento de tu entorno y tú ya no puedes ser el mismo, pero tampoco sabes ser el otro. Las heridas se abren e infectan y dejas de llamar y contestar. Uno debería desaparecer más a menudo de lo que desaparece. De manera radical. Suicidarse y reaparecer en Senegal con otros nombres y apellidos, por ejemplo.

Un artista de éxito ha de elegir entre seguir buscando y perdiendo el éxito y vivir con eso —los problemas que ya sabes que no podrás arreglar y el fracaso de saber que ganando pierdes— o dejar de ser artista y dar lo mismo una y otra vez y convertirte en algo que no es sino baratija. Puedes tratar de ser un escapista profesional. No escuchar lo que dicen de ti ni escuchar —sobre todo— lo que tú dices de ti. Aislarte de las personas y del mundo: quedarte a solas con la creación. Y ser millonario, claro. Porque los caseros, los abogados y los del súper saben poco de canciones y poemas. El suicidio de una persona de éxito no se entiende a menos que captes la nota del pentagrama que escucha el suicida. La soledad de alguien que lo tiene todo pero que ese todo no es más que un altavoz ensordecedor que le dice que todo es nada, una nada sin esperanza que es siempre mucho más nada. Un suicidio es un no puedo más conmigo, con mi vida. Y todo el éxito: hotel lujoso, con novios, hijos, amigos, dinero, reconocimiento y una

tarjeta repleta de posibilidades con el borde obturado de cocaína no compensa con seguir. Sin fe no hay dios que te salve de su inexistencia.

Mi novia jueza

Durante unos años tuve una novia jueza. Era buena persona, pero nunca entendió a los humanos. Trabajaba de lunes a viernes y guardias y días feriados y por feriar. Como es usual fue una brillante estudiante de Derecho. De hecho, yo cambié de estudios para tener algo de que hablar con ella. Por esa época yo quería ser periodista para poder ser escritor, pero acabé siendo abogado para ser escritor y terminar siendo algo así como periodista. ¡Ah, la vida!, esa cosa extraña con nombre de zumo de frutas. Tenía buenos sentimientos mi novia jueza, pero nunca entendió que la gente dudara y se equivocara, que siguiera dudando y equivocándose hasta la Decisión Errónea Final. Estudiaba a todas horas mi novia jueza. A veces la acompañaba a la biblioteca, pero uno acababa leyendo libros tontos de poetas ingleses, de esos que siempre posaban con casacas rojas, caras de tísicos y pelos llevados por el viento del Norte. Ella quería hacer un módulo de empresa y yo salir todas las noches con ella. Tenía novio, así que me estimó en segunda instancia: estuvimos juntos varios años, pero apenas la veía. Siempre estaba entre temarios, fechas y convocatorias. Mientras ella estudiaba la usucapión y créditos sindicados de interés flotante para conseguir llegar a Matrículas, yo me arrastraba por las clases. Ella acabó la carrera en cinco años y en mi último curso sólo el rector era más veterano que yo. Enlazó el final de la carrera con oposiciones mientras yo me

apunté a un grupo de teatro de gente locuaz, drogadicta y algo promiscua. Trabajé en cosas pequeñas y me peleaba con mis padres mientras ella consiguió una beca para poder estudiar diez horas diarias. Acabamos por vernos sólo el domingo por la tarde, yo en plan Lou Reed de *Perfect Day* y ella, en plan Doris Day de *Qué será será*. Yo no me parecía en nada a su padre, y ella, demasiado a mi madre. Mientras yo conocí y viví entre gente grande, pequeña, idiota, divertida, lista, marcada y sin marcar en noches raras y días largos, chocando y abrazado a tipos tarados, ricos, pobres, obsesivos, dependientes, cobardes, arrojados, confusos, piltrafas, héroes y villanos, lastre, purria y bendición de Dios, leales, pegajosos, tóxicos y vitales, ella se pasó tres años con libros, exámenes y una radio roja en la que sintonizaba Kiss FM. Al final ella consiguió lo que quería: ser jueza y un marido cabal. Ahora su trabajo consiste en decidir las cuitas y los errores de toda esa gente con la que no coincidió ni una sola vez en toda su vida. Esos personajillos que se equivocan, que se les engancha el pie en el escalón al tirarse en marcha, que aman a quien no les conviene o invierten lo que no tienen en el negocio del cuñado ladrón. Durante unos años tuve una novia jueza. Nunca tuve novia tan peligrosa. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Abran ya sus jaulas

Son tiempos mezquinos porque nos estamos quedando sin canciones. Spotify y otras plataformas no tienen nada que ver con la música, sino con la gula y el aislamiento. Solos, paranoicos y dígitos. De la gripe española, emergieron los USA y su industria del entretenimiento para arrasarnos. De esta

pandemia, China, sus maquinitas, sus tiktok y su teletrabajo. Ya nadie nos pregunta qué queremos o si queremos algo. Somos una boca y nos embuchan. Puro Covid: sin olfato ni sabor.

Amamos a nuestros músicos. Los amamos siempre. Los amamos a pesar de que haga años que no hacen nada que nos guste. Los amamos por lo que nos dieron, aquellas canciones, aquellas actuaciones, aquel código secreto que llegaba a la radio de la habitación sorteando a padres, escuelas y demás paredes sin ventanas. Nos amamos —ellos y nosotros— sin condición. También ahora. Porque cuando volvemos a escuchar aquellas canciones, cuando los vemos viejos, operados, acabados, no nos hacen igual de felices, pero los queremos, más. Puro agradecimiento. El músico es un tipo generoso. Viene a darte. Se acerca al micro, lentamente, y en su interpretación está tanto todo el amor que él ha sentido por esa música como por lo que espera darte. Él recibió desde el mismo lugar desde el que te lo da: desde el asombro, desde el entusiasmo.

La música es la única droga que no arruina ni defrauda. En las radios de los abuelos, en los vinilos que compraste ayer o hace treinta años, en esa versión que ves en YouTube, la única resaca es haber vuelto a ser feliz otra vez. La música no te pide nada más que ser tú. La música es memoria y ahora. Un regalo sin remitente que te hace amar al mensajero. Nadie sabe de dónde salen las canciones ni el talento para cantarlas. Sucede. Y tú, todas las veces que las escuches, eres el mismo y eres distinto. Y nunca sobras.

Me hipnotiza una grabación de hace seis años, un homenaje a la música de los Beatles. Versión de Harrison, *While My Guitar Gently Weeps*. Dave Grohl tocaba a la batería, un viejales Joe Walsh y un pincel negro llamado Gary Clark Jr., ambos guitarras y cantantes. He visto cien veces esa grabación. Es buena la versión, pero lo que me fascina es el amor que me

produce todo. Amo a George y a los Beatles, a los músicos que lo interpretan, las guitarras preciosas, las ganas de trascender, al público entregado, feliz. Me emociona que me regalen cosas como ésas a cambio de nada. Soy consciente de lo que sería el mundo sin ellos y sus canciones. Abramos ya las jaulas a esos locos con sus locas guitarras enchufadas. Nos va el ser felices el resto de nuestras vidas.

PUNTOS DE SUTURA

Partiendo del hecho de que la literatura se forma de recuerdos inventados y mentiras que se topan con la verdad, este bloque lo conforman puntos de desgarro con o sin sutura y una serie de seis piezas de verano que querían aunar lugares donde uno fue o pudo ser abandonado: un camping en la Costa Brava, Islandia, Venecia o en unas playas gaditanas. He sustraído uno de los textos (el de Buenos Aires) para ubicarlo en otro apartado porque creo que aquél es más su lugar (mi padre y su tango). Confieso que no me dejaron tantas veces y cuando lo hicieron, el lugar era el habitual: cafeterías, calles y dormitorios.

Medusa, pecas y ballenas blancas

Ella iba de azul, y los alemanes, de gris. Los camareros de la cafetería de aquel camping de la Costa Brava vestíamos zapatos y pantalón negro, camisa blanca y chaleco verdiblanco. Tenías que ser muy apuesto para superar esa indumentaria: yo no lo era. Año de Mundial que ganaron los de gris. Ballena Alegre Co. te pagaba al final del verano con un talón del Deutsche Bank y compartías habitación de literas. Y sí, ella iba de azul, y su novio, en bañador.

Solían llegar juntos a media mañana a la cafetería. Santi y yo nos encargábamos de la terraza. Pero, desde el primer día que la vi, estaba tensionado y preparado para ser yo y no él quien los atendiera. Café americano, él; botella de agua, ella. Ambos eran belgas, pero la belleza de ella era siciliana. Se llamaba Chiara y tenía toda la cara llena de pecas como si, al nacer, hubieran destapado un bote de ellas sobre Chiara. Su novio nunca tuvo nombre. Hacía surf y tenía el pelo largo y rizado, por lo que lo apodé Botticelli, pero Santi cuando quería decir Botticelli decía Umberto Tozzi, Paolo Rossi, etc.

Yo notaba que ella me sonreía, e incluso, en una ocasión en que le llevé su consumición, me pisó con uno de sus pies descalzos. Eso confirmó mis aspiraciones. Una mañana vino sola. Le llevé su Viladrau y empezamos a hablar. Me dijo que llevaba dos meses con Botticelli y que era un pirado del surf. A ella le encantaba el sol y la playa, pero se aburría un poco —con él, por supuesto, me dije—. Santi hizo sonar *Angie* por los altavoces. Tenía mi pie muy cerca del suyo. No hubo pisotón.

Al día siguiente regresaron juntos y ella no sonrió. Santi puso *Mixed Emotions*.

Mis expectativas aquel verano dejaron mucho que desear. Acababa de descubrir que el hecho de que te gusten los bares no significa que te guste trabajar en un bar, y en nada se estaba pareciendo a una fantasía veraniega, sino que todo siempre era lo mismo: acababas reventado y todas las noches, absolutamente todas —cuarenta y cinco—, acababas bebiendo gin-tonic en la discoteca del camping: Moby Dick. En realidad no fueron todas las noches, sino todas menos una. Porque hubo una que, llevado por el esplín, recluté un comando y nos fuimos al pueblo de L'Escala, en concreto a un local casi a orillas de una pequeña cala: Medusa. Mi revolución tenía fundamento porque disponía de coche. Sin embargo, una vez allí, nos dimos cuenta de que sin el ruido de la discoteca no teníamos nada que decirnos y que la belleza del entorno nos daba lo mismo, así que, a las dos horas, estábamos ya en la Moby Dick, donde Santi me asaltó:

—¿Dónde has estado? Ha venido sola. Se ha peleado con el Ramazzotti. Ha preguntado por ti.

Recuerden el dato: todas las noches menos una.

La busqué por todos lados. No tenía ni idea de en qué parcela estaba, pero, de todos modos, me agencié una bicicleta y fui, en medio de la oscuridad, por si me la encontraba o escuchaba una discusión entre surfista y siciliana. No hubo suerte. Sin embargo, a la mañana siguiente ella vino sola y de azul, pareo y bikini. Lancé el botellín de agua como un Tomahawk y obtuve información esencial: seguían peleados —alegría—, motivo por el cual adelantarían su partida al día siguiente —drama—, y sí, podíamos quedar esa noche —éxtasis—. Le hablé del Medusa, de que había un maravilloso novio dentro de ese chaleco verdiblanco y le pedí que no se fuera al día siguiente. A todo dijo que sí. Quedamos a las nueve en aquella misma

terraza. Ella vendría de azul y yo, perfumado, duchado y con las llaves de mi Ibiza y mi futuro haciendo tilín en el bolsillo. Ella se retrasó. De hecho lo hizo tanto que no acudió. Toda la melancolía del mundo se me vino encima a medida que anochecía mientras en el estéreo Santi no atinó en toda la noche con la canción.

Venecia con él

«Es imposible que no lo hayas oído», me decía Anna. «No lo he oído. Te lo juro». «No te creo: es imposible. No dejaba de maullar». En realidad, sí que lo había estado escuchando. Luego me adormilé. O fingí hacerlo. Nos habíamos colado sin querer en aquel vaporetto, y Anna se fue a un extremo, en la parte de atrás, con el cementerio de San Michele, alejándose, hundiéndose y flotando, detrás de nosotros. Allí —*isola dei morti* o *delle tombe*— reposa un montón de gente famosa y un buen puñado de muertos apellidados Zanón. Mi abuelo era de por aquí y mi apellido es una derivación de algo parecido a «criado». Yo nunca conocí a mi abuelo. Tampoco mi padre. Y mi abuela se inventó a mi abuelo toda la vida. Le cambiaba el nombre y la profesión y unas veces estaba muerto y otras, vivo. Pero nada de eso importaba en aquellos momentos. Yo amaba a Anna, de un modo desesperado, y estábamos en Venecia. Anoche discutimos y no quise escuchar los maullidos. Simplemente eso.

Me molestó lo de siempre. Los celos que siento por Miquel, su ex. Anna estuvo con él dos o tres veces en Venecia, así que mi empeño en venir tenía algo de estrategia nihilista, porque nunca se mata a un fantasma. Anna se trajo el libro que Miquel

había escrito sobre las horas que pasó en Venecia una vez separados. Se lo vi en la maleta y no dije nada. Nunca fui celoso hasta que conocí a Anna y me habló de Miquel. Estuvimos ayer en el mirador de San Juan Nepomuceno, en el sestiere de Cannaregio. Buscamos sin fortuna la iglesia donde reposa el veneciano celoso en el que se inspiró Shakespeare para su *Otelo*. Desistimos y nos sentamos en una cafetería. Allí un chico decía a su acompañante:

—Podemos tomar en Bakú un bus nocturno y desayunar en Tiflis...

Anna lo oyó tanto como yo, pero ninguno dijo nada. Miquel hubiera buscado ese bus, hubiesen cambiado los planes. Yo podría hacerlo también, pero sólo estaría siendo alguien calzado con los zapatos de otro. Todo eso enturbió el ambiente que ni las ruinas de San Michele Arcangelo lograron disipar y por la noche, después de hacer el amor, y antes de quedarnos dormidos, pasó lo del gato. Al parecer se trataba de una cría que se cayó en un pozo seco y no podía salir de allí. Sus maullidos recogían todo el eco y aportaban un sonido tan fantasmal como metálico. A ratos era angustioso. Anna me preguntó si lo oía y le dije que sí. El animal se habría perdido o caído en un sitio del que no podía salir. Ella me dijo que iría a ver qué pasaba, pero no se movió de la cama. Los maullidos fueron espaciándose. «Haz algo», me dijo. «Alguien estará haciendo algo ya a estas alturas», contesté. Luego fingí dormirme. Anna acabó saliendo de la habitación. Uno de los huéspedes había deslizado una manta y el gatito había clavado allí sus uñas y, estirando la manta, ya estaba sano y salvo. Desde la puerta vi sin ser visto a Anna con el animal en los brazos. Luego volví a la cama y, cuando ella entró, simulé estar dormido.

Andando, Anna me dice que *fondamenta* es un tramo de calle que bordea el canal. No lo sabía. Debió de explicárselo o

escribirlo Miquel. ¿Por qué me atormento así? Hay palomas en la plaza de San Marcos y le digo a Anna que las palomas se introdujeron en Europa desde Oriente a través de Venecia. Fue el regalo de un noble a su hija para curarla de melancolías. Paramos en una trattoria de la calle Misericordia y pedimos dos copas de Bardolino. Hemos comprado unas máscaras de Carnaval en una de las tiendas para turistas. Me coloco una de ellas y le pregunto:

—¿Te gustaría coger un bus nocturno y amanecer en Tiflis?

Una eternidad de cincuenta años

El amor eterno era más económico cuando no vivíamos ochenta, noventa años. La eternidad podía ser de diez o veinte, por lo que los sonetos de amor gozaban de relativa credibilidad. Durante años defendí que uno de los pueblos más feos en un país tan hermoso como Portugal era Caldas da Rainha. La memoria suele ser mentirosa. Es imposible que aquel bar, aquellos asiduos de aquel bar, aquella noche en aquella habitación encima de aquel bar pudiera estar ubicado en Caldas da Rainha. Porque Caldas no es en absoluto un lugar horrible. Así que mis dos amigas —ninguna de ellas mi novia, que iba en otro vehículo perdido en las calles de Coímbra con otro amigo y el que sería su marido dos años después— y yo debimos de acabar en un pueblo o en un bar de carretera cerca de Caldas ante la imposibilidad de hospedarnos allí. Seguro que eso fue lo que pasó.

Habíamos estado visitando las tumbas de la noble gallega Inés de Castro y su amante primero y esposo después, Pedro. Inés acudió a la corte acompañando a Constanza, que se casó

con el que sería Pedro I. Inés y Pedro fueron amantes y tuvieron tres hijos. Cuando Constanza murió en un parto, la posibilidad de que Inés fuera reina de los portugueses y de que eso conllevara la sumisión a Castilla hizo que el rey de Portugal, Alfonso IV, ordenara su asesinato, que se consumó. Cuando Pedro I subió al trono, la venganza fue cruenta, guerra civil mediante. La leyenda dice que el cadáver ya en estado de descomposición de su amada fue colocado en el trono y los nobles tuvieron que besar su mano. Es probable que eso ya no sea cierto. Dos de sus tres asesinos pudieron ser atrapados y ajusticiados. A uno se le arrancó el corazón por el pecho y al otro, más sofisticado, por la espalda. Pedro e Inés yacen enterrados juntos. Los pies de las tumbas se tocan porque el rey quiso que, en el momento de la resurrección, lo primero que vieran sus ojos fuera a Inés. En el siglo XIV el amor eterno podía ponerse así de estupendo.

Henchidos de dramas de la realeza, llegamos a aquel establecimiento, cafetería o bar con habitaciones en el piso de arriba, y yo, con mis dos amigas, me sentía portada de disco de Leonard Cohen, pero tenía la barriga revuelta y mi novia estaba en otro coche y tardé un par de días en darme cuenta de que querer perderse es distinto de perderse. Todo aquel local estaba lleno de hombres, la mayoría ancianos, jugando a dominó y a cartas. La escena podía haber sucedido en ese momento o cincuenta o cien años antes. Humo y olor a cerrado. Todos fingieron no reparar mucho en nosotros. La escena era previsible hasta que nos fijamos en ella, en aquella chica japonesa, sentada a una mesa, delante de un refresco —vaso y botella—, llorando sin parar. En una mesa no muy lejos de ella, pedimos nuestra consumición. Hacíamos por no quedarnos mirándola, en sus hipidos y lloros —silenciosos, lágrimas grandes, como de dibujos animados—. ¿Qué hacía en aquel rincón perdido de Portugal? ¿Qué la estaba haciendo llorar de

esa manera...? ¿Qué podíamos hacer nosotros...? Lucia Berlin escribió que la diferencia entre Europa y Sudamérica es que si alguien entra en un autobús y ve, al fondo de éste, a una mujer llorando, en Europa nos sentaríamos en las primeras filas para no molestar y en Sudamérica se le pondrían al lado para hacerle compañía. Por fortuna, una de mis amigas era argentina, de un barrio de la ciudad de Rosario, y decidimos sentarnos a su mesa. Tratamos de hablar con ella, consolarla, pero no hizo nada más que llorar y llorar. Sin ruido, con una pena inconsolable. Yo pensé que nunca había querido a nadie como para llorar así, pero me dije que, como escribió Cortázar, aún tenía por delante una eternidad de cincuenta años para conseguirlo.

Batalla de Trafalgar

En Cádiz, en las playas de Zahora, hay un faro. Detrás de él, hace más de dos siglos, el 21 de octubre de 1805 tuvo lugar la batalla de Trafalgar. En esas playas había sido feliz verano tras verano con mi mujer, María, y mi hijo, Diego. Solíamos ir al mismo tramo de playa, a diez minutos del faro, cerca de la zona nudista. Aún soy moderadamente feliz con ellos. Aquella tarde, en la playa, veía a Diego entrar y salir del agua fría del océano y mi mujer se encontraba de pie a mi lado, con la camiseta ya puesta, pero sin decidir marcharse al hostal de cada año. Mes de agosto, primeros días. Como si presintiera algo, busqué en su bolso mi móvil, que solía tener apagado estando de vacaciones, pero no lo hallé, así que cogí el de María. Aún no sé por qué quise encenderlo ese día y a esa hora, cerca ya de las nueve de la noche. Ella lo tenía apagado.

Conocía su contraseña. Era la misma que la mía. Lo encendí.

—¿Has oído hablar de la batalla de Trafalgar?

—Vagamente.

—Nelson te debe de sonar, ¿no?

—Tuvimos un pato y lo llamamos Nelson.

—El Pato Nelson.

—Sí.

Diego tenía otro padre, un buen padre, y estaba loco por el fútbol desde siempre. Él y su padre eran del Barça. Yo también, pero en ocasiones lo hacía rabiar diciéndole que era del Madrid. Conseguía enfurecerlo. Todas las veces que lo intentaba.

—A ver, Nelson... ¿Qué pasó con Nelson? —preguntó María mientras se sentaba a mi lado.

—Murió en la batalla. Lo conservaron en un barril de coñac para poder enterrarlo como un héroe en Inglaterra. Napoleón quería invadir las islas británicas y montó una flota franco-española para distraer a la Armada Británica. Pero los ingleses los sorprendieron y los destrozaron. Los españoles se sabían inferiores, pero los franceses se empeñaron en el combate.

—¿Qué buscas en mi móvil?

—No lo sé.

Al parecer, Diego había hecho amigos. Un par de críos, algo mayores que él, se le habían acercado. Llevaban una pelota, pero aún no jugaban con ella. De momento se limitaban a hablar en la orilla. Le estaban explicando algo. Y yo a María. Le explicaba que los ingleses perdieron a su almirante, pero ni una sola nave. Los españoles, veinte barcos y un montón de gente. Me pregunté si las olas —otras como éstas, igual las mismas— llegarían tintadas de color sangre, dejando restos de barcos y cadáveres donde ahora están nuestras toallas, nuestros hijos y nuestros pies.

—En Andalucía habían sufrido hacía poco la fiebre amarilla

y las tripulaciones se rellenaron según palabras de un militar «con ancianos, achacosos, enfermos e inútiles para la mar».

—Esos códigos qué absurdos suenan ya, ¿no?

Asentí. Encontré el buscador y pensé en aprovecharlo para consultar algo sobre Nelson, Churruca y Trafalgar. Fue entonces cuando lo vi. Diego venía hacia nosotros, llorando desconsolado. Pensé que aquellos niños lo habrían golpeado o asustado. Venían detrás de él, pero más asustados que beligerantes. Diego se lanzó al cuello de su madre, sin parar de llorar y gritar. Pregunté qué había pasado.

—Nosotros no le hemos hecho nada —contestó uno de ellos, que tenía el balón de plástico bajo el brazo—. Sólo le hemos dicho que Messi se ha marchado.

Entendí entonces por qué había encendido el móvil de mi mujer. La intuición, esa forma de inteligencia, me había avanzado qué necesitaría leer y releer durante las próximas horas para llegar a creérmelo. Quizá debí decirle algo a Diego. Alguna de esas cosas que no le sirven de nada a un crío de diez años al que le acaban de romper el corazón. Ese montón de tonterías que decimos los adultos. Seguro que su padre lo hubiera hecho mejor que yo.

Cómo arreglar un glaciar roto

De todas las veces que me abandonaron, estéticamente, la más hermosa fue la que protagonizó Edurne, mi novia vasca, en Islandia. Lo hizo mientras paseábamos sobre un hielo glaciar equipados con crampones. Simplemente se volvió y regresó sobre sus pasos. Hay dos cosas que no funcionan para arreglar tus problemas conyugales: tener un segundo hijo e irte de

vacaciones a una isla que tiene ciento treinta volcanes bajo tus pies.

Como Islandia, hay relaciones que se asientan sobre placas y dorsales que nunca se están quietas, que jamás te permitirán saber qué pasará pasado mañana. En realidad, sí que lo sabes: pasado mañana todo estallará o se moverá el suelo bajo tus pies o, sencillamente, deberás cambiar de casa. Los islandeses lo saben. Igual sus relaciones son reflejo de que su isla esté situada sobre un punto caliente volcánico, en el dorsal mesoatlántico, entre la placa euroasiática y la norteamericana. Edurne también era una isla. Helada y volcánica sobre placas que la desgarraban. Nunca supe por qué estaba conmigo y, del mismo modo, tampoco sé por qué dejó de estarlo. La vi alejarse, esforzada y testaruda, desandando el hielo, y cuando, horas más tarde, llegué al hotel, ella se había pedido otra habitación y, a los dos días, merced a una combinación de capitales europeas, volvió a Barcelona.

Yo seguí el viaje. Podría haber vuelto con ella a casa. O haberla intentado convencer de que reconsiderara su decisión. Podría haberle echado en cara que ese viaje a Islandia había sido idea suya, que en él se fue mi adelanto editorial y otras mezquindades que no arreglarían nada. La excusa de su enfado fue una broma de mal gusto mía. Pero una no rompe una relación por algo así. Ella no quería seguir conmigo y si no hice nada por retenerla fue porque yo tampoco quería que se quedara. Así que seguí con mis once días en Islandia. Una isla, un país que, a priori, no me importaba nada, pero que me impresionó, dejándome sin argumentos para que no me gustara a pesar de la melancolía que me había dejado la partida de Edurne.

Me supo mal por ella que me abandonara sin haber llegado al norte y avistar con ella una ballena. Creo que era uno de sus sueños de cría. Las ballenas son animales raros. No se parecen

en nada a como los dibujamos. Es como si la realidad las copiara mal. Pero ver a escasos metros a una ballena y estar solo es una experiencia extraña. Entiendes al capitán Ahab. Seguro que él también había tenido una novia vasca. Tampoco es fácil conciliar un corazón roto y una colonia de focas sobre el fiordo de Hvammstangi. Ni un río amarillo ni un géiser ni dejar de pensar, sumergido en las aguas termales, que estar solo allí no procedía, que Islandia no es lugar para que te dejen. A medida que pasaron los días, mi inquina hacia ella fue en aumento. Y todo por una broma. Bueno, dos.

El carácter de Edurne era explosivo y complicado. Sus estallidos violentos duraban demasiado en el tiempo, lo suficiente como para hacer irrespirable la convivencia. En 1783 entró en erupción durante ocho meses el volcán Laki. Causó la muerte del veinticinco por ciento de la población islandesa. Su nube volcánica trajo una hambruna que produjo la muerte de cerca de seis millones de personas. Edurne se mostró consternada. Creo que hice una comparación con sus relaciones personales: amigos, familia, antiguas parejas. No le gustó.

La segunda broma fue ya en el glaciar. Al parecer, desde 1615 hasta 2015 existía vigente una ley que permitía a los islandeses matar vascos. La dictaron para asesinar a unos balleneros vascos que habrían sufrido un naufragio. Yo bromeé y Edurne, sin mediar palabras, se dio la vuelta y se fue.

Una vida y media

Parecía que hubieras copiado el vestido a Ana Bolena y tus calcetines negros te subían casi hasta las rodillas. Eras una okupa con clase, y yo, un camarero sin rango, los dos en

Edimburgo. Te llamabas Eileen y yo te dije tantas veces «*Come on, Eileen*» que acabaste odiando a los Dexys Midnight Runners. No me dejaste, sino que te perdí. No todo pasa una vez y media.

Te encontré al final de Victoria Street. Tenías un gorro de lana a los pies con algunas monedas, unos ojos como insectos negros y soplaba viento desde el fiordo, pero el sol aguantaba y calentaba. En la plaza de Grassmarket me esperaban mis amigos en el The Last Drop. Yo iba acompañado y mi amigo pasó de largo, pero yo no pude hacerlo.

Hacía unos meses que había tenido la buena idea de aprender inglés en suelo británico y la mala de hacerlo en Edimburgo. La ciudad es ideal para no aprender inglés pero sí perfeccionar tu castellano. Cualquier pretensión de hablar inglés queda destruida el primer día que te trasladas a Glasgow, donde es bastante probable que tampoco hablen inglés. Encontré trabajo en el viejo Jolly Judge gracias al profesor Josep Savall. Allí me explicaron la historia de Maggie Dickson, que fue ahorcada vez y media en la plaza de Grassmarket. Cuando conocí a Eileen, hechas las presentaciones, y Lucky Strike mediante, se la expliqué a ella.

Era el año 1716 cuando la hija de un vendedor ambulante de pescado, Maggie Dickson, se quedó preñada de quien no debía. Tenía catorce años y el padre de la criatura desapareció. El niño nació muerto y, asustada, la adolescente se quiso librar del feto arrojándolo al río Tweed. Lo descubrieron y la condenaron a morir en la horca. No por haber abortado, sino por haber ocultado el embarazo. La colgaron en esa misma plaza donde Eileen y yo nos fumamos el primero de los mil cigarrillos que compartimos, así como el primero de los mil besos que nos dimos.

Ahorcada Maggie, la metieron en una caja y un carromato se la llevó a enterrar. Cuando estaban a medio camino, los

sepultureros oyeron ruidos en su caja. La abrieron y comprobaron que Maggie seguía viva porque el verdugo no había hecho bien su trabajo. Así, el carromato volvió a la plaza y las autoridades decidieron cumplir adecuadamente la sentencia y volverla a ahorcar. En ello estaban cuando un joven estudiante de Derecho alzó la voz y dijo que no se podía ejecutar dos veces por un mismo delito. Hubo discusiones, pero al final admitieron como conforme a ley lo que decía aquel jovenzuelo, porque, efectivamente, Maggie había sido ya ahorcada. La historia —como mi decisión de aprender inglés en Edimburgo— tuvo una parte buena y una mala. La buena es que Maggie se salvó y murió muchos años después, vieja y rica. Se desposó con el estudiante de Derecho y regentó uno de los pubs de la plaza de Grassmarket, observando ufana las ejecuciones desde la puerta de su establecimiento. La parte mala fue que el fiasco de su ejecución hizo cambiar la ley, que, a partir de ese momento, dictaminó que el reo condenado a la horca lo sería «hasta su muerte». Ya nadie podría tener vida y media.

A Eileen le divirtió mi historia. Al poco de conocernos, me mudé desde mi pensión a su habitación en una casa okupa y nos amamos todo aquel verano. Siempre me esperaba en la plaza frente el Jolly Judge. Una noche salí y la engañé con otra. Al día siguiente no acudí a trabajar. Ella vino a buscarme por última vez y lo intuyó todo. Días después la busqué por todo Edimburgo y ya no estaba. La he seguido buscando el resto de mi vida.

La mitad de todo

A la espera de repostar en la gasolinera de avinguda del Paral·lel, la más cercana al puerto, un tipo abre una de las puertas traseras de un coche de matrícula danesa. Coge una mochila del interior, se la coloca al cuello, se sube a una bicicleta y empieza a pedalear como un poseso por una de las calles que suben hacia el Poble Sec. Detrás otro hombre, también en bicicleta, lo sigue al mismo ritmo: era quien le cubría las espaldas. La escena llama la atención por extraña. Enseguida empieza a entenderse. Los propietarios del vehículo son una pareja de unos sesenta años, turistas, recién llegados a nuestra ciudad. Ella se da cuenta de lo que ha pasado —les han robado— sin aún comprenderlo. No comprende ni el cómo ni el porqué —la maldad, la traición—. Empieza a gritar. Sólo hace unas horas que está en Barcelona y ya lamenta estar aquí. El dueño de la gasolinera sale escarmentado. Unos tipos esperan a la salida de los vehículos del ferry turístico, fuerzan los neumáticos para que pierdan presión y para inflarlos les indican la gasolinera más cercana, donde está el resto de los ladrones. Todo planeado. Atraco a las seis de la tarde.

Da pena ver a la mujer en ese estado de shock. Mira a un lado y a otro sin saber a qué apelar o a quién pedir ayuda. El resto de la gente —honrados ciudadanos pasmados— que estamos repostando no sabemos qué hacer o decir: todo ha sido muy rápido y no estamos preparados para responder a una agresión. Nos bloqueamos en parte porque no estamos en Pamplona ni es San Fermín, claro. El encargado dice que desde hace dos meses esto pasa continuamente. Y no parece poder hacerse nada al respecto. No recuperarán el dinero. Les estarán saqueando las cuentas con las tarjetas, el iPhone, el pasaporte, todo lo que lleven que tenga valor. Les sugiere sin convicción que hagan la denuncia. Grandes horas por delante en Barcelona. Un hombre junto a mí, también testigo, lanza el consabido Armagedón étnico. De lindar al sur con Canadá, esto

no pasaría, y si Colón hubiera descubierto Escocia, tampoco. Y es que siempre nos sobra la mitad de todo. Es decir, la otra mitad de la gente. Al futuro President de la Generalitat parece que también le sobra una mitad, pero eso fue antes y en tuit y acalorado, *you know*. Hay quien sostiene que eso de que sobre la mitad devino en cuanto la sociedad humana mutó de cazadora a agrícola. Con eso se pasó de poder alimentar bien a un grupo determinado de personas a alimentar mal a un grupo casi infinito de personas cuya mitad —¡bingo!— sobra. A mi vecino, un divorcio que no se esperaba —digamos que alguien le desinfló las ruedas de su matrimonio— ha hecho que diga que le sobra la mitad de la vida. Luego, estas cosas se pasan. Seguro que la señora danesa ya está más tranquila, tomándose una cerveza en la plaça Reial pensando que al norte siempre le sobra el sur y en las salas de cine Los Vengadores han de luchar contra Thanos, que plantea el exterminio de la mitad del universo para que la otra mitad pueda vivir próspero y sano. Eso sí, democráticamente. Para Thanos la extinción de la mitad es aleatoria. Si es que esto de la democracia también tiene una mitad que sobra.

Casa partida por la mitad

Él te mira y se pregunta cómo puedes ser así. Tú lo miras y piensas lo mismo de él. Parecíais buenos tipos los dos, pero igual no lo erais y podéis vivir perfectamente sin hablaros nunca más. La casa no es muy grande, pero hay suficiente espacio para fingir que el otro no duerme allí ni siente, piensa o padece. Igual él siempre fue un supremacista, un idiota, un beato, un talibán o un fascista. Igual no era una cuestión de

vivir y trabajar, igual era una cuestión de sangre y fe en el mismo dios que tú. Por fortuna, ahora todo es más sencillo. Eso es imprescindible para estar en guerra: el otro ya no es humano, sino un monstruo o un gusano. Él te mira y se pregunta por qué no llevas un lazo amarillo. Tú lo miras y piensas que, sabiendo lo que se sabe, por qué lo lleva él. Él no soporta tu vanidosa actitud de superioridad moral. Tú no soportas que sea cómplice de la represión y la violencia. Él piensa «1 de octubre» y tú piensas «8 y 9 de septiembre». Tú, Hitler y él, Franco. Él, Woody y tú, Farrow. Hace unos meses quizá podíais reconocer que cada uno tendría sus razones, pero ninguno de los dos quiere escuchar las del otro porque la cosa ya no va de razonar. Fantaseas con el exterminio del otro, la conversión morisca, Boabdil, la victoria aplastante de los Seis Días. Él, Israel y tú, Palestina. A uno y a otro les basta con sus ideas, cuitas y opiniones propias y las de los que piensen como ellos. Lo políticamente correcto llevó a que nadie supiera qué decían o a qué se referían las palabras. Las frases quedaron como disfraces y los adjetivos como máscaras. Por eso, los insultos, las mentiras, las acusaciones, los actos de venganza tienen algo de alivio: saben a algo, señalan a alguien, hieren, marcan, definen. Ahora ya sabemos qué pensamos unos de otros y mola ponerse el chándal, hacer de tu vida una barra de bar y ser *hooligan* sin remordimientos. Era agotador fingir que entendías al otro y reconocer que Cristiano Ronaldo es un fuera de serie. Él te mira y se pregunta cómo puedes aceptar que haya personas en prisión por sus ideas. Tú lo miras y te preguntas si te crees que son presos políticos o es otra muestra de astucia y media verdad. Uno dice «eficacia»; el otro, «legitimidad». Uno dice «Arrimadas más votada», y el otro, «mayoría parlamentaria independentista». Uno, «Simon», y el otro, «Garfunkel», como en la canción de The New Raemon. Hay una guerra sin muertos mientras el dinero se va y uno se

pregunta si no te das cuenta de eso, y el otro dice que antes Juan Bautista que Iscariote. Como no hay muertos, tú y él pensáis que no vale la pena hablar y ceder. Estabais los dos tan perdidos en el «todo parece indicar» y «cada uno tiene su punto de vista» que ahora es casi agradable estar en sitio seguro y dejarse llevar en la quema de brujas, en el llamar a puertas de madrugada, en las trincheras, en la pelea skin y la delación, en Ulster y en el Muro Detector de Utopías y Patriotas. Tú, hijo idealista, y él, padre severo y colonial. Él piensa en Circo Romano y tú en Leones Cristianos. Tú eres tan hermoso y bueno, y tú, tan hermoso y sensato. Tú eres Patria, y tú, Bandera. Tú, Beyoncé, y tú, Jay-Z.

Llueve y Jorge Carrión

Llueve y Jorge Carrión está en las islas Galápagos. Lo acompañan otros intelectuales en el mismo barco de National Geographic, pero él es el único escritor. Por aquí llueve y ando tomándome en la cocina una Fanta de limón e imagino a Jorge Carrión rodeado de tortugas y lobos marinos. También en las islas Galápagos hay piqueros de patas azules, piqueros de patas rojas y piqueros de Nazca, todas ellas aves preciosas. Iguanas y hasta pingüinos. Aquí, en este trozo de Europa, palomas y cotorras verdes en los árboles que no sé cómo se llaman mientras ahora, Ahora, en este preciso momento, truena y llueve. Se agradecen las tormentas de fin del verano. Limpian las calles, da gusto salir luego, abrir las ventanas, dormir con éstas abiertas. El otro día vi una salamandra, Jorge. Estaba en la pared de una casa. Inmóvil. Luego echó a correr y se escondió.

Hay escritores que viajan y otros que no nos movemos del sitio. Del mismo modo que unos pagamos la hipoteca en el BBVA y otros reciben una beca del BBVA. Cuando vuelvan los científicos, intelectuales y el escritor de las trece o catorce islas que conforman las Galápagos, se pondrán a escribir libros que tendrán títulos como *Una iguana llamada Catástrofe* o algún ensayo sobre Darwin y cualquier cosa moderna, una librería en Montevideo, quizá. A mí nunca se me ocurren temas así. Y es que no todos los escritores somos iguales. Por eso, unos tienen seguidores; otros, soldados; algunos, lectores, y la mayoría, gente envidiosa que no soporta que estés en las islas Galápagos o escribiendo desde una cocina mientras fuera llueve y el BBVA te pasa al cobro la hipoteca. No me quejo, Jorge, pero me podrías haber avisado y hubiera introducido alguna tortuga o león marino en mi última novela, y ahora estaríamos tú y yo, juntos y rodeados de iguanas y aves de colores inauditas. Pero lo mantuviste en secreto, y yo aquí, viendo llover y no estás tú.

Llueve y la melancolía que me ha acompañado toda la vida me asalta. Cojo una loncha de queso y le doy otro lingotazo a la limonada. Pienso en esos escritores que consiguieron becas para estar en Roma, con novias que estudiaban en Oslo o que los invitaron a hacer jornadas sobre literatura contemporánea en universidades lejanas. Pienso en ellos, Jorge, y pienso en ti y en mí. Y en lo hermoso que es tener amigos escritores a los cuales se trata como se merecen. Ardo en deseos de que me expliques que la iguana marina suele estornudar y resoplar debido a la sal que la rodea o que Roma es caótica o que hay bancos y bancos.

Aquí ya ha parado de llover, Jorge, y pienso en el tiempo que se debe emplear en saber encontrar tiempo para escribir y pensar y rellenar formularios. Yo también tuve sueños, Jorge. En una ocasión acaricié a un canguro y estuve a punto de conocer a Michi Panero, aunque creo que eso le pasó a otro,

pero ya mezclo las cosas como un escritor que no sale de casa y se lo inventa todo. Ahora, ya sí, definitivamente, está saliendo el sol. Dicen que habrá gota fría. Te informo por si acaso. Saludo al único cormorán que no vuela, pero seguro que eso ya lo sabías.

Amores en extinción

Las nuevas tecnologías y el cambio climático están llevando al borde de la extinción a determinadas especies. Una de ellas es el amor de verano. Este ejemplar tenía una vertiente romántico-trágica y otra canalla y tramposa. Ambas se hallan en serias dificultades de supervivencia.

El amor de verano, como su nombre indica, era una relación que empezaba con la verbena de San Juan y acababa aproximadamente a finales del mes de agosto. Su propia finitud hacía que la atracción entre los ejemplares enamorados se concretara en un periodo extraordinario de tiempo.

Lo que en épocas invernales, otoñales y ya no digamos primaverales se tardaba meses —seducción, atracción, algarabía etílica, cópula, despedida definitiva, recuerdo indeleble—, en un amor de verano todas esas etapas se llevaban a término en cuestión de semanas, días y hasta era bastante habitual que se dieran en una misma noche.

El calentamiento global hace que el estío se prolongue más allá de lo que un amor como ése puede resistir. Eso ha generado en los animales vulnerables a ese amor desconcierto y modalidades como el *ghosting*, que es el hacerse el sueco de toda la vida, algo que no era necesario antes de las nuevas tecnologías.

Lo trágico y maravilloso, lo que hacía que un amor de verano fuera eterno e invencible, si tenías catorce años, y esporádico y amnésico, si tenías treinta más, era que cuando acababa, acababa, y de ahí su rasgo aventurero, lejos de condicionamientos burgueses de permanencia e idoneidad. El propio periodo vacacional hacía que fueran fronteras y continentes, teléfonos fijos y direcciones en Bélgica o en Ejea de los Caballeros lo que dificultaba que ese amor oceánico se prolongara más allá de septiembre.

Sólo el reguetón puede postergar la extinción de este espécimen de amor a la que aboca el inmisericorde WhatsApp.

GENTE CORRIENTE

La gente corriente existe. Simplemente uno ha de creer que lo es, que aspira a estar dentro de la normalidad. La gente corriente no tiene que ser vulgar. Gente corriente es quien canta Common People. *Jarvis Cocker y todos nosotros, a voz en grito. Esa canción no gusta a la gente vulgar, sabe elegir a sus oyentes. Pocos locos quieren estar locos. Sólo quien es una estafa en la locura o en la excepcionalidad busca otra categorización que no sea la corriente. En realidad, nadie engaña a nadie con todo esto, pero admito que a veces resulta confuso.*

Cuando fui normal

Hubo un tiempo en que fui normal. Era fácil porque estaba rodeado de gente normal. Gente corriente que se percibía dentro del estándar de la normalidad. Era un tiempo, lejano ya, casi mítico, en el que además de normal, la gente se pensaba sana y resistente. Con los ojos de hoy todos nosotros no éramos para nada gente normal. Ni sana. Ni muy resistente, ya que se te morían los abuelos a la edad en que ahora te planteas un injerto de pelo en Estambul. Pero igual que ahora todos nos sabemos distintos, especiales, víctimas, enfermos y tiranos, hubo un tiempo en que no ser normal no estaba bien visto. Uno trataba de ser normal como ahora uno trata de no serlo. Que la normalidad no existe ni existió nunca es algo que uno sabe ahora, versionando mal a Gil de Biedma. Uno podía estar como unas maracas, con una biografía que haría aburrida la de Oliver Twist, tosiendo sangre, con las piernas o los ojos en zigzag y se tenía por un tipo normal, sano y aquí estamos porque hemos venido. Lo anormal, lo raro, lo enfermo lindaba con el Código Penal y perversiones demoniacas. Nadie quería estar fuera ni pasar frío. Ahora los raros estamos dentro y fuera no queda nadie. Sólo el frío, es de suponer.

Ver, toparnos, socializar con alguien normal en los tiempos que corren nos aterraría, como antes hacerlo con un personaje de ultratumba. Hemos confraternizado con la anomalía de tal modo que si no padecemos una enfermedad mental es que no nos hemos empleado a fondo en conocernos. Sólo por pereza uno no es raro. Me pregunto ahora qué se habrá hecho de toda

aquella gente normal. Gente que trabajaba en empleos normales y que tenía familias normales llena de gente normal. Gente a la que le pasaban cosas normales y que debía hacer frente a situaciones dolorosas, injustas o crueles, pero que trataba de reconducir en la normalidad de la tragedia, de la mala suerte, de la vida que en aquella época no era una prebenda, sino cosas que le pasaban a uno mientras estaba vivo. Gente normal bajo una presión normal, porque se le exigía y se autoexigía cosas normales. Horarios normales, matrimonios normales, fraudes normales, alegrías normales.

Cuando fui normal y estaba rodeado de gente normal, comíamos, amábamos y bebíamos con exagerada normalidad. La gente hasta se moría con una relativa vulgaridad, sin excesivas alergias o variantes tropicales, sin colapsos celiacos o dipsómanos. Los deportistas eran tipos normales con habilidades y los niños, por lo general, normales, aunque con subgrupos —que ahora serían *lobbies* medicados— como tímido, repelente, movido, obediente, alma que se la lleva el diablo, mudito y gruñón. Sabíamos que los abuelos habían vivido tiempos asesinos y habían pasado miedo y hambre, perdido infancias y seres queridos, pero hasta aquello te lo decían normal, en un golpe de Estado y una guerra normales, y una dictadura vulgar y corriente, dentro de su estándar. Porque cuando yo fui normal rodeado de gente normal, reivindicar no serlo sólo lo hacían los locos y los ricos. Y nosotros no éramos ni una cosa ni otra.

Expediente policial *Terry*

Los perros en Barcelona son ahora personas cuerdas,

ciudadanos responsables, pero no siempre fue así. Pacientes peatones en semáforos, tipos que nos esperan a la puerta de tiendas y quioscos. De poder votar, los perros de mi ciudad votarían a alguien ponderado o a un soñador. Hasta discriminarían su voto para Ayuntamiento, Comunidad y Eurovisión. En mi infancia los perros eran salvajes, estaban locos o ambas cosas. Probablemente también sus dueños. Cuando un perro se escapaba por tu puerta echaba a correr como si sólo tuviera una oportunidad —ésa— de salvar su vida, de avisar a los suyos de un secreto canino esencial. Los amos y los hijos de los amos salíamos tras el perro en cuestión, lo llamábamos, lo amenazábamos, corríamos tras de él, pero rara vez conseguías darle alcance. El perro solía volver cuando le daba la gana. Quizá fuera al bar y volviera. Que es lo que hubieran hecho, de poder, muchos de sus dueños. Nadie sabía muy bien qué hacía en esas horas robadas al tiempo. Era la dimensión desconocida, un agujero negro, su particular improvisación Charlie Parker.

Mi primer perro se llamó *Sultán*. El segundo, *Terry*. Éste era un pastor alemán apuesto y un poco ido que no paraba de ladrar. A causa de él tuve mi primer contacto con las fuerzas del orden. Nunca nos hemos entendido muy bien éstas y yo. No nos interpretamos correctamente. Igual es culpa mía. Tres o cuatro cuerpos policiales no pueden estar equivocados. Pero sigo con el Expediente Policial *Terry*. Mi yaya durante años sirvió a *Terry* una dieta de cazuela de arroz hervido con carne. Siempre el mismo menú. Ello produjo en el pobre perro unas hemorroides brutales que hacían que su temporada en el baño fuera un lastimero repertorio de las partes altas de Barry Gibb en *Stayin' Alive*.

Un día nos vino a visitar un miembro policial. Supongo que sería un urbano. Estábamos solos mi yaya y yo. Recuerdo perfectamente ese momento epifánico para mí. Ese instante en

el que el guardia urbano dijo: «Ustedes saben que no pueden tener una vaca. Lo saben perfectamente». Al parecer alguno de los vecinos de la calle de arriba —siempre eran los de arriba, sin rostro, sin nombre, como una plaga bíblica o alienígena: inevitable, sin defensa ante el huracán— nos había denunciado por tener una vaca. Mi yaya hizo entrar al agente por la casa, terrazas y huerto para enseñarle que allí no había ninguna vaca. No crean, no es nada fácil no demostrar que no se tiene una vaca. *Terry* ladraba y ladraba, pero no parecía querer ir al reservado —el huerto de detrás de la torre, vamos—. El eficiente funcionario municipal trataba de encontrar una vaca casi detrás de las puertas, debajo de una silla, en el armario empotrado. Finalmente rellenó un acta de papeles rosados y amarillentos y se fue. Pienso en el guardia urbano, con cariño. ¿Qué debió de pensar? ¿Fue ése uno de esos casos sin resolver que atormentan a un agente a lo largo de su carrera? ¿*Terry* fue su *Rosebud*? En mi calle, la parte alta del Guinardó, y en esos años, todo era un poco demencial y hasta tener una vaca podía ser cierto. La normativa municipal no era la que hoy es. No estaba todo reglado y prudencialmente pensado y tasado. Ahora puedes acariciar a un perro cuando come. Ya no quieren escaparse. Saben ser y estar. Mucho más que nosotros. Y la policía también ha cambiado a mejor. Por supuesto. Aunque a veces sigan tratando de encontrar una vaca entre versos de Bukowski.

Gente sentada en bancos

Antes de la pandemia no recuerdo haberme sentado en un banco. Veías a espías sentarse en bancos de Central Park y

bancos aquí y allá por tu ciudad, pero no reparaba uno si estaban ocupados o no. O mucho menos en quiénes eran los que se sentaban en ellos. Ahora utilizo a menudo esos bancos y sé que nadie repara en mí. Cuando cerraron los bares y echabas a andar, si querías parar y descansar, sólo tenías los bancos. Ése fue mi momento fundacional con ellos. Generosidad municipal en formato de sillas para tres en aceras y parques. No has de pedir consumición, no has de ser nadie para estarte todo el tiempo que quieras allí sentado. Un banco es para gente sin tiempo útil. Tiempo sin valor. A veces gente a la que le queda muy poco tiempo, incalculable. Facturas pagadas y cheques sin fondos. Jubilaciones, subsidios o nada.

En un banco hay sentados más viejos que viejas. Más pobres que ricos. Más locos que cuerdos. Gente que ha escapado de su casa para no discutir. Gente que se sienta para descansar las piernas. Si te separas, te sientas en un banco antes de volver. Si te despidieron, si ni recuerdas cuándo te despidieron. Si tu hija quiere jugar en el parque, te sientas en un banco hasta las ocho. Si esperas la llamada de la novia, te detienes a aguardarla en un banco. Si buscas el coraje para volver a llamarla, también. Miras el móvil, pierdes el tiempo —cualquiera: el que falta y el que sobra—, en un banco decides el mientras tanto, el mientras se te pase la pena, el enfado, el aburrimiento, mientras no sea hora de regresar. Sentado en un banco eres más tú que en cualquier otro lado. En una cafetería o en un bar fingirás ser alguien. Una consumición siempre envía un mensaje a los ojos invisibles que te observan. Esos espías que son como ángeles de la guarda o agentes de la Condicional que evitarán, llegado el caso, que se lance usted al río helado la noche de Navidad, George Bailey. Sentado en un banco eres tú sin ir a ningún sitio. Eres el niño, el viejo, el hombre, la mujer cuando nadie te mira. Por eso, en Central Park los bancos están infestados de espías y policías infiltrados.

Pero no siendo uno espía y no siendo esto Nueva York uno podría preguntarse: ¿qué hago que no finjo ser alguien y pido la cuenta...? ¿Y qué voy a hacer, al levantarme de este banco, con la sensación de haber perdido el camino de vuelta...?

Un perro llamado *Pietro*

Pietro es un chihuahua negro, ciego y napolitano. Desde hace rato sube en círculos el Vico Mastellone hasta el 11, donde sus dueños regentan el Seven Corners, un lugar que de existir en mi propia ciudad no frecuentaría jamás. *Pietro* tiene los ojos blancos y parece tener mala hostia. Me viene a la mente Jorge Luis Borges. Como muchos, yo de joven era de Cortázar y, al envejecer, un poco más de Borges. *Pietro* anda chocándose con los pies y las piernas de aquellos que, como nosotros, estamos sentados a las mesas tomándonos negronis, Coca-Colas y cervezas Peroni que, sólo hace unos instantes, estaban frías.

Sube y baja *Pietro* por la inclinada calzada, aplicando al máximo el olfato con el objetivo de dar con el rastro que lo lleve de regreso a casa. Hubo un camino para llegar a casa, *Pietro*, ya lo cantaban aquéllos. El rastro parece estar cerca, pero igual no es cierto. Estás cerca de casa, *Pietro*, pero ¿quién sabe...? *Pietro* se pone a ladrar hasta que uno de sus dueños, un chaval joven, con los ojos enrojecidos del poco sueño y la mucha tralla, lo tranquiliza con la voz que reconoce y lo hace entrar en el bar. Al rato, *Pietro Luis Borges* vuelve a estar fuera, husmeando, buscando, caracoleándose alrededor de su cola corta, con ganas de volver a perderse para así poder ser encontrado.

Enfrente de mí, una nevera tose hielo para no echar a perder

sus helados. *Borges* se aventura hasta la calle de encima que, perpendicular, corta el pasaje en el que se encuentra el bar y por la que circulan napolitanos locos y ruidosos, en sus motos locas y ruidosas, y de ahí, de un encontronazo, seguro, la forma abollada del perro que ahora es más detenido que liberado por su dueño y llevado al interior del Seven Corners, mientras tú me hablas de Artemisia Gentileschi, de sus manos retorcidas por sus verdugos para que no volviera a pintar y, así, que no pudiera volver nunca más a casa.

Trenes, barcos y aviones

Trenes de alta velocidad y, al lado de tu ventana, túneles y campos corren a tu lado. Barcos en medio del azul, da igual lo precario o lujoso del invento que hayas podido pagar: el viento, el sol y la espuma en tu cara nunca tuvieron precio. Aviones que aterrizan y despegan sobre pistas de cemento que parecen talco. Siempre se van los mismos. Siempre se quedan en tierra los mismos. La curva de los hombros, el momento preciso en que debes volverte y dar la espalda al que se va o al que se queda. Trenes, barcos y aviones. La velocidad es lo que determina la buena vida. Te esperaré. Guardaré todo hasta que vuelvas. Madrid, Tánger y Roma.

Verano de despedidas, empieza en julio y acaba en agosto, desangrado en melancolías de autos de choque. Esa música estúpida como un buen amigo borracho, ese ruido del engranaje de trenes, barcos y aviones surcando mares y cielos, atravesando montañas. Marchar y no volver. Cortar las cuerdas que te sostienen y atrapan. Ir, no volver y llegar a otra ciudad, otra casa, otra manera de pedir café en el bar. Es el sueño de

escapar y ser otro. Buscar un nombre distinto y no perpetrar idénticos crímenes. No basta con cambiar de víctimas, tienes que aprender a caer sin hacerte daño.

Kavafis escribió que es imposible encontrar otra ciudad y otra vida porque la vida que aquí perdiste la has destruido en toda la Tierra. De ser así —Kavafis rara vez se equivoca—, hay un montón de gente descendiendo de trenes, barcos y aviones llegando a nuevos lugares para ser recibidos por los mismos que dejaron atrás. Igual esto es una buena vida mientras la velocidad te ayuda en la huida, mientras llegas o vas, mientras vives en la cabeza de quien te espera o te olvida, mientras trenes, barcos y aviones no arriben nunca a destino.

El rey del bar

No añoro a mis amigos. Los añoro dentro de un bar. Quien gane la guerra de los bares y las cenas ganará la batalla. Añoro a los desconocidos en un bar. Hoy hace noventa años que se instauró la Segunda República en nuestro país. Se la cargó un golpe de Estado militar y todos aquellos que estiraron de ella para hacerla más alta, más derechota, más roja y más imposible. Lo sensato es sentirse republicano, pero es genial saberse rey en un bar. No hablo de alcohol y desfase, bueno, sí, un poco de eso ha de haber. Uno acude a un bar para encontrarse con el Otro. Con el propio amigo que ya es distinto si está fuera o dentro del bar. Con el tipo ese del que no sabes el nombre que anda pidiéndote paso o te mancha con su cerveza. Con el que te cuenta una historia increíble, juega a billar o de la que te enamoras y le pides que no acuda a esa cena después de estar allí contigo. Vas a un bar para estar con

una de las mejores versiones de ti mismo, sin recortes ni estrategias.

Pero no todo el mundo puede ser rey del bar del mismo modo que no todos podemos ser Toni Cantó. Tipos que siempre tienen razón en la barra, pero de los que no se sabe por quién apostarán en la porra del clásico. Un rey del bar ha de quedarse a perder con los tuyos y contar, con gravedad, los muertos después de la batalla. Un rey sigue siendo rey en el exilio, pero a los charlatanes basta con pagarles una ronda en el bar de la esquina.

No añoro el sector de la hostelería. Añoro al asiduo. A la camarera. Al que llega de improviso al bar. Quien gane la mesa de la ventana ganará la posibilidad de no mirar afuera si no se quiere. Añoro a quien te espera en un bar, esa forma sofisticada de amor. Amor como el que dejó en el corazón de hielo de la reina de Inglaterra la muerte del duque de Edimburgo. Morirse a dos meses de cumplir cien años tiene algo de burla cruel. Como lo de pensar que conociste a Winston Churchill pero te va a enterrar Boris Johnson. No habrá funerales de Estado, pero en compensación abren los pubs. Es increíble lo acogedor que es un pub, más cerca de una iglesia que de una sala de espera con camarero chino al fondo. Esa luz mortecina, esas narices rojas, esas mesas y bancos de madera, ese viaje a los lavabos de túnel del terror, esa música, esa fauna que conoció a la joven Thatcher destruyendo a sindicatos mineros. Entre el sol y la oscuridad, un pub inglés es lo único que puede hacer dudar a un mediterráneo como yo que aún sueña con que abran la verja y Gibraltar nos conquiste de una maldita vez.

Tangerina F. C.

El sol declina en la playa de Tánger. Tonos pastel en el cielo protector como escenario de un lugar y una ciudad en la que, al menos hoy, los turistas parecemos un accidente benigno. Aquí hay de todo aquello que ya no nos queda: una mezcla salvaje de vida políticamente incorrecta. Una bendita e insalubre libertad ciudadana, de gente aquí y ahora, apoderándose de calles y plazas. Un aposentarse y vivir sucio, desordenado, incívico, caótico e imparable. Una libertad ni reglada o aprendida, tampoco liberada de ninguna mazmorra: espacios y maneras de vivir sobre los que Europa no ha tenido oportunidad de normalizar para que todos vivamos cien años sanos sin memoria ni pensiones. Unos chavales montan a caballo en la arena. Por pocos dirhams puedes darte un paseo. Venga, anímate.

Hay latas y cristales en la arena. Bolsas con basura. Gente sentada mirando el horizonte: Europa como un espejismo a catorce kilómetros. Y partidos de fútbol de tangerinos. Dos, tres, cuatro. En uno de ellos, de los cinco chavales uno lleva la camiseta de Ronaldo y otro del Bayern. Martín es un zurdo sevillano de casi cinco años que, sin pedir permiso, se ha puesto a jugar al fútbol en uno de esos partidos de críos marroquíes. Esa manera infantil de entenderse y aceptarse si hay un balón por medio. Su tía hace de algo parecido a árbitro y pita las faltas más clamorosas. Se llama Merchi y es tan simpática que el partido de fútbol se transforma en una sucesión de faltas fingidas con caídas al suelo para que Merchi señale la infracción. En el remozado paseo de la playa, está de moda lanzar un balón sobre un campo de fútbol dibujado a tiza contra cuatro botellas de agua rellenas de arena. No es nada fácil tirarlas. Por pocos dirhams puedes intentar fracasar. Una pelota aparece de la nada, rodando por un terraplén de césped. Al rato aparecen desde una terraza del edificio cuatro cabezas: un abuelo, una madre y dos niños. Guardamos el balón para

que lo vengan a buscar. El abuelo nos da las gracias en español.

En uno de los salones de tés preferidos por las parejas que hay sobre la plaza llamada de los Perezosos está encendido el televisor. Un reportaje sobre fútbol femenino. Las jugadas de una futbolista brutal. No la conozco. En su camiseta reza el nombre de Vero. Entre los clientes del salón de té, algunas mujeres con velo riguroso. No lo saben, pero Vero marca goles para ellas. También para ellas. En Tánger la gente también es Barça-Madrid. Los bares se llenan de hombres para ver esos clásicos. España 6 Argentina 1. Pero ¿jugaba Messi? Eso es todo lo que preocupa. El árbitro Merchi ha especializado el protocolo de la falta. Ha incluido una imitación de réflex y su partido deviene un simulacro de guerra bacteriológica. Bolsas de basura y un millar de gatos por toda la ciudad de Tánger. Balones, chándales, camisetas de clubs de Europa. Marruecos, dicen, tiene buen equipo para el Mundial.

¿A quién odiamos hoy?

Hay quien ha decidido que el odio es útil. Y en una sociedad sin pistolas, barato. Heridas infecciosas, casi incurables, pero no mortales. La loca de los gatos, el adolescente pirado, el extremista, el envidioso, el imbécil, el cobarde, el tonto de la bandera, el supremacista, el bocazas, la portavoz protagonista, el diputado bolinga, el asesor enchufado, el de buenas fuentes, el misógino y el de las mascarillas. Todos conectados a la red. Barato y cobarde esto de odiar en tiempos del 5G. Nadie será responsable de nuestro odio, pero todos pediremos indemnización por los daños causados.

El ritmo de nuestro odio es tan alto que es probable que nos

quedemos encerrados con él en un búnker de Berlín. Aunque, de momento, no hay de qué preocuparse. Esta sociedad ha demostrado tener, ya a la primera tos, los pulmones anegados de odio. Y así empezamos odiando a los viejos y hemos acabado odiando a los niños. Hemos odiado a los enfermos y a los enfermeros. A los que salen a la calle y a los de los balcones. A los que se ponen a aplaudir y a los que no lo hacen. Hemos odiado a los que hacen deporte, a los que tienen casas con jardín, a los que se iban a la segunda residencia y hemos odiado a los que sólo querían a éstos en verano, sanos y gastando dinero. Hemos odiado a los que compraban papel higiénico, a quien nos sube el precio de la comida, a la puta y al cliente. Hemos odiado a Madrid y a Olot. A Torra y a Sánchez, a Iglesias y a Casado. Hemos odiado a Abascal, a Ayuso, a Bolsonaro. Hemos odiado a España y a Catalunya, a Barcelona, a Ada Colau y a Gabriel Rufián. Hemos odiado a China, hemos odiado a cualquier chino, hemos odiado a todos los chinos. A Trump, a los murciélagos y a Holanda. Hemos odiado a los milaneses y hemos odiado a Oriol Mitjà. Hemos odiado a Fernando Simón y al Instagram Live. Hemos odiado los recortes en sanidad, a la sanidad privada, a la falta de protección y a quien te obliga a protegerte. Hemos odiado a Ryanair, a Amancio Ortega, a Venezuela, el 8-M y a Perpinyà. Hemos odiado La 1 y TV3, la prensa, las fake, a Alba Vergés, a Alejandro Sanz y al Dúo Dinámico. Hemos odiado el centralismo, hemos odiado las autonomías, hemos odiado no ser alemanes, hemos odiado que lo sean ellos. Hemos odiado que nos digan qué hemos de hacer y también que no nos digan qué hemos de hacer. A los millonarios y a los pobres, a los ERTE y a los ERE, a cómo contar los muertos, comer sin hambre, trabajar, no hacerlo. Hemos odiado a los mossos y a la Guardia Civil, a los autónomos y al escritor regalando su libro. Hemos enterrado con odio los muertos de los otros, hemos deseado

más muertos para odiar más. Hemos odiado que nos mientan, que nos digan la verdad. Hemos odiado a la nadadora quejándose por la falta de agua, al empresario de un hotel, a quien viajaba en avión. A todo menos a nuestro módem, ese que nos dice cada mañana que tenemos ante nosotros todo un día por delante y un mundo entero para poder odiar.

Ruido a la derecha

Ruidosa y maleducada, la portavoz copó cuotas de pantalla. Gritó, gesticuló e insultó; despreció a instituciones, personas, cargos y votantes. Un trabajo impecable que además le sirvió para arrancar su campaña andaluza. La eligieron para ser ruidosa y maleducada. Fue una intervención calculada, cínica y cruel. También directa y clarificadora. Escenificó aquello por lo que sus votantes le dieron su confianza. Unos gritando como ella y otros, fingiendo ser el instrumento de la rabia, el descontento, la desafección o el miedo ante el hoy y su futuro. Memeces de progres: votas a la extrema derecha porque eres de extrema derecha. Así de fácil, así de sencillo. Quien los vota sabe qué está votando y para qué. Se hace por odio, por inquina, por rencor, por revanchismo. Se podría pensar que hay quien vota a según qué porque no se puede matar a según quién.

La buena educación sirve de poco ante los maleducados; el sosiego, de nada ante la violencia, y el sentido de la proporción y la justicia se vuelven ridículos ante la chusma que huele a sangre. Se aúpa a los asesinos de reyes para que corten el cuello a un rey y a Hitler para que haga limpieza. Seamos melifluos y demócratas, de acuerdo, pero no idiotas mientras

vemos en televisión cómo la portavoz, ruidosa y maleducada enarbola banderas falsas —constitucionalismo, legalidad, decencia— que sólo son máscaras bajo las que se esconde el perro rabioso. Lo hemos visto tantas veces que uno piensa: ¿cómo los volvimos a dejar entrar? Es la democracia, estúpido. Hombres y mujeres los han elegido para que hagan y digan por ellos lo que dicen y hacen. Hombres y mujeres de extrema derecha votando a hombres y mujeres de extrema derecha. Así de fácil, así de atroz.

¿Qué hacemos con los feos?

En un breve e inteligente ensayo —*¿Soy yo normal?*—, Luisgé Martín aborda la cuestión de las filias y parafilias sexuales. Y en el planteamiento utópico de que todos viviéramos en plenitud nuestra sexualidad sin moralismo ni patologización, con las únicas reglas del placer y el comportamiento responsable, no se puede soslayar —indica el escritor— abordar la cuestión de la fealdad. Es decir: ¿qué hacemos con los feos? ¿Con aquellos que no despiertan el deseo de quienes ellos desean, el deseo de nadie? No busquen ayudas ministeriales, pensiones por suma fealdad ni becas en el extranjero, porque no las hay. Tampoco primeros auxilios, justicia universal o asistencia social. No hay nada para los feos, los cuerpos no normativos, los viejos, los aburridos, los mendigos, los nada.

En un mundo donde reina despóticamente la igualdad que paga bisturí, éxito o convocatoria de linchamiento, ¿qué se piensa hacer con nosotros, los feos...? Con la cabeza, las caderas y el corazón ebrios de noches de autotune, el feo —

usted, yo, ese amigo, su hermana— sale cada día y cada noche esperando desear y que lo deseen. En el trabajo, parado en un semáforo, en cafés y bares. Un deseo gratis y recíproco. Nada de pagarnos mentiras y cobrarse con compasión. Deseo y sexo rebosante de salud y autoestima. Y en este mundo, donde cualquiera tiene derecho a todo y más, si es usted feo —usted, yo, etc.—, olvídese de ser deseado por empatía, convenio o amenaza de sanción. El deseo es el mejor amigo del guapo, así que hay a quien nunca le dirán que vuelva a la cama, ni lo mirarán de esa manera que dicen que te miran cuando te desean. Al final hasta puedes no ser feo y que tampoco te deseen. El deseo es indómito, el peor amigo de la amistad y la bondad. Si eres feo más vale que aceptes mentir y ser mentido. Cosas feas de feos.

INSTRUCCIONES PARA CASI CUALQUIER COSA

Aun a riesgo de convertir este libro en algo útil, en este bloque me he permitido dar instrucciones para incendiar containers o poder salirse de un grupo de WhatsApp. Nada que usted ya no supiera con antelación. Los títulos de algunos de estos artículos son cortazarianos y a mucha honra. De todos modos, no traten de hacerlo en casa.

Regálese un manifiesto

Entre los objetos inútiles del siglo XX, el manifiesto —como las terapias de pareja o el pago por adelantado a un gimnasio— tiene salud de hierro. No es justo afirmar su inutilidad, ya que es útil —mucho— para quien lo ejercita y firma.

El instigador y/o firmante se siente como Dios al proclamar su propuesta, su llamada de atención, su verdad incontestable escupida al sistema opresor. Después de dicho acto masturbatorio, se da uno la vuelta en la cama y a seguir durmiendo, que es domingo y no se trabaja.

Se ha dado a conocer el enésimo manifiesto por la paz en Ucrania alentado, en esta ocasión, por Unidas Podemos. Su lectura recuerda mucho a esas sentencias chuscas de varón provocado por minifalda. Al parecer, Ucrania está siendo invadida y bombardeada por los rusos por no ser neutral, y los países de Occidente y gente con pasta han de velar por su reconstrucción. Los rusos son tratados como seres que llegan de Rusilandia comandados por Rusilov, ya que Putin no aparece en el manifiesto, no sea que se enfade y le dé por bombardear la universidad donde da clases uno de los firmantes, un clásico del género, Noam Chomsky, o los llame gay y nazi o reste épica romántica a aquellas revoluciones de filmoteca.

Como declaración pública de principios e intenciones, el manifiesto es casi género literario, de fantasía y vanidad. No cambia nada, pero el firmante grita: «¡Casa y salvo por toda la gente que mola!» No cabe confundirlo con la bravata, el prefacio, proclama o la petición. Puede bascular entre la

ruptura y la refundación, aunque también entre el hastío y el aburrimiento de una sociedad cínica. Hay manifiestos de derechas y de izquierdas, de denuncia y afirmación. Políticos y artísticos. Tristes como ir al gimnasio con tu pareja a modo de terapia. Huecos por lo general.

Instrucciones para la quema de un container

Si usted desea quemar un container, puede dejarse llevar o bien por la rabia o bien por el placer. Aunque sepa que en la quema de container la edad importa y mucho. Un adulto encontrará en la propia revolución que elija otras prestaciones destructivas adecuadas a su edad y clase social. Si persiste en prender un container, entienda que son quemas distintas la rabiosa y la hedonista. Vaya entonces con precaución. El container calcinado por un adulto desprende un fulgor que puede hacerlo parecer pobre, desesperado y, en ocasiones, hasta comunista. Es importante saber eso antes de hacer girar por primera vez la rueda de su mechero. Por el objeto en sí, el container, no sufra. Hay analistas que defienden que un container no es un recipiente para que dejemos la basura, sino un objeto fabricado para ser quemado y que, sólo en casos de tiempos sin conflictividad nacional, se puede utilizar, eso sí, para dejar bolsas de basura orgánica y pañales. Además, si el container quemado está en Barcelona es Colau y blablablá. El container, pues, para la juventud, y si ésta es de clase social media-alta no colona, mucho mejor. Un MENA quemando un container nos repugnaría, por ejemplo, y un brigada blanquiazul no nos llegaría al mediodía.

El jovenzuelo deberá llevar mechero, ropa cómoda, deportivas, pañuelo o pasamontañas, mochila, móvil siempre cargado y amigos, claro. Esto de los amigos no es baladí. Quemar un container solo es tan deprimente como la cocaína sin compañía. La quema del container ha de ser un hecho social o si no ya es asunto de atención psiquiátrica. El container (o varios: tres son la última tendencia) ha de colocarse en medio de la vía pública. Si es menester, pida ayuda a los cámaras de betevé o al típico tío con barba y casco de moto en el codo que está grabando con su móvil. El container ha de ser derribado y su tapa abierta para que pueda quemarse con espacio y sin premura, y la cámara pueda coger planos cenitales. Si estos días algún vecino poco épico aparece con un extintor, hagan lo que consideren oportuno. ¡Ustedes son jóvenes: no tienen protocolo!

Hay, eso sí, aspectos a mejorar. La mayor parte de los incendiarios hasta ahora son hombres. Que antaño las piras para las brujas las prendieran hombres no es óbice para no gozar de un empoderamiento feminista del container en llamas. Trabajemos en ello, por favor, y también en la descentralización. No me negarán que tres containers quemándose en la playa de Sa Tuna tienen su foto en *The New York Times*. ¿Sant Joan Despí? ¿Camarles? ¿Olot...? Piense que a Barcelona la podemos quemar siempre que queramos. Por último, una causa. En esta sociedad hipócrita destruir por diversión está mal visto. Por eso es importante que si usted quema un container tenga una causa con consigna o canción (basta con el estribillo, tampoco nos cante *Hurricane* entero). Si no tiene causa a mano, le presto ésta: si después de siete años de no violencia no hemos conseguido nada, ¿qué tal si probamos con danzar al calor violento de un container en llamas? Suerte y fuego.

Instrucciones para salirse de un grupo de WhatsApp

Cuando se despertó el grupo de WhatsApp todavía estaba ahí. No recuerda en qué momento lo añadieron a ese grupo. Algunos de los miembros del grupo de WhatsApp tienen nombre y apellidos en su móvil. Pocos. Dentro de esa minoría hay un par a los que quizá pudiera ponerles caras, pero la mayoría son sólo nueve cifras para él. Eso ya asusta un poco. Hubo un tiempo en el que su mayor deseo fue ser feliz. Hoy se conformaría con poder salirse de un grupo de WhatsApp. Concretamente de ese grupo de WhatsApp.

El grupo de WhatsApp que al despertar sigue todavía ahí es un ente enérgico, dinámico e incansable. Siempre hay alguno de sus miembros a quien se le ocurre algo, reivindica cualquier cosa, rescata del olvido algún recuerdo que, al parecer, es común. Siempre que planea su salida se dice que no consta que nadie se haya marchado con anterioridad de allí. Reconoce estar paralizado decidiendo el mejor momento, que no sería otro que aquel en el que los demás no se dieran cuenta de la fuga. Ha llegado al extremo de ponerse el despertador de madrugada para perpetrar la huida mientras los demás duermen. Todos menos una tal Prats que es insomne o un robot o ambas cosas a la vez. Pero si se va de madrugada, cuando a eso de las siete se empiezan a dar los buenos días se percatarán de que se ha fugado. Aparecerá la delación en cursiva: *Carlos salió del grupo*. No tendría que importarle, pero le importa. Quizá se ofendan. Y lo empiecen a insultar. O el administrador lo vuelva a agregar para que puedan lincharlo entre todos en plan banda callejera. Teme a la tal Prats —siempre ella, alma de carcelera perversa— y a un tal 620***52*, que se sulfura a

la mínima y lanza los emoticonos con precisión y maldad.

En ocasiones se dice que no sale del grupo de WhatsApp para no herir sentimientos. O por temor a que se lleven una impresión equivocada de él. Que crean que se ha vuelto arrogante ahora que escribe en *La Vanguardia*. Estuvo a punto de hacerlo en Navidad, pero le pareció que no eran fechas. Y en mayo, pero uno del grupo tuvo un accidente de moto y todos lo animaban y no quería que pareciera que él se desentendía de su recuperación. El otro día estuvo casi a punto, pero alguien colocó una foto mofándose de Albert Rivera y su huida podía interpretarse como que votaba en naranja. También días después cuando 68*962*** habló de las urnas para votar. No querría que creyeran que él no era demócrata. O que lo era. Ya no lo recuerda.

Silenciado, el grupo ilumina a espasmos eléctricos la pantalla del Android. Cuelgan chistes que no hacen gracia, vídeos de caídas y comparten recuerdos, opiniones, canciones, dietas y menús. Se piropean y se adulan. Todos se animan. Parecen quererse de verdad. Ha de reconocer que a veces cree ser un desagradecido. Intervenir. Anoche alguien recordó el inminente concierto de los Stones y lanzó cinco corazones cada uno de un color y hoy, al despertar, el grupo de WhatsApp todavía está ahí, pero a él lo han bloqueado. Sin ningún motivo. Debería sentirse bien, pero no lo está.

Es la Navidad, estúpido

El mito de la Navidad es poderoso porque pivota sobre una mujer y su cachorro. Cada nuevo nacimiento lo recuerda constantemente. El hombre no aparece. No molesta, custodia,

da calor si acaso. Es un hombre viejo, ni tan siquiera es padre del niño. El linaje de los judíos es por vía materna. María recibe la visita de un dios sin el placer pagano. Sólo es la elegida. Que alguien te encuentre y te elija. Y que ese alguien quiera darte y darse un hijo. Ese poder.

El emperador pagano Aureliano declaró el 25 de diciembre como la festividad romana de las Saturnales. La gente lo celebraba bebiendo y comiendo, colocando en su cabeza excéntricos sombreros, intercambiando regalos. Decoraban las casas con velas y hojas de árbol perenne. Después de esas fiestas llegaban las calendas, el calendario echaba a andar. En Germania, Odín vagaba y se mostraba voraz. ¿Qué mejor manera de apaciguarlo que con regalos? En algún momento alguien eligió por ti que dejaras creer en la Navidad para acabar creyendo en el Black Friday.

La tristeza, el cinismo y el tedio cotizan. Es nuestra forma de hacernos los interesantes, de demostrar que sabemos de qué va esto. Mantener la ociosidad romántica, sus curas de desintoxicación, sus modelos anoréxicas, gente rica con problemas de ricos. Todo eso es fácil de poner en imágenes. Nos gustan los vampiros y los aristócratas, tanto como sus estacas de madera y sus guillotinas. Chesterton decía que la alegría es una crisis. Uno al reír, al cantar mal un villancico, al jugar transforma sus gestos, se afea, se olvida de Instagram. ¿Cómo literaturizas la dicha, la felicidad, la Navidad sin ser acusado de cursi o estúpido?

Nicolás era un obispo de Esmirna, nacido tres siglos después de la muerte de Cristo. Tenía mucho dinero y lo daba a los pobres. En una ocasión la bolsa estaba tan llena de oro que, al no entrar por la puerta, probó a hacerlo por la chimenea. Scrooge en las primeras páginas se pregunta: «¿Es que no hay hospicios?» Lo visitarán quién fue, quién será y lo que podría haber sido. Shane MacGowan y Kirsty MacColl canturreaban

sobre sus sueños perdidos para acabar diciendo que no podían hacer todo esto —vivir, luchar— solos. Nadie sobra aunque esté solo. No vale la pena lanzarse al río helado como si el mundo fuera mejor sin uno. Que le den al mundo. Feliz Navidad, estúpido.

Primeras veces

Esta quemadura nuclear de las primeras veces. La primera vez que te enamoras así, que sientes esto, que te hallas en esta situación. La primera vez de esta alegría. La primera vez que te despiden, que te humillan, que has de verte así como ahora te ves. La primera vez que pides dinero, por ejemplo, la vez primera en que te asesinan y sigues vivo. Del mismo modo que sólo se recuerda lo olvidado, la nueva primera vez arrasa con todas las anteriores veces. No es del todo verdad, pero tampoco es para nada mentira. El último cuerpo arrasa los anteriores, tritura todos los otros huesos de los otros cuerpos hasta convertirlos en partículas, polvo, diamantes, luciérnagas. Los últimos besos son los primeros del millón de besos que vendrán después. Nunca odiaste a nadie así. Nunca añoraste tanto. Nunca deseaste tanto a esa hija, nunca olvidaremos esta primera vez. Nunca nos abrazaron así. No recordamos a nadie más que a esta primera vez.

Mirar atrás es convertirse en sal. Sólo hacia delante están las próximas primeras veces. Peores, iguales, mejores. Las primeras de las primeras. Lo que pasó no está y el presente se nos va, se nos fue, ya no está. Sólo nos quedan las mil primeras veces que aún no hemos estrenado. El primer trauma, el primer temor, el primer no me atrevo. La primera vez que deseaste que se

muriera alguien. La primera vez que sucedió. Ese abismo. La primera vez que dijiste que eso tú no lo harías y lo hiciste. La primera vez que traicionaste a un amigo, a tu pareja, al niño que fuiste. Y entonces buscar otra nueva primera vez en la que limpiar las manos, empezar de nuevo. Como si fuera la primera vez. La primera vez que fuiste generoso. Que fuiste feliz y asustado. Esa primera vez hecha de todas las anteriores primeras veces que quedan borradas por el ahora, esto, aquí. Sólo si olvidas, podrás recordar. Como si fuera la primera vez.

Olvidémonos, por favor

Antaño sucedían cosas en un momento y nunca más regresaban. Llegabas tarde a tu cita ante el televisor y te perdías el concierto o videoclip, el capítulo, el reportaje o lo que fuera. Irremediablemente. En el dial de la radio sucedía lo mismo. Eso hacía que las cosas tuvieran el valor del instante que elegías entre otros. Dejabas de hacer —ver, escuchar, esperar o estar— muchas cosas en detrimento de una, la que habías elegido. Las películas y los discos salían cuando estaban hechos, las actuaciones eran seleccionadas como libros que leer y las personas, algunas al menos, aparecían en tu vida y desaparecían para siempre. No había maneras de rastrearlas ni de convocar cenas o fiestas de sorpresa por los cuarenta, cincuenta, cien años de nadie. Hubo un tiempo, en definitiva, en que era posible olvidar. Y si olvidabas, dejabas atrás y quizá podías ir hacia algún lado. Avanzar no como repetir ni rememorar ni tratar de recrear, sino marchar hacia lo desconocido, incluso en la ignorancia de uno. Cualquier iniciativa artística actual, por ejemplo, parece que ha de

evocarnos algo placentero y conocido aun a veces sin haber sido vivido en primera persona. ¿Es posible avanzar con todo el Pasado de la Humanidad en el Presente? ¿Vale realmente la pena? El avance tecnológico nos permite acumular toda la información, la necesaria y la basura —la superficial, la baladí y la tóxica—. Nuestra propia vida parece un carrusel del carnaval de Río de Janeiro con tanta eternidad presente: familiares, amigos, ex, pre y post parejas, compañeros, recordatorios y fechas de eventos. Todos con su escenario, su carpeta correspondiente, sus mil instantáneas digitales y su imperiosa necesidad de estar activos, esenciales y dispuestos a contestar el WhatsApp de inmediato. Todo a la vez, todo unos segundos y todo da lo mismo.

Al retener el pasado, todo el pasado, cualquier pasado, atiborramos y empachamos el presente hasta que éste nos ocupa el futuro. Escuchando a muertos, viendo o leyendo a muertos, clonando mundos muertos y dándoles rango de actualidad sólo hacemos que navegar en círculo. Ya no podemos superar la adicción con la que la maquinaría te ha cercenado la capacidad de seleccionar algo y oscurecer el resto. Hay tantas cosas por curiosear, hay tantas personas a las que conocer, con las que tener sexo, enamorarse, insultar u odiar o irse de viaje a Islandia que nuestra capacidad de prestar atención es mínima, ya que el objeto —la persona, la relación, el hecho— sobre el que ésta recae no tiene ningún valor al no ser perecedero. Mañana seguirá estando. Siempre seguirá estando. Nosotros mismos no somos ya sino un jersey en la mesa de saldos que retienes en la mano unos segundos cuando ni tan siquiera quieres o necesitas un jersey. Nadie nos olvida y nosotros no olvidamos y sólo podemos tener valor si se nos olvida y luego recuerda. Sólo merecen la pena las cosas y las personas irrepetibles.

Los espejos mienten

Hubo un tiempo en que los espejos eran aparatos sin remedio, condenados a decir siempre la verdad. Los ojos de Medusa te convertían en piedra y el espejo de una madrastra te condenaba a muerte si eras más bella que ella. Pasar por delante de un espejo exigía valor en tus ganas de verdad. Podías dejarte la juventud, la autoestima o el alma. Lo que veías en ese espejo eras tú, y si no te gustabas, sólo te cabía desaparecer. Y así, cuando volvías a casa, de madrugada, con el resto de tu tribu durmiendo, te mirabas en el espejo y aquellos ojos eran disparos. Veías quién eras y apartabas la vista de inmediato, antes de caer ajusticiado por las leyes de la noche. Un espejo era un amigo de fiar. De los que, llegado el caso, te decían lo que no querías oír.

Hay quien sostenía que los espejos robaban el alma y que la mejor manera de descubrir a un vampiro era enfrentarlo a un espejo. Los fantasmas se reflejan, no así los vampiros. El motivo es que los unos tienen alma y los otros, no. En un espejo puedes perfectamente ver la cara de tu padre y las huellas que han dejado décadas de risas o preocupaciones. Esa vieja gama de espejos anda siendo arrinconada ante el iPhone, tu avatar, lo que dicen de ti en las redes, tus pies, tus escotes, tu perfil barbilampiño. Ante esos espejos en los que siempre te ves guapo, más guapo, joven, eternamente joven, feliz, mucho más feliz, viviendo una existencia alrededor de tu ombligo más intensa y divertida y ociosa que la del resto de los atrapados en el mismo espejo. Los viejos espejos son, ahora sí, por fin, una malvada madrastra. Los nuevos espejos son, por el contrario, sueños de los que no hay forma de regresar. Espejos en cuyo interior Alicia Liddell anda con la cabeza cortada sostenida por

una baraja de *likes* rojos y otra de corazones negros.

Amor de verano

Para poder ir al encuentro del amor de verano debías desalojar, previamente, al amor de invierno. Junio era el mes de las dudas sobrevenidas, de darse un tiempo, de la falsa reflexión. Julio, el mes de la traición y la ignominia, y agosto el de la consumación, la espera o el frenesí. La de novias que se dejaban partir a finales de julio a bordo de motos, tractores, coches y aviones. Todas ellas con su correspondiente ejemplar de Murakami. La de novias que lo dejaban a uno en fechas parecidas al pie de coches, calesas, trenes y helicópteros con el correspondiente disco de Los Planetas sonando en el coche.

Antes de la mutación digital el amor se transmitía por teléfono, postal, carta o amigo correo que solía devenir en espía doble y Polonio muerto a mitad de verano. Uno hacía colas en cabinas telefónicas con monedas sudadas en las manos, recibía cartas semanales manuscritas de treinta folios en las que se te explicaba el día a día de una aldea gallega. También llegaban silencios sospechosos, mensajes escritos en códigos cifrados desde apartamentos en la costa que uno trataba de descifrar para saber si todo iba bien o algo empezaba a ir mal. Había un territorio enorme en la imaginación entre lo que pasaba y lo que uno creía que podía estar pasando. Secretos, añoranzas y mentiras a ritmo de marea lunar. Una postal con un mensaje de amor te podía salvar el mes. Una llamada de ruptura con las monedas agotándose tenía hechuras del mejor Hitchcock.

También en verano las novias de los amigos, de repente, eran

más interesantes y andaban algo confusas con respecto a sus relaciones y todas las canciones molonas sonaban a vuestro paso y tú te debatías entre el deseo y la lealtad, y el deseo llevaba puesta la camiseta del Bayern de Múnich y la lealtad la dirigía Quique Setién. Pero el novio, tu amigo, ese extraño entrometido, reaparecía en el último momento y disparabas a Liberty Valance antes de retirarte con discreción quitando el precinto al disco de Los Planetas que aún lucía etiqueta de oferta en FNAC.

Es agosto, y no abril, el mes cruel. En agosto te abandonaban y andabas como un zombi con otro desangelado amigo con el mismo vaso de plástico Estrella Damm por las fiestas populares de tu ciudad. Perfectamente podías empezar en las de Guinardó y acabar en las de Sants. En agosto también esperabas que ella se lo hubiera repensado o que dejara a su novio o que te pasara algo mientras no te pasaba nada. Agosto era caprichoso, además de cruel. Y si tocaba enamorarte, esperaba a la última semana para propiciarlo. De chaval, en el camping te aburrías tres semanas y a la cuarta la chica francesa te hacía caso. Dos noches de olor a After Sun, ruido de radio de bicicletas, una tormenta vietnamita, besos con sabor a chicle y a niña rara y un día antes de lo previsto su padre adelantaba la partida. Y tú te quedabas con un bonito amor francés incrustado en el pecho mientras veías partir su autocaravana y metías tu estúpida cabeza dentro del motor de un autobús.

Dales fuerte, vinilo

Hay ideas que, de tan arraigadas, parecen, sin estarlo, fuera de debate. Una de ellas es que el progreso siempre es positivo.

Otra es que lo que sobrevive es lo adecuado. En realidad no sé si sin Darwin, sin Rousseau y, especialmente, sin el coronel Parker este mundo sería mejor, pero al menos hubiéramos visto a Elvis actuar en Europa. En un libro fascinante y travieso, *Sapiens. De animales a dioses*, Noah Harari, entre otras cosas, sostiene que la revolución agrícola fue un inmenso error a medio y largo plazo porque sólo significó menos comida para más gente, una alimentación deficiente, dependencia del trigo y una estructuración social peor que la que teníamos cuando nos dedicábamos a perseguir mamuts y comer bayas del bosque. Lo que se impone no siempre es lo mejor. A veces los cambios son errores. A veces esos errores los imponen motivos mezquinos y gente idiotizada por la novedad y la tecnología. Pongamos que hablo del vinilo.

Hay gente a la que le gusta la música, y a otra, cambiarse de móvil. Hay gente a quien le gusta pagar drogas a mafias rusas, pero no pagar a un cantante por una canción. La Industria del Disco, con el cedé, decidió volver a vendernos la discografía que ya teníamos. Un Plan Perfecto si no fuera porque el nuevo formato permitía la clonación barata y rápida. Y todo, casi en un acto de justicia poética, fue arrasado y conquistado. ¿Todo? No, todo no. Sobrevivió una tribu de *freaks* que siguió comprando y vendiendo música en vinilos con formatos grandes y todas esas cosas que hacen que uno quiera conservar y coleccionar. El vinilo, como Brando en cualquier pelea donde le arreaban, se ha levantado y no volverá a caer. Y eso que no lo esperaban ni los suyos.

Aprovechando la Semana del Record Store Day la editorial musical más molona de Barcino, 66 rpm, publica la guía *Ruta de tiendas de discos independientes*, donde se les pone voz a los dueños y dependientes de las tiendas de discos a modo de cuestionario, curiosidades e información de esos tipos pálidos con pinta de acabar de despertarse a medio día con una nota de

despedida en la pared. No crean que esto es una cuestión nostálgica. Uno no añora el vídeo viendo un devedé. Y con el vinilo se trató de aniquilar también una forma de arte musical. Toni Visconti, productor de Bowie, decía: «Las limitaciones físicas del vinilo obligaban al artista a pensar en dos temas de obertura y dos de cierre. El primer corte de la cara A establece el tema general y la primera cara acostumbra a terminar en una canción más suave, pues los temas más ruidosos distorsionan al final de los surcos. Luego viene una pausa, mientras se da la vuelta al disco, donde reflexionar sobre lo que has escuchado. La cara B se abre con potencia, pero en la naturaleza de esa cara parece haber más arte, mientras que las canciones más comerciales estaban en la primera. La segunda cara vuelve a concluir con una canción más contemplativa; quizá un resumen de las intenciones del artista o una versión más reflexiva de los temas expuestos».

Empecemos a hacerlo mal

Antes de que sea demasiado tarde deberíamos empezar a hacerlo mal. Desde la izquierda, me refiero. Mal no en el sentido de hacerlo fallido, que eso ya nos sale solo. Sino empezar a vivir erróneamente, disfrutar hasta acabar mal. Lo peor que podamos, al menos. Deberíamos empezar a decir cosas incorrectas y cosas sin pensarlas mucho. Volver a bailar en las bodas cuando todo —edad, alcohol, miradas de tus hijos — indica que no deberíamos estar dando esos giros de cadera. Decir estupideces, salirnos del lienzo, desmesurar las proporciones. Deberíamos empezar a educar mal a los niños, que los abuelos pudieran reñirlos, que los fines de semana se

aburrieran mortalmente en casa. Deberíamos suspender asignaturas y no tratar de encontrar la solución a lo irresoluble. Maniatar el sentido del ridículo y enviarlo al sótano. Ofender a todos y pedir disculpas a algunos. Ejercer la comprensión lectora sin manual de instrucciones. No explicar la ironía. Tampoco la paradoja. Empatizar como Travis en *Taxi Driver*.

Obviando la situación de dictaduras —atención, actívense la comprensión lectora y la ironía—, la policía debería ser siempre de derechas, y la resistencia, de izquierdas. Y aclarar qué luchas se libran en la calle y cuáles desde el sofá. Pertenecer a una comunidad cuáquera y construir una iglesia de madera y luego comer pastel de manzana recién hecho. No pertenecer a una comunidad de presuntuosos profesores de izquierda, capataces de gulag e institutrices de reformatorio. Sí, deberíamos empezar a hacerlo horriblemente mal. A gritarnos en las comidas, dar portazos, llevar relojes atrasados en las muñecas. A largarnos de casa, apagar el teléfono, dejar las sábanas con arena. Perder el tiempo, aburrirse, equivocarse con los amores, con los enemigos y no contar cachorros en tu camada. No pensar en los delfines ni en el oso pardo. Hablar con desconocidos y pagar en efectivo. Probar cosas, equivocarte, desperdiciar tu vida, evitar bajo ningún concepto hacerla útil. Sí, deberíamos empezar ya con todo eso. Mezclarte sin ser cosmopolita, malgastar lo poco que tienes, dejar libros, no devolver los que te prestan. Aborrecer a los cantautores de voz flojita, morirte cuando te toque, no ir al médico. No recurrir las multas ni dejar pagado el entierro. Deberíamos empezar a descuidarnos un poco. A no estar tan pendientes de ser perfectos. La izquierda sólo es atractiva cuando es divertida, incorrecta y llena de contradicciones. Deberíamos empezar a hacerlo tan mal como podamos antes de que los otros lo hagan demasiado bien.

GENTE EXTRAORDINARIA

Me suelen parecer fuera de lo común algunos seres probablemente más por cómo han conseguido las cosas que por lo que han conseguido, que no suele ser excepcional. Hay un sonido que reverbera en mucho de lo que veo e interpreto —acertada o erróneamente—: aquel que nace fuera de foco, en un lugar pobre, lejano, absurdo y que, desde la periferia, cambia las reglas del juego. Ni Jesucristo ni la Velvet significaron nada en su momento porque andaban desenfocados. Liverpool, Tupelo, Belén, Villa Fiorito o Duluth no eran precisamente el centro del mundo, pero se abrió allí ese centro del mundo. Es siempre la misma historia, la más grande de la Historia. ¿Hago trampas...? Claro, pero me encanta.

Pájaro dodo en jornada de reflexión

El pájaro dodo existió. No así sir Lancelot, el rey David o Félix Millet, todos éstos seres mitológicos, por supuesto. Vivía el pájaro dodo en la isla de Mauricio, océano Índico para los despistados. Emparentado con las palomas, el pájaro dodo ya no volaba, sino que iba dando saltitos aquí y allá, pensando en sus cosas de pájaro dodo. Cuando llegó el hombre a sus islas, el pájaro dodo, tan curioso como confiado, fue a recibirlo. Como nunca había visto a un hombre no supo cómo protegerse de él y en cien años la genética no tuvo tiempo para aprender y enseñar a cuidarse de nosotros.

Y es que en ese siglo, entre el XVI y el XVII, uno cazaba a un dodo casi sin querer. Ningún hombre pensó en los dodos hasta que éstos se extinguieron, cosa que sucedió en poco más de un siglo. Eran buenos tipos los dodos, nadie lo duda, del modelo más bien tontorrón. Todos hemos coincidido con un pájaro dodo en nuestra vida —escuela, trabajo, familia— y hemos ejercitado en ellos nuestra crueldad. Sin mucho reproche al final, seamos sinceros. Se reproduce al dodo como un ave gorda y torpe, pero es posible que gordos sólo lo fueran en cautividad, donde los pájaros dodos se tragaban todo lo que les daban. Su peso, las alas pequeñas y un esternón insuficiente los incapacitaban para volar y escapar. Medían un metro de altura y podían llegar a pesar casi veinte kilos. El pájaro dodo, confiado él, no era consciente de que se extinguía. Y eso que más de cien años dan para sospechar y desconfiar. Cien años o un día de reflexión, si se aprovecha bien.

En uno de sus libros J. K. Rowling declara al dodo un animal fantástico y le otorga la habilidad de desaparecer en una explosión plumífera y reaparecer en cualquier otro punto, un poco como Aznar y Mickey Rourke. Es decir, seres que creíamos extinguidos, pero que sólo era que no los veíamos. De ser eso cierto, el pájaro dodo no estaría extinguido, sino escondido y teletransportándose a discreción como el Rondador Nocturno.

El pájaro también da título a una canción de David Bowie —que también existió, pero no Harry Potter—. Y Lewis Carroll, en *Alicia en el País de las Maravillas*, nos muestra a un pájaro dodo organizando una carrera circular en la que, al final de la misma, decide que todos los corredores han ganado y que todos deben recibir un premio. ¿Les suena? ¿No? Esperen que abran las urnas y verán.

Hay voces que señalan que el pájaro dodo pudiera ser torpe, pero no del todo estúpido («dodo» viene de un vocablo portugués que significa precisamente eso). Se los avista en bastantes actos electorales agitando banderines y riendo las gracias a los tipos que los convocan con el objeto de darles caza. El pájaro dodo acude a las llamadas de esos hombres a pesar de que saben que son los mismos que recortaron sus prestaciones, les robaron desde bancos y comités de empresa, les alargaron en diez las horas en pasillos de hospital, les prometieron independencia, trabajo, justicia o dignidad. Da igual. Ya hemos dicho que los pájaros dodos se lo tragan todo. Se acercan temerosos, eso sí, pero enseguida agitan sus banderas y entonan insultos o himnos. Les aceptan los pájaros dodos argumentos y excusas a sus cazadores, aceptan todas las trolas. Son pájaros dodos: no saben volar, tienen supermercados llenos de comida y teles de plasma a plazos, móviles carísimos y un esternón insuficiente pero con paga de funcionario o jubilado muchos de ellos. Con todo, los pájaros

dodos, algunos al menos, han desarrollado un instinto de protección que los ha llevado, si no a rebelarse, sí a mostrarse ociosos, indiferentes o diletantes. A esta subespecie se la trata de convencer en épocas electorales con debates, apelaciones tanto al miedo como a la responsabilidad, eslóganes, fotos en marcos, insultos, acusaciones, papiros en canutillos y manifiestos de miembros de la cultura, un pájaro dodo de otra especie.

A una bestia así, indecisa, no se la ama ni se la quiere, se la busca. Por lo general los dodos viven camuflados. Nunca dicen que votan, y si lo dicen, mienten. Han adaptado de los ciudadanos el uso de la democracia de decir una cosa y, a veces, votar la misma cosa pero esperando que salga la otra. De poder ser, los irían a buscar allá donde estuvieran y los subirían a un coche largo, limpio y veloz para llevarlos hasta las urnas a depositar su voto e, ipso facto, abandonarlos a su suerte. De hecho, eso mismo se ha hecho cientos de veces, especialmente en zonas rurales.

En algunos países, una vez que termina la campaña, se dejan veinticuatro horas con los políticos callados para que todos, pájaros dodos, gentes de la cultura y entes humanos en general, puedan reflexionar. Es una reliquia del pasado sin apenas uso, como las alas atrofiadas del dodo, porque lo cierto es que ya nadie reflexiona. Todo va tan deprisa que nada importa mucho y todo lo malo parece que vaya a pasarles sólo a los demás. Pero si nadie reflexiona nada, un dodo lo hará menos. ¿De qué ha de reflexionar un pájaro de un metro de altura y casi veinte kilos de peso? Un pájaro dodo puede decidir votar dependiendo de si llueve o hace sol, por ejemplo, y, al mismo tiempo, del resultado de la elección, al día siguiente, se manifestará en la calle gritando como loco «¡No pasarán!». Y es que otro rasgo de los pájaros dodos es su previsibilidad absurda.

Tupelo, Belén, Villa Fiorito

La muerte de Diego Armando Maradona se ha convertido en una supernova que ha iluminado y resuelto acertijos y apuestas. El misterio persiste, pero ha quedado claro que Maradona nunca tuvo rival. Como a Elvis, nunca se podrá juzgar su entretenimiento sin tener en cuenta todo lo demás. Ambos nacieron en Belén, llámese Tupelo o Villa Fiorito. De padres mudos al fondo de la foto, sin apenas líneas de diálogo, san José apocados, sin ganas de molestar. De madres obesas y posesivas, amorosas y desesperadas. Ellos, los elegidos, nunca dejan de ser niños grandes, huérfanos perdidos, sin consuelo ni dirección cuando la madre se fue. Todas sus novias, esposas y amantes acaban siendo madres y son engañadas como sólo se puede engañar a una madre: sabiendo que consiente.

Babilonia, Jerusalén los confunde, pero las luces de ciudad los atraen sin remedio. Chicos de pueblo, nobles e ingenuos, en la Metrópoli. Babilonia los destrozará al divertirlos, al hacerlos eternos bajo los focos. Dejarán de ser mortales y serán Aquiles, pero es que ése es su destino, y Jesús ha de morir para ser Cristo. Sus muertes —violentas, apresuradas, tan esperadas como sorprendentes— nos indican que ellos siempre serán más tema de discusión que de conversación. Maradona —ahora lo vemos con toda claridad— estaba lleno de intangibles. Fue un saco de golpes, un tentetieso, todas las emisoras de la radio. Nada parecía hacerle daño, ninguno de nosotros podía herirlo. La mafia de Memphis protegía a Elvis, al que todos creían inmortal. En sus últimos conciertos, un tonel fingiendo tocar el piano con dedos elefantiásicos, entona *Unchained Melody* como un grito de auxilio. El hombre más solo del mundo. Maradona saliendo a la cancha de Boca como entrenador de otro equipo,

casi sin poder andar. El hombre más solo en el mundo. Y Cristo en la cruz mirando al cielo y preguntándose por qué lo habían abandonado. Solo, allá arriba, en la Gólgota. El mito es una trampa perfecta: lo leemos fuera y lo leemos dentro de nosotros. No hubo otro Jesús, no hubo otro Elvis como tampoco habrá otro Maradona. Pero seguro que ya ha nacido en un barrio pobre de un hombre callado y una mujer agarrada a ese hijo como a su única esperanza alguien que tendrá un talento para regalar. Alguien que llegará a Las Vegas, a Jerusalén, a Nápoles o Barcelona, subirá a lo más alto, infundirá fe a los esclavos y luego lo mataremos. Y nosotros y los que vendrán, seguiremos preguntándonos por qué ellos, por qué así, por qué nos sigue imantando esa historia.

Yo me acosté con Carmen Mola

Su mayor atractivo era ser Carmen Mola, y ella lo sabía. La conocí en una presentación. Estaba sola, atareada con el móvil. Me senté al final de la sala, a su lado, por pura casualidad. No paraba de escribir en su Huawei. «Es por la canguro de mis hijos», se disculpó sin pedírselo. «Son tres y vivo en Madrid». Me pareció una presentación torpe, poco sutil, aunque quizá en la capital son así. «Yo soy padre de uno y vivo aquí, en Barcelona». Dije eso y el silencio se instaló entre nosotros. El libro que se presentaba trataba sobre trastornos de personalidad, simulaciones y engaños. «He venido desde Madrid para escuchar esta charla». «Creía que era una presentación». «En Madrid se llaman charlas. ¿Conoces al autor? Es amigo mío. Yo también escribo: soy Carmen Mola, pero no se lo digas a nadie». «Es arriesgado decírmelo: apenas

nos conocemos». «Bueno, siempre confié en la bondad de los extraños».

Al ser ella Carmen Mola, de repente, me pareció interesante y mucho más guapa. «Había quedado aquí con una amiga mía italiana. También escritora: Elena Ferrante. ¿Te suena?» No, para nada. Al parecer, Elena había tenido problemas con el vuelo y el certificado Covid y no pudo llegar a tiempo. No me preguntó quién era yo, pero le dije que un lector de Carmen Mola. La vanidad nunca falla. «¿Qué edades tienen?» «¿Quiénes?» «Tus hijos». «Ah, vinieron bianuales: diez, Jorge; ocho, Antonio, y seis, Agustín. Su padre nos abandonó. Soy maestra en una escuela pública. ¿Así que te gusta la literatura de mujeres?» «Si es buena, sí». «Ambos, el éxito y el sexo anónimo son maravillosos», dictaminó sin venir a cuento. Así que nos aventuramos al Dry Martini y al Milano y rodando llegamos a su hotel, donde retozamos Carmen Mola y yo para, entre sábanas y ebriedad, descubrir que nadie es perfecto.

Gente que se va

Te tropiezas con gente, se queda un rato en tu vida, la añoras, la necesitas y se va. Todo ha ido rápido, pero son lentos los movimientos si vives bajo el agua. Quieres ir deprisa, vas deprisa pero eres lento y no se queda. Importa. No, da igual, pero siempre has de contestar otro WhatsApp.

En una ocasión coincidí con Serrat en un parking. Me acerqué a él y le di las gracias. Por hacer todo esto un poco más bonito. Me sonrió. Esa sonrisa de Serrat. También se va Serrat de los escenarios. La belleza en un desayuno a lo Sherlock Holmes, como escribió el poeta, o pasear como Serrat por

Montevideo o Buenos Aires. Tener su sonrisa, la de Serrat. Que te feliciten en un parking. A cada paso en cualquier barrio de Montevideo o Buenos Aires.

La gente que se va, que se lleva sus cosas y sus momentos. También son algo tuyas, pero no tienes ánimos para negociar y reclamar que dejen la mitad de lo que habéis sido y vivido. Llamas y no pueden hablar mucho porque no están solas o están limpiando cuarenta y nueve copas de champagne. Tampoco importa mucho si ya se fueron, pero quizá en alguna cláusula del contrato se les debería obligar a una indemnización por marcharse de tu vida antes de tiempo.

En una ocasión coincidí con Almudena Grandes en una fiesta al aire libre. Era una embajada y estábamos en Managua. Había policías por todos lados y un volcán que iríamos a visitar al día siguiente. Le llevé una copa a Almudena y bromeamos. Tenía una risa de las que se echan de menos. ¿A dónde se va toda la gente que se nos fue? ¿En qué parking se los puede ir a felicitar? ¿De cuántas maneras puede decir a alguien que uno nunca se va del todo? Ni en Montevideo ni en Buenos Aires. Las canciones de Serrat. Las novelas de Almudena. El corazón helado, *conillet de vellut*.

Charlie sonríe: todo va bien

Mientras los Stones tuvieron fuelle y hechuras de banda convencional, Charlie Watts era el termómetro fiable de la cocción a la que estuviera sometido el grupo. Si él sonreía, si él decía que salía de gira, todo iba a ir bien y habría *tour*. Aportaba la dosis necesaria de sensatez en aquel barco de politoxicómanos locos. El tipo sobrio que conducirá el coche de

madrugada, el amigo que te recomienda que la olvides, el vecino que te ayuda con el escape de agua. En definitiva, el batería perfecto para los Stones.

Su batería era sencilla por esencial. La colocaba en medio de los riff de Keef, el cantar arrastrado de Jagger y todas las capas embarulladas y sucias del sonido Stone. Watts te golpeaba en el sitio justo, haciéndote cimbrear la cabeza a compás en cualquier bar o garito en el que sonara una canción Jagger/ Richards. Mantenía el tren musical sin descarrilar y fraccionaba en trozos el buey para que lo tomaras a pedazos. Tocó desde el principio como si supiera que lo que menos necesitaba esa banda era un superdotado de las baquetas, todo brazo y riñones. Muy al contrario, Watts, apasionado del jazz, tocaba desde las muñecas, firme pero nunca excesivo, dando en el sitio preciso, en medio del rock'n'roll.

En aquellos tiempos en los que la perspectiva de que los Stones fueran a sacar un nuevo disco era motivo suficiente para seguir vivo unos meses más, el videoclip estándar Stone consistía en Jagger gesticulando y cantando con boca de pulpo y Richards y Wood hacían de cuervos con resaca, y unos segundos de cámara para el bajista, Bill Wyman, hierático censor de alegrías de los otros, y para Charlie Watts, que, tímido y elegante, sonreía por lo que estaba pasando a su alrededor. Ajeno y parte esencial de ello. Watts sobrevivió al infierno de locura, sexo y drogas que fue la banda en la que tocó décadas y décadas, convirtiéndose en el Clark Kent que no necesitaba a Superman para mantener el eje de la Tierra en su punto justo dentro de un planeta bizarro llamado The Rolling Stones.

Get Back

Cuando uno pensaba que ya lo había experimentado todo, va Peter Jackson y nos regala las casi ocho horas de *The Beatles: Get Back*. Los Beatles son tan increíbles que, dentro de cincuenta años, habrá quien dirá que no existieron. Que dos de ellos eran robots, que todos eran productos de un algoritmo alienígena o, simplemente, en una muestra clásica de remordimiento y mediocridad, se afirmará que los Beatles no existieron porque es imposible que hubiera tanto talento, entusiasmo, prisa y sentido del momento y del lugar coincidiendo en cuatro tipos. Pero existieron. Y por fortuna para muchos, pudimos vivir con ellos, con el eco de que estuvieron, con sus canciones.

Get Back es un Gran Hermano, sí, pero eso es lo de menos. Lo de más es que nos ofrece la posibilidad de estar componiendo con ellos, tocando, creando y deshilachando canciones con ellos. Con los mejores. Se puede hablar y discutir, pero nada ni nadie supera la comparación con los Fab Four. Y esta barbaridad de Jackson, que excede el concepto de documental musical, concierto en vivo, caja de truenos, permite ver que los mejores, hasta el final —con malos rollos enquistados y resquebrajándose la nave— hacían lo que hacían trabajando en equipo. Sabían que sólo se tenían a ellos mismos y que eran más grandes que la vida. Asistimos en *Get Back* al viaje ciclotímico de tres músicos extraordinarios y un batería que pasaba por ahí, pero que debía estar allí. A cuatro chavales abrasados por el poder del arte como riesgo y belleza y la amistad como superpoder secreto. Vemos cómo se gestan canciones que escuchaste mil veces en su versión final, y pasas horas y horas con tus héroes de las carátulas, pósteres o fotografías y compruebas que son humanos, vulnerables, torpes y generosos. Estás allí, con ellos. Se dejan acompañar. Trascienden mientras nos ayudan a regresar todos juntos a casa.

Anagramaland

Para muchos de nosotros, nuestra vida sería distinta sin los libros de Anagrama, que supera ya los cincuenta años de vida. Leeríamos, escribiríamos, viviríamos de otra manera. Porque hay libros de los que uno no sale igual. Y muchos de ellos, en mi caso, pertenecían a ese país llamado Anagrama, un sello que pareció hacer bueno cualquier contenido. Puedo enumerar, sin necesidad de levantarme de donde escribo estas líneas y husmear en mi biblioteca, mi primer flechazo, *Crónicas de motel*, de Sam Shepard, saber quién me regaló aquel —*El reposo del guerrero*, de Christiane Rochefort, para que entendiera mejor su amor enfermizo por otro hombre— o el hermano de aquella amiga donde una tarde tomé prestados todos los diminutos libros de Thomas Bernhard —*El origen / El sótano / El aliento / El frío / Un niño*—. Es obvia la conjura franquicia, ese gorro de cazador que llevabas —sin saberlo— encasquetado desde siempre en la cabeza, y dejarse llevar hacia todas las vacaciones que uno pasó en provincias de Anagramaland a las que llegabas sin saber muy bien cómo. Eran pasos perdidos, indicaciones de amigos, visitas a librerías, títulos o portadas que atraían como imanes y así, de pronto, pasabas meses con Capote, con Nabokov o con Highsmith. Te sabes todas las portadas de neón de Bukowski, libros ingeridos como benzedrinas. Tantas puertas a otros mundos, a otras sociedades, a encontrar Budas en los suburbios o a reconocerte en un rompepistas de Sant Boi. La parálisis emocional de un periodista deportivo, un enano español suicida en Las Vegas, un Kafka maño haciendo croquetas o todos esos ingleses como exnovios de tu madre en una boda griega: dientes de colmillo, pálidos, delgados y ocurrentes con sus loros de Flaubert, sus

campos de Londres, su primer amor y últimos ritos. Encerrado en una ciudad de cristal, parecía inagotable hasta que fue mortal, Paul Auster, John Fante y su mal año, corazones tan blancos explorando abismos, la enfermedad en París de la Nettel, el tipo que no bajó de ese avión de Sada, la caja negra madrileña que se comió a Daniela Astor. Madrugadas pesadas que te levantabas del sofá, con la mesa atestada de cigarrillos y copas y canciones y te preguntabas de qué hablamos cuando hablamos del amor y como el tirador zurdo de Manchette consigues llegar a la chica sólo para ladrar pero no morder. Sostenía Pereira en ese libro con el que uno quiso que su padre se aficionara a leer y, cuando después de unos meses, le pregunté qué le había parecido dijo aquello: «Va sobre un día que hace mucho calor y un señor que come una tortilla». Perfecto. Cuántas veces no habrá uno regalado o recibido un libro de seda, el amigo argentino que no cejó en Piglia hasta que, por fortuna, te rendiste, los detectives salvajes, Bloom y su Shakespeare, los mapas y sus estrategias, ampliado el campo de batalla y un tipo al sol sobre un trampolín escrito por David Leavitt. Puede ser posible una vida lejos de Anagramaland, no digo yo que no, pero, sinceramente, no puedo imaginarla.

Paso al ansia de vivir

Hubo un tiempo en que si trataba de imaginar Barcelona imaginaba a Quimi Portet y Manolo García tocando *El loco de la calle*. Barcelona es Barcelona y sólo Barcelona, y eso es imperdonable. Ese Portet-García, ese García-Portet, mezcla catalana de diferencias, ese brebaje caliente y bastardo, sin peajes ni perdones, sin padrinos ni planes de mercado. Esto no

tendría que estar pasando, pero está pasando. Cosas como Quim Monzó. Cosas como Pepe Rubianes. Cosas como Silvia Pérez-Cruz. Cosas como Albert Pla. Gente sin árbol genealógico ni matriz o dirección conocida, puro código genético alterado por la calle, por el azar, por la pasión de la creación mezclada en recipientes abollados.

Años de crío escuchando a Portet y García en formato Los Burros o El Último de la Fila. Recuerdo ese autobús de entusiasmo que te arrollaba una vez que entrabas en esa propuesta extraña: guitarras eléctricas, corazón pop, amores de copla y cantar aflamencado de barrio al lado del río Besós. La propuesta de Manolo la avalaba Quimi y viceversa. Eran la fuerza de dos amigos haciendo lo que querían y como querían. Demostraron una vez más que las normas las deben poner los artistas y no los mercaderes. Quimi y Manolo eran los hermanos mayores de tus amigos y vivían en tu mismo bloque y no salían al escenario con capa ni se creían mejor que tú, sino que se sabían tan distinto como tú. Y entraban en el ascensor contigo y no se sabían el nombre de la última banda molona, pero sí que la Dolors estaba guapa con su nuevo corte de pelo. Recuerdo escuchar sus canciones en casetes con amigos, vinilos en habitaciones como nichos descifrando músicas y letras. Letras de Manolo y Quimi arrancaron de cuajo la puerta de la guardería rock. Esto ya iba de no poderse aguantar de ganas de vivir ni de quererse. No servían ya la ñoñez de corazones rotos ni el malditismo malote. Todo eso, de repente, era ridículo. Sus canciones hablaban de lo difícil que es entenderse aunque te necesites. Añorarse, separarse, enloquecerse y encontrarte en el recuerdo los pequeños detalles de una madre en un balcón, unos libros de pintura robados o unos celos que eran capaces de levantar las piedras a tu paso. Uno podía vivir meses en canciones como *Disneylandia* buscando a tu Maga por toda la ciudad. Ser un accidente o todo un hombrecito o un ángel sin

hélices.

Tarantino, drogas y rock'n'roll

Tarantino llegó a primeros de los noventa, y como nosotros era carne de videoclub y fanzine con The Cramps en portada. Feo, charlatán y *freak* sí, pero también entusiasta y talentoso. Adoramos desde el principio esa versión caníbal y *yankee* de pasión cinéfila. Fue fácil compartir con él la fascinación hacia actores y actrices, estrellas brillantes o ya en el cajón de lo obsoleto, pero que se morían por una buena oportunidad. También su auténtica bulimia peliculera, su reivindicación y deseo de insertarse tanto en una tradición como en la globalidad, saqueando a tirios y coreanos, todas las estanterías posibles de la cultura popular. Bendito seas, Quentin Tarantino.

Película a película —sólo nos queda una si respeta su malévolo plan de hacer diez y retirarse—, el tipo nos ha regalado no menos de una docena de lugares donde quedarse atrapado para siempre. La vida real, sea eso lo que sea, no tiene nada que hacer contra una existencia dentro de un filme de talento. Comparado con el gozo mental de disolverte en una película, lo real —sea eso lo que sea— es ya una partida en claro *game over*. No quedan mapas ni lugares a donde huir que no sea en la ficción, así que, en ocasiones, de poder elegir, uno se quedaría a vivir dentro de una película de Tarantino antes que en su propia vida.

Querer quedarte dentro de un filme de Tarantino, pero no para ser protagonista ni poder tener línea de diálogo. Quieres, te quedas dentro, porque no puedes limitarte a mirar desde fuera: tienes que *mirar* desde el interior de la propia película.

Pocos cineastas consiguen esa capacidad de integración casi molecular dentro de su propio universo a base de una magistral y personal gestión del *tempo* cinematográfico. El reloj que cuenta en el cine es el suyo, no el nuestro. Y además nos imanta el que no hay prisa en las películas de acción de Tarantino sin ser casi nunca ensimismadas. Los personajes —siempre tan creíbles como inverosímiles— están por ahí, se mueven con tranquilidad, hablan por hablar, piensan poco y mal, parecen buscarse en las palabras hasta que éstas hacen carambola, pero ni eso es relevante, porque ¿qué más da? Los personajes de Tarantino se saben ajenos a cualquier cosa que no sea mítica por popular. Personajes que —curiosamente o quizá no— nunca persiguen el sexo, ese sucedáneo de lo real como puede serlo la salud, la notoriedad o jubilarse. La urgencia del sexo acelera la vida, las películas, las decisiones, la solución torpe. Sin sexo los personajes de Tarantino tienen todo el tiempo del mundo para charlar, fumar y conducir, cenar, pasear al perro y desayunar, beber y drogarse, matar y morirse. Esa libertad de diosecillos que les permite despreciar cuidar sus pulmones o fornicar nos fascina tanto hoy en estos tiempos cobardones, sexualizados y medicados como nos fascinó en su día Jane Eyre, Long John Silver o Tom Ripley. Sigan yendo al cine. No se arrepentirán.

Un hombre despeinado

Elvis vino al mundo a redimir a los gordos horteras y Boris Johnson a los despeinados. También a los hombres indisciplinados a la hora de seguir dietas y evitar tentaciones, el desorden como caos sin error. Ver salir o llegar, acudir o

aterrizar a Johnson en una reunión, comparecencia o acto social transmitía con nitidez las escenas previas: Boris se había vuelto a levantar con el tiempo justo para llegar tarde, duchado, pero siempre —y esto era muy importante— despeinado. Seguro que había recogido en modo alud todos los documentos de Alto Secreto del MI5, posavasos de pub, folios en blanco y fotografías de nucleares en Irán que tuviera en ese momento sobre la mesa del comedor, taza de café en mano y corbata de nudo Windsor indómito.

No serán lo mismo las aventuras de Jackson Lamb en La Casa de la Ciénaga, esa suerte de destierro de espías patosos del novelista Mick Herron. Ni creíbles los despeinados de Robert Smith o Brad Pitt. Tampoco mirarse al espejo, recién levantado, pasarse la mano por el cabello y decirse: ok, sal fuera y hazles un Brexit. El pelo de Boris Johnson era de alguien tan listo, rico y presuntuoso que no necesitaba parecer ordenado y arreglado para ser admitido en la manada. Su pelo despeinado era una muestra de desprecio hacia la importancia de sus oponentes, el reverso de ganar sin despeinarse: despeinado ya has ganado.

Además de despeinado y gordo era tan culto como gañán, atributos cuya mezcla lo diferenciaba del formato cíborg, *doppelgänger* maligno de Trump, que se esculpía el tupé como un ático, sin amueblar lamentablemente. Trump era peligroso, lunático, inculto y presuntuoso, pero Boris era otra cosa. Te podía citar a Catulo, mentir como Bosie mintió a Oscar Wilde o quedarse ensimismado delante de un Tiziano como un oxidado profesor de Oxford. ¿Mentía, engañaba, estafaba...? Sí, por supuesto, pero hay algo tranquilizador en que te mienta un hombre despeinado: la idea de que no hay verdad que merezca peinarse antes.

DESPIECE SENTIMENTAL

Entre los peligros que uno aventura a la hora de escribir estas piezas de una manera regular está la repetición, por supuesto, la nada más absoluta, el rellenar caracteres, pero también la sentimentalidad y la cursilería en un lado y el grito y el exhibir músculo hinchado de moralina y fatuidad. Ahí estamos. Uno escribe con la sospecha de que, en realidad, no lo lee nadie. A veces es frustrante, pero en otras ocasiones es un alivio.

Adiós a Casa Usher

Emily Dickinson dejó escrito que no es necesario ser una casa para albergar fantasmas. Vender después de más de setenta años una casa es ignorar qué fantasmas se quedarán dentro de ella y cuáles dentro de ti. La única certeza hoy es saber que hay una calle por la que no quieres volver a pasar. Ya no habrá juego de pistas hasta allí para gritar «¡Salvado!». Ya no habrá olores, ruidos, agujeros y quejidos que uno reconocería en cualquier situación. Uno tuvo la suerte de contar con un hogar que era refugio y fortaleza. También camisa de fuerza y cárcel. Risas y gritos, botar de pelota, televisión y chantaje a todas horas. Osvaldo Soriano escribió que uno nunca sabe realmente quién es hasta que se mueren sus padres. Soriano era un tipo lúcido.

Vender Casa Usher es la solución, pero duele, señor Edgar Allan Poe. Admito que menudo drama pequeño, el mío. Presupongo muros y paredes entre la escritura y la lectura en un periódico. También un Libro de Estilo. Pero uno es escritor, y no periodista, y les pido desde ya mismo disculpas. Pero es que no dejo de escuchar los ladridos de todos los perros que tuvimos en aquella terraza, los lomos arqueados de nuestros gatos, el lento deslizar de corazas de tortugas, un par de gallinas que sólo crecieron sin engordar y una tonelada de pájaros fuera y dentro de jaulas. Abuelos cantantes de jotas y abuelas piradas. Cumpleaños, peleas, funerales, frustración, amor, miedo y esperanza. Estufas, canciones en radios y estéreos, televisores, bicicletas y azulejos en el garaje, ropa,

toneladas de ropa humilde en armarios, llaveros y relojes. Enfermedades, goles, novias, deberes en la mesa del comedor, facturas y amigos a la hora de comer o cenar. A las dos y a las nueve. Todos los días de todos los años. Salsa de tomate, tribu, pegamento emocional y maldición. Todos los días de todos los años. Hasta ayer.

La Navidad y su mueca

A medida que se aleja de ti la infancia, sueñas con huir de la Navidad. No porque ya no la quieras, sino para que no te haga daño. De todos los rituales, la Navidad puede ser el más cruel, porque fue un lugar agradable, de curiosidad y ruido. Estar alojado en el cinismo y embutirte un abrigo comprado en el último Black Friday siempre te hace más delgado e interesante, pero en el fondo tratas de eludir a tu familia desastre, el rito, la pertenencia a la alegría pueril.

La Navidad es una crisis nerviosa del almanaque. Dicen que no hay buen cantaor flamenco que no salga feo en las fotos y la Navidad es una mueca exagerada, ridícula, extrema, un ataque antes de la apoplejía, de la carcajada, las ganas de más y más cuando ya no puedes más. Y para quien no tiene, porque no le queda gente, dinero o ganas de seguir, la Navidad es un jarabe amargo del que parece que no puedes tragar más, pero siempre cabe más soledad y tristeza.

Por mucho que quieras eludirla, la Navidad te atrapa. Insulta y seduce, te busca y trata de acogerte. Sólo que, a veces, ya no puedes sentir el cobijo de tus abuelos y abuelas, de los amigos o primos que venían a casa, de los jerséis nuevos y los paquetes de barquillos y los mismos canelones y las mismas películas en

las mismas teles de los mismos comedores. Quizá te falten los padres y ya no tengas un muro de contención ante la melancolía de la Navidad y ves a tus niños creer en el dinero y en la magia y darías mucho por volver a creer en la magia y, quizá, hasta en el dinero.

Nadie necesita tanto y echar de menos tanto, pero en eso consiste la Navidad, toda una mueca barroca que no necesita salir guapa en la foto. La alegría y la Navidad suelen ser países con la peor fotogenia posible.

Grita más, que aún te escucho

Uno no puede elaborar pensamientos complejos gritando. Tampoco desarrollar un relato, exponiendo razones, mesurando, argumentando en un grito. Mucho menos si ese grito se prolonga en el tiempo. El gritón grita mensajes sencillos, directos, insultos, amenazas o lamentos. Un gritón puede o no tener razón. En realidad eso no importa. Si grita lo suficiente, se impone. Y del mismo modo que se reelabora un leitmotiv en una sonata de Schubert, el gritón lo hace con frases a modo de enganche de vagones en su bronca gritona. Eslóganes, denuncias, pintadas sin matiz: o nosotros o ellos. De tal modo que el sujeto de su grito hace que sospeche que esas frases, esos mantras chillones tiene un peso porque son chillados y si no está con ellos debería estar con nosotros, detrás del que chilla. Un gritón siempre es un violento. Lo peor para un gritón es la tecla de PAUSE, una frase subordinada o un acceso de tos. Nada que pueda relativizar lo que se viene gritando. Por eso un buen gritón nunca dejará que des tu opinión. No importa lo que digas, no importa lo que pienses, no

importa la gama de grises. Cállate, que estoy gritando. Cállate, porque grito para no escucharte. Si quisiera escucharte estaría callado o hablando. No estaría gritándote.

Al grito nunca le gustó estudiar Humanidades. Al grito le gustó aquello de estudios funcionales y quitar lo superfluo. Estudiar de lo que trabajaras y para qué Ovidio y Ausiàs March, para qué Hannah Arendt y Federico Fellini. Pues quizá todos ellos son lo que necesitas cuando tienes que explicar cómo te sientes, quién eres y qué quieres. Todos esos colores entre el blanco y el negro. Para gritar no necesitas las tuberías filosóficas de debajo de los edificios. Ni el ángulo muerto que puedes encontrar entre dos versos. El grito sospecha tanto de la psiquiatría y el silencio como de un escultor o una ficción. El grito es un dentista del seguro: sólo extracciones, enjuague, escupa y muerda el algodón. Todo es puré o sospechoso. Todo es o yo o el caos. Y es que el grito odia lo sofisticado, lo complejo de una enfermedad, un procedimiento judicial, el comportamiento de una sociedad, la diversidad y el divagar de un pensamiento adulto. El gritón nunca puede dudar. Dudar en medio de un grito es casi imposible. Los bebés gritan mucho. Especialmente cuando no saben hablar. En cierto modo se diría que el lenguaje tendría que sustituir al grito. Los niños gritan y, a menudo, tienen sus razones. Pero también hay niños mimados. Niños consentidos, niños gritones, niños crueles, niños matones que gritan en aulas y patios al diferente, al débil, al solitario al igual que luego gritas al árbitro, gritas al pobre, pero sobre todo gritas a quien te puede hacer dudar, a quien necesitas amedrentar, a la que no quieres que salga de casa, al que no has podido convencer de que se coma tu puré o muerda el algodón. Uno grita si es gritón porque le desespera que el mundo no sea o blanco o negro. Porque le desespera que no se le reconozca que tiene razón. Gritas porque todo ha de ser penalti o gol. Y claro que también hay gritos de justicia y de

admiración, de éxtasis y placer. Pero en todos esos gritos el gritón sólo desea que le escuchen, callarse luego y escuchar al otro, saber qué tiene que decir el otro de tu grito. Uno nunca puede enamorarse gritando. Ésa es toda una señal. O debería serlo.

La barriga de las canciones

¿Qué guardan en su barriga las canciones? Éstas no suelen hablar directamente de nada. Son elusivas, pero siempre nos quedan bien de hechuras, talla y tiempo. Golpes completamente a ciegas que aciertan a kilómetros y décadas de distancia. ¿Qué demonios ponen los músicos dentro de las canciones?

Al abrir la puerta del bar, alguien se ha excedido con la bomba de humo y el volumen de la música. Suena la Massiel de hace cuarenta años. Las sombras rojizas gritan aquella letanía de Ricardo Arjona sobre el amor. Son versos certeros, pero eso no importa mucho en una canción cuando ésta es una flecha que te abre en dos el corazón, te señala la puerta de salida o dónde están los lavabos. La música es matemáticas, pero las canciones pop son otra cosa: un asombro, un descubrimiento, una casualidad. Y uno siempre, como señala Nick Hornby, tendrá la duda de si estamos tan tristes porque existen las canciones pop o éstas son la consecuencia de que estemos tan tristes. Nos acompañan, nos regodean y nos llaman a la rebelión, a saltar la valla e ir, a la intemperie, hacia la siguiente trinchera con Massiel o cualquier otro cantante con su canción en nuestra cabeza. No hay recompensa suficiente para todo lo que nos da un cantante con una canción, un centenar, miles de

canciones que almacenamos como la ballena a Jonás. Y ahora, la gente en el bar baila a George Michael y después a The Supremes, toda esa fantasía de vidas en tres minutos, intensas, burbujeantes, definitivas, entre el humo rojo. Y una vez más, el amor, las canciones, el desamor y las canciones son todo ello un regalo dulce y amargo que no sabemos del todo qué elixir contiene y por qué, después de tantos años, nos siguen gustando tanto esos caramelos con los que continuamos imitando la vida, y ésta, imitando las canciones.

Dejarse matar

En neveras y domicilios, la guerra va imponiendo su economía. En la actualidad, tienes que tener mucho dinero para ser rico. La guerra posee una dinámica propia. Empieza con la incredulidad, sigue con el miedo y el horror y acaba con ausencias y un cansancio insoportable. Miguel Gila, nuestro Zelenski antes de Zelenski, explicaba que en la guerra española en la que participó en el bando republicano a veces salía del escondite y, a campo través, ganaba exiguas posiciones al enemigo porque, harto de pasar sueño, hambre y frío, pensaba que si le disparaban y mataban, al menos podría dormir tranquilo. Dejarse morir, dejarse matar. Descansar. Como tantas veces en la vida. Sabes que no puedes ganar, pero prefieres que te maten a seguir vivo con hambre, frío y sueño.

En dormitorios y ante pantallas encendidas, la economía va imponiendo su tecnología. En la actualidad tienes que conservar mucha intimidad para ser rico. Esa guerra por vaciarte y rellenarte posee una dinámica propia, es una industria asesina y está fuera de control. Empieza con la

diversión y la modernidad, sigue con el espejo de Narciso y acabas consumido. Eres una batería que ya no carga. Un ser obsoleto que merece más que lo sustituyan que tratar de arreglarlo. Y si decides salir del escondite porque piensas que si te ven y te enfocan, si el mundo pasa a través de ti, al menos podrás dormir tranquilo unas horas, pronto llegas a la conclusión de que puedes andar kilómetros de ese desierto sin que importes a nadie. Ya tienen todos los datos de ti que quieren. Ya te han vendido lo mismo mil veces. Empezarás a pensar que necesitas una memoria externa, otro planeta en el espacio, un robot con quien charlar y casarte. Sabes que no puedes ganar, pero prefieres que te ahuequen con eso a seguir vivo con gula, vanidad y tristeza.

Contra la transparencia

No quiero saber si me engañas con otros. No quiero inspeccionar tu celda cada noche. No quiero despertarte de madrugada con una linterna cegándote los ojos. No quiero sorprenderte. No quiero levantar tu colchón ni revisar el móvil en busca de conversaciones. No quiero tus contraseñas ni revisar tu correo electrónico. No quiero rebuscar en tus bolsillos. No quiero inspeccionar tus movimientos bancarios, tus llamadas, tus idas y venidas. No quiero conocer cómo pagas tus vacaciones de verano ni los regalos a tus amigos. No quiero tus facturas. No quiero tu declaración de la renta. No quiero escuchar tus chistes racistas. No quiero saber a quién votas. No quiero saber tu sexo ni tampoco tu dios. No quiero saber qué piensas de todo ni dónde estás en cualquier momento ni por qué haces lo que haces. No quiero saber si me mientes. No

quiero nada de esto. Me basta con confiar en ti.

Porque sólo puedo tener algo contigo si confío en ti. Y confiar no es saber todo de ti a cualquier hora. No es que vivas en una jaula del zoo. Confiar no es Gran Hermano, no son jugadores de fútbol con la mano tapándose la boca mientras hablan. Confiar no es grabar tus conversaciones sin que lo sepas. Confiar no son fotos robadas ni comentarios en la intimidad revelados en la red. Confiar no es WikiLeaks. Confiar es no preocuparse por lo que no sabes. Confiar es que no importe. Confiar es delegar, supervisar pero no fiscalizar. Confiar es pensar que harás lo mejor para nosotros sin que tengas que decirme cómo ni cuándo y, a veces, ni por qué.

No soy idiota. No me gusta que me engañes ni que me traiciones. Es sólo que si sé absolutamente todo de ti, minuto a minuto, si sé tus motivaciones, tus miedos, tus pasos, tus objetivos, tus maneras de conseguirlos, no me sirves. Si puedo pulverizar tu privacidad, ya no puedo amarte, ya no podemos ser amigos, ya no me representas, ya no me creo tu reseña, no quiero escuchar tu cháchara en *prime time*, ni tu himno ni tu comité federal.

Si eres transparente, eres mi espejo. Para confiar en alguien, ese alguien ha de ser otro distinto a mí. Es necesario que piense, actúe, diga distinto. Que venga de un lugar diferente, que, a veces, muchas, me contradiga. Y a pesar de ello, yo confíe en ese otro. Le entregue las llaves de mi casa, el transporte o la educación de mis hijos, la gestión de mi ciudad, las sentencias de mis juicios, el dinero de mis ahorros, las reglas de todos los juegos, el recuento de las urnas, el bien común. Sólo siendo Otro puedo confiar y relacionarme de igual a igual. Es por eso por lo que no quiero la sinceridad personal de un político. Ni la emocional de un periodista o un juez. Porque si debo inspeccionar cada noche su celda. Si he de deslumbrarlos con una linterna mientras duermen. Si he de

tenerlos desnudos en una urna transparente para creer en ellos, no me sirven de nada. Sin confianza no hay milagro, no hay amor, no hay futuro, no hay comunidad, no hay política, no hay justicia.

La niña que gritó «¡Rakuten!»

A Mariona no le gusta el fútbol. Ni tan siquiera del modo en el que a los niños les debería gustar: para jugarlo. Se lo pregunto para que me diga que sí y encauzar este artículo y evocar lo que era para mí ser niño y jugar al fútbol, todas las horas, todos los días, con cualquiera. Pero Mariona me dice que no. Tampoco sabe muy bien decirme por qué. ¿Exceso de patadas? No nos queda claro ni ella ni a mí. Enfrente de la piscina, Mariona anda creándome un personaje en su Nintendo Switch. Que si con gafas, que si con sobrepeso, que si pelo negro, que si canas. A su lado, trato de escribir todos los artículos pendientes de esta semana.

A Mariona no le gusta el fútbol, pero sí que lo jueguen las chicas, y acaba de descubrir en la Nintendo un juego de Mario Bros. de fútbol y que Raúl, su amigo desde el parvulario, tiene avatar nuevo. Así que la mañana promete. También Inés, su mejor amiga, anda por el mundo virtual. En la piscina no hay nadie a estas horas. Ni la pareja de vascos que parecen los custodios de la misma. Aunque a Mariona no le guste el fútbol ni siendo niña, le encanta que exista Alexia Putellas, y ésa fue la excusa para mi maldad: hace unos días me dejé robar por el Barça y le compré una camiseta oficial con su nombre y el número 11 de Alexia. La niña no se quita la camiseta con el logo de Rakuten ni de día ni de noche. Huelga decir que su

madre, padre y abuelos son todos del equipo que gana Champions con la misma facilidad con la que Mariona obtiene objetos en el Animal Crossing para construir sillas, mesas y sofás. Una camiseta del Barça tamaño Mariona en esa casa y familia es algo parecido a una anomalía genética: el futuro se les puede enturbiar a blaugrana y ellos lo saben.

Y aquí andamos, dejando pasar las horas. A Mariona no le gusta el fútbol, pero sí que lo jueguen y cómo lo juegan las chicas, que Alexia sea la mejor y se recupere lo antes posible, pero lo que enloquece a Mariona —acabo de descubrirlo— es cómo celebran los goles. Lo mejor del fútbol para Mariona parece ser el modo de deriva chulesca, loca y arrebatada de gritar «¡gol!», de cerrar los puños y chillar, y algo ha pasado —ahora mismo: minuto y resultado— dentro de su Nintendo porque se levanta de la silla, cierra dientes y puños, me mira y grita: «¡Rakuten!». Me temo que algo no acaba de funcionar en el plan.

Domingo bajo el volcán

Domingo Villar se ha ido y delante de mí tengo el volcán de La Palma, calmado, pero aún caliente. Estoy en un festival en Los Llanos de Aridane que dirige el también escritor Alexis Ravelo y todos por aquí recordamos a Domingo Villar. Él y yo no llegamos a ser amigos. Pero miro nuestra cuenta de WhatsApp y me tienta escribir en ella por si contesta. Nadie habla mal de Domingo. Suele pasar con los muertos. Pero, en su caso, nadie hablaba mal de él estando vivo. Ni como escritor ni como persona. Cuando me lo encontraba aquí o allá, hablábamos de fútbol y de hijos, de libros y de padres, de rutinas y de un viaje

a China que no sé si hizo. Recuerdo quién me regaló el primer libro de Domingo. Durante meses se quedó almacenado en la montaña de libros pendientes. Bajo el volcán.

Me compro unas gafas azules y me regalan unas rojas. La vendedora me dijo que cuando limpie los cristales tenga cuidado con la ceniza volcánica. Sonaba excitante. La vida de un escritor que viaja también suena excitante. A uno mismo, no, pero charlar sobre Julio Cortázar en una cena con Marcelo y Julia, que tiene la mitad del pelo azul y la otra mitad, rojo, bajo un volcán apagado, tiene algo de maravilla. El arte vence a la muerte. Nadie olvidará el último barco de Villar ni yo su rutina de hombre de familia. Su talento al escribir y su calma al publicar. La relación con un padre a quien telefoneaba cada noche para leerle lo que estuviera escribiendo. Su sincero duelo. Algunos parecemos farsantes en la vida, tratando de imitar cómo despedir a un padre, cómo tener una familia o cómo aprender a dejar de escribir. Con una cerveza y frente a un volcán otra vez callado, solemnizo la eliminación de nuestra cuenta de WhatsApp, Domingo. Espero que cuando nos volvamos a ver nos hagamos amigos de verdad.

Talavera de la Reina de Inglaterra

«La reina de Inglaterra es un concepto, es una idea / que no me cabe en la cabeza. / La reina de Inglaterra y los nietos de la reina de Inglaterra / ¿Cómo será Talavera de la Reina de Inglaterra?» Cantaban Grupo de Expertos Solynieve. Cuando piensas en ella, en la reina que deberíamos enterrar en Talavera de la Reina, te llegan canciones, fotos, platos y tazas y la certeza de que la modernidad en según qué asuntos es un

error. Sin la pompa, el misterio, las columnatas y sus normas absurdas y oscurantistas, la Iglesia católica sería una ONG deficitaria, probablemente delictiva y desaparecería en una OPA de Open Arms. Tratar de normalizar, poner al día, democratizar una institución centenaria o milenaria es una apuesta ruinosa. Sólo conseguiremos demostrar que, tratándose de un objeto inútil para el tráfico moderno, resulta esencial para sentirnos seguros, pequeños y espectadores de una serie de ritos que no entendemos, pero sí que comprendemos. Como no saber leer, pero sí entender las imágenes o las cantatas. ¿Regreso al Medievo? Sí, qué gusto.

La decisión respecto de un rey es decapitarlo o no. Pero, si lo dejas con la cabeza sobre los hombros, no pretendas que sea normal, práctico e higiénico. No hay nada más triste que ver a un rey con muletas o perdiendo la cabeza por una cama. Si matas elefantes, que sea en la intimidad, como cuando aquél hablaba en catalán. Y si se te mueren princesas en accidentes de tráfico, si eres Reina de Talavera de la Reina, nada de lágrimas o sobreactuación, que ya luego Elton John le hace una canción pop y problema solucionado. Hemos de regresar al misterio o seremos vendidos en un estante de un supermercado barato. Cuando algo no se entiende y ese algo no trata de hacerse entender, es indestructible. Ni los Sex Pistols consiguieron que no nos cayera simpática esa reina, y eso que le atravesaron con imperdibles los ojos y se hicieron camisetas con ella, Talavera de la Reina de Inglaterra.

El verano fue ayer

Contra todo pronóstico fue verano otra vez. Ayer mismo al

parecer. Volvimos a llegar tarde. Los billetes de avión o tren eran correctos, pero lo cierto es que ayer fue verano otra vez y nosotros no estuvimos. Pensándolo bien, uno podía sospechar algo, ya que, aunque uno se decía que al día siguiente empezaba sus vacaciones de verano, lo cierto es que seguían llegando mensajes al móvil que eran contestados y se vestía como el resto del año y aparecían citas ineludibles, correos electrónicos, facturas que corregir, propuestas y noticias que demandaban tu atención sobre incendios, guerras o el precio del gas.

Desde la infancia, uno asumió que si eras feo, pobre o distinto, el imaginario del verano no existía para ti. Canciones, películas, romances y leyendas avalaban esa idea. Y sólo por eso, uno seguía, año tras año, detrás de ese verano como una ciudadela a la que asaltar, un muro que derribar, tras el que existía alguien que te elegiría entre mil y te entregaría el verano. Pero ahora la situación es de más gravedad, ya que pasaron los días y resulta que otro año más fue verano y no nos dimos cuenta porque seguimos recibiendo mensajes al móvil y contestándolos, las camisas eran las mismas y las citas se anulaban para al cabo de dos días, correos electrónicos, facturas corregidas, memorándums y rumores llegaron sobre accidentes en trenes, barcos hundidos o el precio de una prótesis.

Uno teme que el verano ya sea ayer para todos. Que ya no dependa de ser feo, pobre o distinto. Porque el verano significaba que las tiendas cerraban y la gente desaparecía de las calles y las casas, sonando los teléfonos sin ser descolgados hasta el terror. Se quemaban los pasaportes en un container, en la calle, de madrugada y se asumían nuevas identidades antes de partir locos en locos cacharros. Se emprendían aventuras, porque el verano igual que empezaba se acababa y, a primeros de septiembre, uno se despedía del trabajo, no volvía a su casa,

cambiaba de amigos y de país, dejabas de ser quien fuiste antes de aquel verano que resultó ser indómito y salvaje.

Si el verano ya fue, uno nunca podrá dejarse mecer por la melancolía de sus últimos días. Esas jornadas que robabas al destino, sabiendo que ella marcharía con su novio a luchar contra los nazis mientras tú te quedabas con tu falso amigo de siempre y aquella canción ya inmortal. Esas jornadas desangrándose entre gente extraña que ya no volvías a ver, horas largas como sudarios, mosquitos asesinos, adultos perdidos en deseos y frustraciones, olvidándose de qué trabajaban, cómo hacían lo que hacían antes de agosto, cómo se metieron en aquello.

Empezamos el resto del año habiéndose sido verano otra vez sin nosotros, fiesta a la que llegamos siempre tarde. Que ya ni huele a pólvora ni a aburrimiento, sino sólo como una cinta continua donde todo está todo el tiempo y hacemos lo de siempre y seguimos trabajando barato, bien y sin descanso, donde todas las llamadas son atendidas porque el verano, desde ahora, siempre va a ser ayer.

AMNESIA

A veces uno se enfada y trata de hacerse entender. No porque sirva de mucho, sino porque resulta una cobardía manifiesta con uno mismo no hacerlo. Fingir que no importa. Que la ética sólo es este sentirse mal, como un dolor que no duele, sino que simplemente molesta y no deja sentirse satisfecho, pletórico y hermosamente cruel.

Democracia (risas)

Cuentan que cuando Julio César regresaba de alguna campaña victoriosa, en el desfile, en Roma, se hacía acompañar por un esclavo que, a su lado, le susurraba: «Recuerda que eres mortal». No estaría de más que a los políticos algún asesor les recordara que existimos. Sí, nosotros, esos tipos pequeños con sus pequeñas vidas. Que no se engañen. No confiamos en ellos en la misma medida que nosotros, a ratos, les sobramos. Siguen haciendo de políticos y cobrando —algunos mucho, algunos por nada— sólo porque muchos aún creemos en la democracia (risas).

Lo cierto es que no creemos en la democracia (más risas) gracias a ellos, sino porque durante décadas vimos películas americanas y leímos novelas de exiliados. Escuchamos entusiastas canciones pop y asistimos a obras de teatro que no entendíamos nunca del todo, pero nos desasosegaban. La libertad era algo decente y una dictadura no lo era en absoluto. Aunque muy a menudo olvidamos que un dictador es un asesino que cree hacer lo correcto. Que defiende a los decentes mejores, a los puros, a los buenos. Que entiende de qué va el juego sin palabrería ni burocracia ni frenos. Que ve claro qué sobra en el tablero. A quién proteger y a quién silenciar.

Hoy tenemos políticos asesinos en todo el mundo prestos a matar en nuestro nombre. Lo sabemos perfectamente. Un hermano Karamázov que, al asesinar, evita que lo hagamos nosotros. Que dice escuchar la voz del pueblo —uno y solo— y hace lo correcto para limpiar la raza, la bolsa de pobreza, los

escaños, el barrio. El dictador hace lo que queremos sin necesidad de pedírselo. Pero la democracia (muchas más risas) invierte esa responsabilidad. La decencia de nuestro voto. La ejemplaridad. La confianza. Nos hace adultos y soberanos, vulnerables al error, a la enmienda de los otros frente a un dictador que como padre colérico destruye, en su locura, a todos sus hijos.

Sin decencia, sin ética, un político o un monarca es un delincuente. Es obvio que no todos los políticos son iguales. Pero ¿importa eso a estas alturas...? Ellos son nosotros. Sus estrategias, sus mentiras, sus cobardías son nuestras porque nosotros los votamos a pesar de saber que eran corruptos, mentirosos y mediocres. Están ahí porque quisimos nosotros. Y lo volveremos a querer y eso también lo sabemos nosotros y ellos. Porque su indecencia y su mediocridad, su corrupción y su mezquindad nos llevan a ese dictador que sabe de qué va el juego, quién sobra y cómo hay que hacer bien las cosas que se han de hacer bien mientras un esclavo nos susurrará al oído: «Recuerda que lo sabías».

Miedo a un ventrílocuo

Todos conocemos a gente que parece que habla por otro, pero no todos son ventrílocuos. Hacerlo con otro timbre de voz al de uno, por la comisura de los labios, sin que se note, en eso consiste la técnica. Santiago Abascal no es ventrílocuo a pesar de que Pablo Casado insista en lo contrario. Una frase escrita y que debió de sonar de maravilla en la cabeza de su asesor, hizo suponer que Casado sabía hablar por el estómago. No puedo esperar a que el líder del PP me explique el advenimiento nazi

en Alemania a mediados del siglo pasado como esa guerra entre alemanes que iban vestidos de Hugo Boss y otros vestidos de cualquier manera.

Arthur Prince fue un ventrílocuo muy famoso. Fue el primero que pudo beber y hablar al mismo tiempo. Prince está enterrado con su esposa y su títere. Edgar Bergen fue otro artista, más célebre aún, así como su muñeco, Charlie McCarthy, ambos vestidos de etiqueta. La hija de Bergen, Candice, era torturada por Charlie, que la insultaba y era el favorito de su padre. Dormían en la misma habitación, pero, claro, Charlie con los ojos abiertos. Candice fue carne de diván el resto de su vida.

Hay algo aterrador en los buenos ventrílocuos. Cuando yo era niño, había dos famosos debido a que salían en televisión. Una tal Mari Carmen, a la que se le notaba mucho y cuyo humor estaba representado por un pato descarado, un león gay y una vieja que era como tu abuela, y José Luis Moreno, que aseguraba triunfar en todo el mundo, haber sido cantante de ópera y saber nueve idiomas. El tal Moreno tenía como muñecos a un paleto, un niño repelente y un cuervo lenguaraz. Nosotros, en casa, éramos más de Mari Carmen, ya que nos sentíamos hermanados en su espectáculo patoso, tierno y sin gracia. Al parecer Moreno, detenido en 2021, tenía otros muñecos escondidos. Y resulta que todos los periodistas ya sabían que lo suyo era, al mismo tiempo, estafar, hablar y dormir con los ojos abiertos. Como sabían lo de Pujol, Villarejo o Antonio David, pero no hablaban por el mismo miedo y se dedicaron a linchar a aquellos muñecos de los que no podían temer nada.

El odio

El problema de dejar salir al odio es que siempre te vuelve a casa demasiado tarde. Con las manos sucias y los ojos turbios. Con los bolsillos llenos de facturas que pagan siempre otros: una paliza, unos cristales rotos, una matanza. El odio alivia. El odio te libera de normas y costumbres, de construcciones intelectuales y morales. El odio se deja de componendas y acuerdos sociales y va al meollo de la cuestión: yo te odio y necesito destruirte para aliviar mi dolor. Y es que el odio es sincero. Y al igual que toda mala poesía es sincera (Wilde), todo odio tiene maldad si es sincero. Un odio mentiroso esconde el malestar ante la imposibilidad de que te quieran. Puede ser odio o no. No lo sé. Pero de todos modos ése no es el odio al que temo. Al que temo quema libros o escribe renegado a su autor al devolver el libro a la biblioteca de su pueblo. El odio puede alojarse en barcos de la Warner y en niños con banderas y en jueces que no dejan que les quiten las esposas a unos detenidos inofensivos. También está el odio a quitar de un golpe un micrófono a un reportero y a mentir desde ese micrófono. Es tendente el odio a pasar de padres a hijos como a odiar por delegación de otro. El odio no te sirve para mantener la clientela de una tienda ni para hacer jugar un equipo de fútbol. El odio te sirve para echar a alguien de un bar, de un hemiciclo, de una sociedad. El odio es lo que te permite conducir una furgoneta y, sin dudar, atropellar a gente a la que odias por lo que son, por cómo viven, por cómo te hacen sentir. El odio hace que humilles, vejes, golpees y asesines. El odio hace que señales para que otros odien y humillen, vejen, golpeen y asesinen. El odio hizo quemar discos de Elvis y los Beatles y decir que se vaya de su tierra a un cantante porque piensa distinto de ti. El odio prohíbe lenguas y silba himnos. El odio abuchea a Piqué. El odio es pronunciar «catalán» o «Madrid» con ganas de destruir la palabra. Restregar bandera contra bandera. No admitir la disidencia pacífica. El odio lo

quema todo hasta que crees que no queda nada de lo que te hiere. El odio es un miembro amputado que aún sientes. El odio no negocia ni hace prisioneros. El odio envía soldados que no odian a veces, pero les dicen que los odian para que odien. El odio hizo que se quemaran brujas sólo por ser mujeres y distintas. El odio es excitante, adictivo, pero no se puede construir nada hasta que lo ha consumido todo, y entonces no es el odio quien construye, sino el perdón, el olvido o la hipocresía. Eso tampoco lo sé con seguridad. El odio odia los acentos y los matices. Los análisis, las matemáticas, los consejos, las advertencias, la filosofía, la historia y las aproximaciones a la verdad. El odio no escucha porque no admite fisuras. El odio se nutre de la ficción, de los relatos, de las mitologías, de las mentiras que lo reafirmen en las raíces de su odio. Cuando el odio, embriagado, vuelve por fin a casa, temes preguntarle qué ha hecho. El odio es de cobardes.

Niñas de Kabul

Ha sido animarnos por aquí con la vacunación y empezar a caer piedras, proyectiles y muertes palestinas en Jerusalén. Un coche explota en Kabul cerca de una escuela y mueren más de ochenta personas, la mayoría niñas. Afganistán es el país del mundo donde hay menos mujeres alfabetizadas y la escuela era exclusivamente de niñas. Por suerte no ha pasado en Estados Unidos y no tenemos que salir a manifestarnos siguiendo órdenes del Imperio contraataca. Eslóganes, canciones y camisetas a resultas de George Floyd, asesinado por la policía sólo por ser negro y pobre, según las últimas estadísticas. Pintadas en paredes de embajadas y luego a casa, que hay que

madrugar. Justicia, libertad, niñas muertas en Kabul.

Han sido abrir los bares y masacrar en Colombia a indígenas y manifestantes. Te curas aquí y no te pueden incinerar en la India. En Kabul, el coche bomba estalló justo cuando las niñas salían del colegio. Debido a una estricta aplicación religiosa las estudiantes sólo pueden tener mujeres profesoras. Niñas casadas y violadas en Kabul. Pocas estudian, menos aún serán profesoras. Por suerte no nos convocan a cortar ninguna calle en nuestra ciudad. Decapitan a un profesor en París, matan a un periodista en México, Plácido Domingo vuelve a cantar y, como en Marte, no hay oxígeno en la India.

Ha sido querer Joe Biden que se suspendan o liberen las patentes de las vacunas y valorar programarle un viaje a Dallas en coche descapotable. Bendita sea esta nueva Guerra Fría. Que pongan un muro donde sea. Abrigos largos, espías por todos lados. Bendita sea cualquier cosa que no nos convierta en una tienda china de Todo a Cien. Si vas a salir, intenta no confundir libertad con libertinaje y Madrid con el cielo. Eslóganes, canciones y camisetas: John Frusciante deja Podemos. Explosión de coche bomba cerca de una escuela femenina en Kabul. Un día más en la oficina: nadie parece saber quién, por qué o de qué niñas estamos hablando. Las milicias talibanas, el Gobierno afgano. Hombres aterrorizados, tímidos asesinos contra peligrosas niñas estudiantes. En ese barrio de Kabul viven muchos miembros de la comunidad minoritaria hazara, de ascendencia mongol, musulmanes chiitas. Militantes sunitas los han atacado ya con anterioridad. Pero los sunitas aseguran que ellos tampoco han sido. Quién sabe si ha llegado a pasar. Seguro que hoy, en la manifestación, nos enteraremos de otras cosas. Billie Eilish en ropa interior en *Vogue* y una semana después, en Kabul, aún entierran niñas.

Una cabeza en el suelo de la cocina

Bastaba el sonido de las llaves en la cerradura. Daba igual quedarse en el rincón más escondido del patio. Hicieras lo que hicieses, no eras suficiente para ella. Bastaba el sonido de las llaves de tu padre para saber que debías dejar de comer en el sofá, haber acabado los deberes y luego no hablar mientras daban las noticias o no incordiar si el Barça había perdido. En realidad, daba igual. Tu padre siempre encontraba un motivo para enfadarse y gritar. Todo empieza a cambiar el día en que te interpones entre él y tu madre.

Daba igual quedarse en el rincón más escondido del patio. Él siempre acababa por encontrarte. Tus amigos se hacían a un lado para que él te vacilara, te robara, te lanzara al suelo y te humillara. Luego, tus amigos volvían contigo y decían que igual terminaría por cansarse. Todo empieza a cambiar cuando su victoria le cuesta un par de botones de la camisa, un puñetazo. Entonces busca a otra víctima y te deja en paz.

Hicieras lo que hicieses, ella te hace sentir que no eres lo que desea. Y todo aquello que eres está mal colocado y ha de ser cambiado, pero el chantaje se amplía con nuevas condiciones y plazos ya vencidos. Eres un inútil, la mitad de un hombre, el blanco de sus bromas, el último sitio en el que dejar caer su deseo, sus ganas de querer. Tú no eres lo que ella se merece y estás arruinando su vida. Por eso te destruye hasta que un día te vas.

Hoy tenemos la cabeza de Samuel Paty en el suelo de la cocina, en un rincón del patio, sobre la cama de matrimonio. Era profesor y un exalumno lo ejecutó. Samuel mostró en clase unas caricaturas de Mahoma para debatir sobre la libertad de expresión. El padre de una alumna y un islamista lanzaron una

fetua y el asesino lo decapitó. Y, ahora, al parecer, la preocupación es encontrar las palabras para definir la ideología de los asesinos sin ofenderlos. No sea que se enfaden. Más. Peor. Otra vez. La ética occidental se resume desde hace lustros en sentirse mal por cualquier cosa y por el hemos fracasado nosotros y ustedes no se enfaden. La cobardía no amansa al violento. Un tipo que es capaz de cortar el cuello de un profesor no está esperando que lo entiendas, que lo apacigües, que lo compenses. Una ideología que busca la destrucción de tus valores no se acaba cansando. Te matan, te pegan, te amenazan por lo que eres y el fin es que desaparezcas. Quieren que no estés en su cocina, en el patio, en el dormitorio. Quizá sea el momento de hacer enfadar a quienes te cortan la cabeza.

Padres asesinos

Aquella tarde Diego Armando fue a buscar a su hijo al colegio. El niño, de siete años, no le preguntó de dónde llegaba su padre. De haberlo hecho, él debería haberle dicho: «De matar a tu madre». O, sin ser tan directo, el niño de siete años quizá notara una sombra en la cara de su padre y él se sincerara con un remordimiento sobre lo que no debería haber pasado pero ha sucedido y yacía en el suelo de su domicilio. Ve a saber qué pasa en la cabeza de alguien que considera que ha de matar a una mujer para reestablecer la armonía en el mundo. No todos los asesinos son padres que van a buscar al hijo de la mujer a la que acaban de matar. No todos los hombres son asesinos de mujeres, pero todos los asesinos de mujeres son hombres. Y las mujeres mueren por ser mujeres. Son mujeres asesinadas por hombres que creen ser sus dueños, hombres que sienten alivio

al arrancarles la vida, al apagar el origen del dolor infinito de que ya no los amen, haber sido dejados atrás. Hombres a los que les resulta más sencillo matar que olvidar.

Ivet, la madre muerta, la mujer de veinticinco años asesinada, había denunciado a Diego Armando días antes. Para obtener protección la ley exige que la mujer argumente, pruebe, dé indicios de que existe miedo racional a que ese hombre que nunca ha matado la mate. Ivet no lo mostró o no podía imaginar que el padre de su hijo era un hombre de los que matan a una mujer y luego acuden a buscar al hijo de ambos a la puerta del colegio. No hubo medida de protección. No siempre es fácil para un juez atinar con lo que aún no ha sucedido y estos asesinos de mujeres sólo matan a una mujer y no avisan tres días antes. Mataron a Ivet y el asesino, después de matarla, fue a buscar a la puerta del colegio a un niño de siete años que, momentos después, cumpliría cien años más.

Ese incordio llamado votante

Podríamos hablar de Boris Johnson o de nuestra despistada Mesa del Parlament o de cualquier personaje que denigre el bello oficio de la política. Es fácil, peligroso e injusto hacer tabla rasa porque siempre hay intereses dictatoriales y terribles en llegar a la conclusión de que para qué tantos hombres malos si nos bastaría con un solo hombre bueno y cruel.

Lo cierto es que ser funcionario de la política te deja dentro de las murallas y no es que nos desprecien al resto que nos quedamos fuera o nos quieran fastidiar, sino simplemente que no salen de su asombro al ver cómo manejamos nuestras vidas. Ellos necesitan de nuestros votos y los asustamos en jauría,

pero en realidad son élite y juegan a hacer que juegan y, como al protagonista de *Bella del Señor*, las horas se les pasan a muchos haciendo puntas a los lapiceros. Nos ven, nos miran y no entienden cómo vivimos, con nuestros sueldos y privaciones, con las mentiras —las nuestras y las suyas—, nuestros horarios y familias, alquileres y vacaciones, en barrios feos, escuelas, itinerarios y días sin IVA, en metro, coche y autobús, apuntados al RACC y al Primavera Sound. Los entiendo. Miren sus sueldos. Miren la seguridad de cuatro años cobrándolos. Miren sus horarios y las relaciones añadidas al trabajo. Miren su gestión de la publicidad y las bombas de humo. Miren a sus hijos. No los culpo, porque yo tampoco entiendo a la gente que arriesga su vida en pateras ni a las que trabajan a euro el día haciendo zapatillas en la India, ni por qué la gente que ha de dormir en la calle sigue adelante al día siguiente y, a veces, tampoco entiendo por qué seguimos votando a quien nos mira confundiéndonos a ratos con un rebaño de vacas, a ratos con unos amigos de infancia y, sólo muy de tanto en tanto, con el bosque de Durham que se acerca.

Miénteme y te querré

Los monstruos solían estar en ciénagas; los muertos, en el armario, y lo que nos avergonzaba, en el silencio de tu mejor amigo. Si tu padre o tu madre no estaban desequilibrados y tu maestro no era un sádico y si los tenderos y dependientes te daban bien el cambio al pagar, tu mundo tenía un mínimo sentido ponderado. Había certezas y mentiras, muchas de ellas injustas y otras inamovibles. Era un mundo mejor y peor que éste. Sólo que había cosas que te podías creer y otras que no. Y

ser mentiroso, una profesión digna que no estaba al alcance de cualquiera. Una mentira no era una opinión ni tampoco una forma de pensar. Era faltar a la verdad, taparle la cabeza a lo cierto para que no viera lo que estaba pasando.

Vivimos en una pesadilla donde la verdad sobra. Es incómoda para izquierdas y derechas. Molesta, retarda los objetivos, distrae, crea controversia. Como si sólo con una tonelada de mentiras se pudiera acceder a la cara de Dios y ello nos hubiera de absolver de las mentiras. Y en esta función de mal teatro ya no nos podemos creer nada de lo que vemos, nos dicen, sentimos o pensamos. Todo es esencialmente sospechoso sin posibilidad de desenmascaramiento.

El mundo, nuestra vida, el futuro, al no tener relato con certezas y probabilidades, está desprovisto de significado. Y si es así, nada tiene sentido, nada tiene modo de explicarse y explicarnos. Y gobernar esta nave de los mentirosos cuando bajo cubierta andan haciendo ruido los monstruos escondidos, dados por muertos o negados (nazismo, profetas apocalípticos, trumpismo, jueces y carolingios, Putin y Bolsonaro...), y cuando el orden —cualquier orden— es sospechoso *per se*, hace que esa nave de troleros sólo la puedan gobernar los pirados que, a cambio de distraernos y divertirnos, nos hacen creer que conocer es entender y que democracia es sólo votarlos a ellos.

Ukrainian Lives Matter

Con lo que nos gustaban los rusos. No todos los rusos. Algunos rusos. De hecho, aún esperamos que nos digan algo horrendo, nazi y americano sobre Ucrania que nos permita seguir amándolos. A algunos rusos. A muchos rusos, a poder ser. En el

prólogo a su propia obra de teatro *Jacques y su amo*, Milan Kundera explica una anécdota sobre la invasión de Checoslovaquia por parte de los rusos cuando eran soviéticos —también nos gustaban, y mucho, los soviéticos—. Contaba Kundera que uno de los soldados invasores, desde sus tanques y tras sus pistolones, preguntaba a los estudiantes checos que se les oponían por qué les hacían eso, con lo que ellos los querían. Es decir: «¿Por qué nos obligáis a invadiros con lo que os amamos?»

Hay algo melancólico e irresistible en un ruso aunque te bombardee, y es que Rusia les suena a madre a algunos, a utopía a demasiados y a sexo para el buen puñado de puteros de este país. Nos encantan los escritores estadounidenses actuales casi tanto como sus homólogos rusos muertos, pero mientras los primeros suelen ir en contra del sistema en el que viven, nuestros rusos sienten añoranza de la madre que los maltrata, Karamázov o Karenina mediante. Y hasta Miguel Strogoff, correo del zar para más señas, salvó la vista por recordar a su madre y emocionarse, así que quizá se puede invadir un país por lo mucho que se lo quiere, por su bien, aunque aquél no lo entienda.

Pero pasado esto y los muertos inevitables, seguiremos enamorados de los rusos porque encarnaron un sueño y nos cuesta admitir que una mentira es también un sueño cuando se cumple a cualquier precio. Y hemos salido a la calle cuando un poli blanco asesinaba a un ciudadano negro, pero nos ha dado un poco igual lo que les pasaba a los homosexuales, a los opositores, a los críticos a ese señor tan ruso que cazaba osos rusos con las manos.

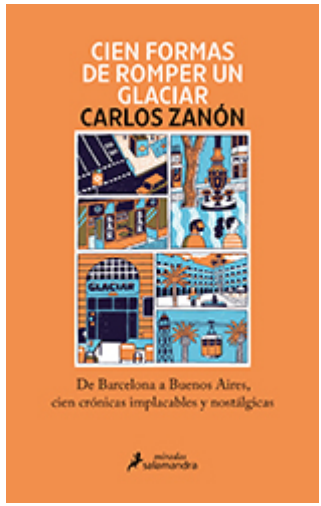
Cuando fuimos los mejores

En estos últimos tiempos —los mejores, los peores— estamos recordando algunas cosas. Como que podemos morirnos en cualquier momento. Algo que en este lado del mundo habíamos obviado con suma arrogancia decidiendo que nos moriríamos cuando nos diera la gana. Y muchas veces —los vivos, obviamente— el óbito era acompañado con demanda por negligencia a un tercero —la Administración, un hospital, una residencia, un bordillo en mal estado o un conductor ebrio—. Pero después de una pandemia, una guerra a seis horas de casa y otras catástrofes somos de nuevo conscientes —¡oh!— de nuestra fragilidad. Nos mata una neumonía. Nos mata la vida.

Nos damos cuenta también de lo sencillo que era no ser de extrema derecha cuando no había extrema derecha. O pacifista cuando no había guerra. O no ser patriota cuando no había banderas en muñequeras y conversaciones. O verde cuando la gasolina era barata. Posicionarte resultaba más sencillo cuando no tenías que enfrentarte a hechos y situaciones contra los que apuntalabas tu autosuficiencia. Reconozcámoslo: a priori y a posteriori somos unos tipos estupendos. Era más fácil luchar por los derechos humanos cuando el Mundial que no dejarás de ver no se celebraba en Qatar. Cuando no teníamos que decidir entregar Polonia a Hitler.

En estos últimos tiempos —los peores, los mejores— estamos aprendiendo cosas feas de nosotros. Que muchos, por miedo, hubiéramos denunciado a Ana Frank. Que hubiéramos quemado brujas en las hogueras y entregado a los débiles al matadero. Que queremos comprar armas y más armas porque descubrimos que hay gente que no empieza guerras si el otro se ha gastado más dinero que él en cosas que hacen bum. Cuando fuimos los mejores era tan fácil decir que no querías nucleares, fronteras y Estados Unidos... Nos bastaba con la pose.

Cien crónicas escogidas en las que Carlos Zanón nos desvela una realidad íntima e inaudita a través de su mirada cáustica y lírica



Taxistas, bares, barrios y ciudades, mitos de la infancia, libros, películas, mucha música y familia: así de extenso es el «universo Zanón», y así de variadas son su flora y su insólita fauna, fruto de una reflexión implacable, pero también un tanto melancólica, sobre la realidad y las cosas del día a día que ve, piensa y recrea a su manera

Novelista y poeta, Carlos Zanón es también un narrador que escribe en un periódico. Tras varios años de colaboraciones ininterrumpidas en prensa, nos ofrece en *Cien formas de romper un glaciar* la contraparte real del universo imaginario que palpita en todas sus novelas.

Elogios sobre el autor:

«Carlos Zanón ha desarrollado una forma de contar historias y crear personajes que lo distinguen entre muchos otros autores. El ritmo de su prosa cuidada late en cada oración, golpea, sacude».
Claudia Piñeiro

«Que Carlos Zanón es una de las mejores cosas que le ha pasado a la literatura de estos lares en los últimos años, es algo que ya dejó de ser un secreto».
Carlos Prieto

«Carlos Zanón es poeta. Me gusta decirlo […] para responder a quienes defienden una novela sin poesía, una narración documentada y ceñida a los hechos, periodística supongo... No sé bien qué defienden».
Lilian Neuman

«El cronista despiadado de nuestros tiempos».
Rosa Mora

Carlos Zanón (Barcelona, 1966) es autor de libros de poemas, de las novelas *Nadie ama a un hombre bueno, Tarde, mal y nunca*, premio Brigada 21 a la Mejor Primera Novela del Año y finalista de los premios Memorial Silverio Cañada, Giallo e dell Noir (Italia) y Violeta Negra (Francia); *No llames a casa*, premio Valencia Negra a la Mejor Novela Negra del Año y *Yo fui Johnny Thunders*, premio Salamanca Negra, Novelpol y Dashiell Hammett; así como del libro de relatos *Marley estaba muerto*. Con *Taxi* (Salamandra, 2017), se ha consagrado como uno de los autores más importantes del panorama de las letras españolas. Acaba de publicar *Problemas de identidad*, una continuación de la serie «Carvalho» de Manuel Vázquez Montalbán. Su obra narrativa se ha traducido en Estados Unidos, Alemania, Francia, Holanda e Italia. Colabora como articulista y crítico musical y literario en periódicos, revistas y suplementos culturales.

Primera edición: marzo de 2023

© 2023, Carlos Zanón
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
© 2023, Manuel Jabois, por el prólogo
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Ilustración de portada: © Miguel Bustos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-04-9

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cien formas de romper un glaciar

Prólogo

- Formas de llegar tarde al sitio adecuado

Fugas frustradas

- Plan de fuga
- Medio gin-tonic en Negroni
- 3.000 noches sin Antonio Vega
- Muerte de un elefante
- Mi antigua vida
- Sábado en la autovía
- Mando a distancia
- Sonidos de lluvia Spotify
- Sophia Loren y las lavadoras
- Desde los balcones

En el nombre del padre

- Mi padre, el marine
- Cruyff, en el nombre del padre
- Cuida a los taxistas
- Beyoncé

Padres e hijos
Cómo abrazar a un padre
Padre al lado de hijo muerto
Mi hombre bueno
Navidad en El Corte Inglés
Esta noche me emborracho
En el nombre de la madre
Balada de paleta enamorado
Mi madre pantera
Insomnio B. B.
Pizza drogata Eurovisione
Raffaella 5353456
Vacaciones con mi madre (I)
Vacaciones con mi madre (II)
Vacaciones con mi madre (y III)
Los primos
Devolvednos al señor Mariano
Se busca héroe
Kung-fu romance
Mujeres guapas en la tele
Ella vendrá
Maltratador
Besos
Nombres de enfermera

Añoranza de Defensa Navarro
Suicidarse de éxito
Mi novia jueza
Abran ya sus jaulas
Puntos de sutura
Medusa, pecas y ballenas blancas
Venecia con él
Una eternidad de cincuenta años
Batalla de Trafalgar
Cómo arreglar un glaciar roto
Una vida y media
La mitad de todo
Casa partida por la mitad
Llueve y Jorge Carrión
Amores en extinción
Gente corriente
Cuando fui normal
Expediente policial Terry
Gente sentada en bancos
Un perro llamado Pietro
Trenes, barcos y aviones
El rey del bar
Tangerina F. C.
¿A quién odiamos hoy?

Ruido a la derecha
¿Qué hacemos con los feos?
Instrucciones para casi cualquier cosa
Regálese un manifiesto
Instrucciones para la quema de un container
Instrucciones para salirse de un grupo de WhatsApp
Es la Navidad, estúpido
Primeras veces
Olvidémonos, por favor
Los espejos mienten
Amor de verano
Dales fuerte, vinilo
Empecemos a hacerlo mal
Gente extraordinaria
Pájaro dodo en jornada de reflexión
Tupelo, Belén, Villa Fiorito
Yo me acosté con Carmen Mola
Gente que se va
Charlie sonríe: todo va bien
Get Back
Anagramaland
Paso al ansia de vivir
Tarantino, drogas y rock'n'roll
Un hombre despeinado

Despiece sentimental

Adiós a Casa Usher

La Navidad y su mueca

Grita más, que aún te escucho

La barriga de las canciones

Dejarse matar

Contra la transparencia

La niña que gritó «¡Rakuten!»

Domingo bajo el volcán

Talavera de la Reina de Inglaterra

El verano fue ayer

Amnesia

Democracia (risas)

Miedo a un ventrílocuo

El odio

Niñas de Kabul

Una cabeza en el suelo de la cocina

Padres asesinos

Ese incordio llamado votante

Miénteme y te querré

Ukrainian Lives Matter

Cuando fuimos los mejores

Sobre este libro

Sobre Carlos Zanón

Créditos